

Milton Santos

Por otra globalización

Del pensamiento único
a la conciencia universal



USP



CLACSO

Por otra globalización

El presente trabajo fue realizado con el apoyo de la
Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível
Superior - Brasil (CAPES) - Código de financiamento 001.

Santos, Milton

Por otra globalización : del pensamiento único a la
conciencia universal / Milton Santos ; prólogo de Mónica
Arroyo ; María Laura Silveira ; Jesús Martín-Barbero. - 1a
ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; San
Pablo: Universidad de São Paulo, PPGH/USP (Programa de
Pós-graduação em Geografia Humana), 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-259-4

1. Globalización. 2. Competitividad. 3. Capital. I. Arroyo,
Mónica, prolog. II. Silveira, María Laura, prolog. III.
Martín-Barbero, Jesús, prolog. IV. Título.

CDD 327.101

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias
Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Por otra globalización

Del pensamiento único a la conciencia universal

Milton Santos





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal (Buenos Aires:

CLACSO, agosto de 2022).

ISBN 978-987-813-259-4



CC BY-NC-ND 4.0

Edición original en portugués: *Por uma outra globalização: do pensamento único à consciência universal*. Rio de Janeiro: Record, 2000.

Primera edición en castellano: *Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2004. Traducción de Gladys Guerrero de Beltrán.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar |

www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Prólogo a la segunda edición en español	9
<i>Mónica Arroyo y María Laura Silveira</i>	
Prólogo.....	13
<i>Jesús Martín-Barbero</i>	
Prefacio	19
I. Introducción general.....	25
II. La producción de la globalización.....	31
III. Una globalización perversa	43
IV. El territorio del dinero y de la fragmentación.....	79
V. Límites a la globalización perversa.....	111
VI. La transición en marcha	131
Sobre el autor.....	161

Prólogo a la segunda edición en español

Mónica Arroyo y María Laura Silveira

En este libro de Milton Santos encontramos la formulación más actual y combativa de su teoría geográfica de la sociedad. En otras palabras, es una teoría social elaborada por el autor en el seno de una geografía crítica, preocupada por analizar el espacio humano siempre integrado a la realidad total, gracias a su diálogo permanente con la filosofía y las demás disciplinas sociales.

Su concepción del espacio geográfico como instancia social y matriz de la vida social, presente a lo largo de su vasta obra, es utilizada aquí para explicar el presente, reconocer sus límites y pensar el porvenir de forma compleja y totalizadora. Sinónimo de territorio utilizado por la sociedad, el espacio geográfico es visto como su retrato más dinámico, compuesto por diversos lugares cuyas configuraciones permiten entender el tiempo como realización histórica y como tendencia.

La historicidad de su perspectiva se expresa en una noción de periodo –el periodo técnico-científico-informacional, el periodo de la globalización– que resulta de un espacio concreto, históricamente producido y con un papel activo en la producción de acontecimientos. Ese periodo es visto, al mismo tiempo, como una crisis estructural, un desorden permanente, cuyos rostros visibles son los actuales “globalitarismos”. Técnica, ciencia, información, finanzas, consumo son las variables dominantes que remodelan el planeta y permiten

reconocer tres unicidades: la unicidad de la técnica, la convergencia de los momentos y la unicidad del motor, que provocan, en una aparente paradoja, un espacio compartimentado y fragmentado. De allí que espacio y lugar así comprendidos ponen en cuestión las concepciones de aldea global o de la contracción espaciotemporal y sus interpretaciones herederas. Por ese camino surge una invitación concreta y real al diálogo con las demás disciplinas. Es así que numerosos investigadores de las ciencias sociales, de las ciencias de la comunicación, de la salud pública y de otras áreas del conocimiento han encontrado en este debate elementos fundamentales para sus indagaciones o para la elaboración de sus sistemas teóricos.

Milton Santos, al desenvolver una lectura crítica de la globalización, identifica y discute los factores centrales que caracterizan al capitalismo contemporáneo: el dinero y la información en su carácter perverso, bajo el control de pocos, al servicio de actores hegemónicos. Pero, al mismo tiempo, observa la existencia de condiciones de realización de una nueva historia, a partir de la vida de los lugares, de los pobres, de la periferia, de un movimiento de abajo hacia arriba, pensado tanto en el sentido de las formaciones socioespaciales a la escala del mundo como de las personas, de los individuos. Lo hace desde una perspectiva teórica y política explicitada en la estructura del libro, compuesta por seis partes que comienzan con el análisis del proceso de producción de la globalización, sus características y fundamentos, y se extienden hasta la discusión de los diferentes límites impuestos a ella y los indicios de una transición histórica hacia un mundo nuevo, una forma menos desigual e injusta de organización de la sociedad y su espacio. Ahora bien, la densidad desarrollada en su línea de argumentación no impide que el autor consiga comunicarse con un lenguaje abierto, fluido, dirigido a diferentes públicos y ámbitos. Como él mismo advierte en el prefacio, su deseo es alcanzar un vasto número de lectores, más allá del medio académico, lo que exonera de la obligación ceremonial de las referencias, sin que ello conlleve desconsiderar el conocimiento adquirido en su larga trayectoria.

Podemos decir que su objetivo fue cumplido porque, desde la primera edición en el año 2000, la divulgación del libro ha sido muy extensa. Cuando se realizó el primer Foro Social Mundial en Porto Alegre en enero de 2001, en contraposición al neoliberalismo y al pensamiento único representado por el Foro Económico Mundial que ocurría en Davos, el libro tuvo importante repercusión, en gran medida por su identidad con la idea esencial del evento: otro mundo es posible; es hora de construirlo. En Brasil, esta obra ha circulado ampliamente en discusiones de movimientos sociales y organizaciones populares, pero también en iniciativas vinculadas a las artes, el teatro, la música y los medios audiovisuales. En el primer caso, pueden citarse acciones del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), como el Asentamiento Milton Santos en Americana (San Pablo), o la Escuela Milton Santos en Maringá (Paraná)-Centro de Educación en Agroecología y Desarrollo Sustentado de los Movimientos Sociales Populares del Campo, y también el Centro de Formación Milton Santos-Lorenzo Milani, Casa del Trabajador en Curitiba (Paraná). Además, la mención de su nombre en asentamientos, escuelas, centros, bibliotecas, avenidas y plazas en diferentes rincones del territorio brasileño no son únicamente denominaciones o topónimos, sino que significan un reconocimiento y una identificación con sus ideas y visión de mundo. En el ámbito cultural inspiró varias obras teatrales como *Vozes dissonantes* del Teatro Esencial, *Bakulo - Os bem lembrados* de la Compañía de los Comunes, o *Nuconcreto* del Grupo Circo Mínimo, realizadas por artistas que, desde diferentes lecturas, comparten su mirada crítica de la globalización.

Después de transcurridos veinte años de su publicación, la actualidad del debate permanece. El mundo, con sus desigualdades y contradicciones –base de las preocupaciones de Milton Santos y fundamento para su denuncia– continúa despertando indignación, resistencia y solidaridad. Afloran por doquier manifestaciones por la construcción de proyectos alternativos, búsquedas de caminos de emancipación, luchas por la igualdad y en defensa de la dignidad humana. La fábula se descubre en la práctica de la vida, en la existencia

de todos, que se erige como punto de partida para pensar alternativas al orden mundial actual, que es un gran desorden para la mayor parte de la humanidad. No es un sueño lo que aquí se discute sino la utopía y el proyecto, contruidos sobre el tiempo de las posibilidades efectivamente creadas. Por eso, el autor asevera que la historia universal verdaderamente humana está comenzando.

Por otra globalización: del pensamiento único a la conciencia universal es una contribución elaborada desde el Sur para interpretar e interpelar el mundo. Su fuerza radica justamente en la posibilidad de pensar el presente de América Latina, con su realidad difícil, pero al mismo tiempo potente y rica por su diversidad. Brinda elementos teóricos y analíticos para comprender los territorios en movimiento, así como para discutir los problemas y desafíos de nuestro tiempo. Y, como se trata de América Latina, una nueva publicación de esta obra en lengua española no podía faltar. A través de CLACSO, esta nueva edición constituirá un llamado a nuevos lectores y, sin duda, aumentará significativamente la difusión de este libro.

Para finalizar, nos atrevemos a afirmar que la obra de Milton Santos en su conjunto se inscribe en la mejor de las tradiciones del pensamiento social y crítico de nuestro continente.

São Paulo / Buenos Aires, febrero de 2022.

Prólogo

Jesús Martín-Barbero

Un fantasma recorre las ciencias sociales latinoamericanas y se llama *globalización*. Confundida por muchos con el “viejo” y persistente imperialismo, asimilado a la transnacionalización o, mejor, a la expansión acelerada de las empresas y las lógicas transnacionales, e identificado por otros con la “revolución” tecnológica, la globalización no parece dejarse atrapar ni en los esquemas académicos ni en los paradigmas científicos tradicionales. Los artículos y las antologías proliferan al infinito, pero buena parte de lo que se escribe en Latinoamérica con ese propósito repite obviedades. Un país es la excepción, Brasil, y no por casualidad, pues es quizás el que más larga y densamente ha debatido los avatares de su formación nacional. Es en Brasil donde empieza a dibujarse un horizonte de comprensión de la radical novedad que los procesos de globalización introducen en la economía, la política y la cultura, esto es, en la percepción del espacio y el tiempo.

Tres brasileños destacan como pensadores de la globalización: el geógrafo Milton Santos, el sociólogo Octavio Ianni y el antropólogo Renato Ortiz. Y, de todos ellos, el menos traducido al castellano es Milton Santos quien, desde la geografía, ha reflexionado lúcida y hondamente sobre las transformaciones del espacio/tiempo. Es por falta de categorías analíticas y de historia del presente que, según Milton Santos, seguimos mentalmente anclados en el tiempo de las

relaciones internacionales, cuando lo que hoy estamos necesitados de pensar es *el mundo*, es decir, el paso de la internacionalización a la mundialización. La nueva significación del mundo no es entonces asimilable a *lo real*, ni derivable de la que hasta hace poco fue la categoría central de las ciencias sociales, la del Estado-nación. La globalización no se deja pensar como mera extensión cuantitativa o cualitativa de la sociedad nacional. No porque esa categoría y esa sociedad no sigan teniendo vigencia —la expansión y exasperación de los nacionalismos de toda laya así lo atestigua—, sino porque el conocimiento acumulado sobre lo nacional responde a un paradigma que no puede ya “dar cuenta ni histórica ni teóricamente de toda la realidad en la que se insertan hoy individuos y clases, naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones” (*A natureza do espaço*). La resistencia en las ciencias sociales a aceptar que se trata de un objeto nuevo es muy fuerte. De ahí la tendencia a subsumir ese objeto en los paradigmas clásicos, del evolucionismo al historicismo, y a focalizar solo aspectos parciales —económicos o ecológicos— que parecerían seguir siendo comprensibles desde una continuidad sin traumas con la idea de lo nacional.

Esa *valoración* del “nuevo” mundo no impide a Milton Santos hacer un análisis fuertemente crítico de la globalización enferma y perversa que atravesamos, pues se trata de una globalización que busca *unificar* más que unir, y “lo que hoy es unificado a nivel mundial no es una voluntad de libertad sino de dominio, no es el deseo de cooperación sino de competición. (...) El espacio se globaliza pero no es mundial como un todo sino como metáfora. La dimensión mundial es el mercado”, escribe M. Santos en *A natureza do espaço*. Hay también un reloj universal, abstracto y hegemónico, cuyas temporalidades son los vectores de la economía y la cultura, pero no hay tiempo mundial. Y si es cierto que son redes mundiales las que regulan un orden al servicio de los actores hegemónicos a escala planetaria, en el plano local esas mismas redes son portadoras de desorden. Con lo que la pregunta por la globalización se vuelve así pregunta por el

sentido de la diversidad: ¿la diversificación contribuye a la unidad o a la unificación?

En el libro cuya traducción al castellano prologamos, y que constituye el último publicado en vida de M. Santos, el autor lleva más lejos y dota aun de mayor coherencia su desafiante visión de la globalización a la vez como *perversidad* y como *posibilidad*: la paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción capaz de transformar su curso. De un lado, la globalización *fabula* el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta profundiza las diferencias locales desuniéndolo cada día más. De ahí la *perversidad sistémica* que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres, sino más saqueados.

Pero la globalización también representa un conjunto extraordinario de *posibilidades*, cambios —ahora posibles— que se apoyan en hechos radicalmente nuevos: la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy —aunque con muchas diferencias y asimetrías— en todos los continentes, una mezcla posible solo en la medida en que emergen con mucha fuerza otras filosofías que ponen en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; también una fuerte reconfiguración de la relación entre poblaciones y territorios: la mayor parte de la población se aglomera en áreas cada día menores imprimiendo un dinamismo desconocido al mestizaje de culturas y filosofías, pues “las masas de que hablara Ortega y Gasset a comienzos del siglo XX cobran una nueva cualidad en virtud de su aglomeración y diversificación”; y otro hecho profundamente nuevo e innovador se halla en unas nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos, las cuales les posibilitan una verdadera “revancha sociocultural”, esto es, la construcción de una contrahegemonía a lo largo del mundo.

Para Milton Santos ese conjunto de *posibilidades* abre a la humanidad por primera vez en la historia a una “universalidad empírica”, y de ahí a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una “mutación política”, un nuevo tipo de *utopía* capaz de asumir la envergadura de sus desafíos:

- La existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo.
- El atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas, lo que lleva de una influencia puntual —por efectos de cada técnica aisladamente, como lo ha sido hasta ahora— a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente al conjunto de cada país.
- Lo anterior implica la actual mediación de la política, pues si la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, nunca ha sido más fuerte la unidad política que articula las fases y comanda el conjunto a través de una poderosa “unidad del motor” que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo: el nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la “competitividad exponencial” entre empresas de todo el mundo “exigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización”.
- La peculiaridad de la *crisis* que atraviesa el capitalismo reside entonces en el *entrechoque continuo de los factores de cambio* que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades y desbordan territorios, países y continentes.
- Ese entrechoque, hecho de una extrema *movilidad de las relaciones* y una gran *adaptabilidad de los actores*, reintroduce “la centralidad de la periferia”, no solo en el plano de los países, sino de lo social marginado por la economía y ahora

recentrado como “la nueva base en la afirmación del reino de la política”.

Debemos a este libro de Milton Santos una de las más lúcidas síntesis de su propio pensamiento sobre el nuevo espacio/tiempo y sobre los retos que a los latinoamericanos nos plantea la globalización.

Prefacio

Este libro pretende ser una reflexión independiente sobre nuestro tiempo, un pensamiento sobre sus fundamentos materiales y políticos, una voluntad de explicar los problemas y dolores del mundo actual. Pero, a pesar de las dificultades de la era presente, quiere también ser un mensaje portador de razones objetivas para seguir viviendo y luchando.

El trabajo intelectual en el cual se asienta es fruto de nuestra dedicación al entendimiento de lo que hoy es el espacio geográfico, mas es también tributario de otras realidades y disciplinas académicas.

A diferencia de nuestros otros libros, el lector no encontrará aquí listas copiosas de citas bibliográficas. Tales libros enfocaban asuntos de la sociedad, verdaderas tesis, es decir, demostraciones sostenidas y ambiciosas, dirigidas especialmente al medio académico, llevando, por eso, al autor a hacer, al pequeño mundo de los colegas, la concesión de las bibliografías copiosas. Todo el mundo sabe que esta se convirtió casi en una obligación de *scholarship*, ya que a la academia le gustan las citas, tantas veces ociosas y hasta ridículas. Sin duda, este libro también se dirige a estudiosos, pero sobre todo desea alcanzar el vasto mundo, lo que exonera de la obligación ceremonial de las referencias. No quiere eso decir que el autor imagine haber descubierto solo la rueda; su experiencia en diferentes momentos del siglo y en diversos países y continentes es también la experiencia de otros

a quienes leyó o escuchó. Mas la originalidad es la interpretación o el énfasis propio, la forma individual de combinar lo que existe y lo que es vislumbrado: la propia definición de lo que constituye una idea.

Este libro es el resultado de un largo trabajo, arduo y agradable. La mayoría de sus capítulos son inéditos en su forma actual. Y es también, de algún modo, una reescritura de clases, conferencias, artículos de periódicos y revistas, entrevistas en los medios de comunicación, cada cual ofreciendo un nivel de discurso y la respectiva dificultad. Estamos muy agradecidos con todos los que colaboraron a ese diálogo y hasta con aquellos que desconocían que estaban participando en un intercambio. Dentro de los primeros, quiero destacar a los actuales compañeros del proyecto académico ambicioso que, desde 1983, vengo conduciendo en el Departamento de Geografía de la Universidad de São Paulo: mi incansable colaboradora, doctora María Laura Silveira, que leyó el conjunto del manuscrito, y la profesora doctora María Angela Faggin Pereira Leite, así como las doctorandas Adriana Bernardes, Cilene Gomes y Mónica Arroyo y los maestros Eliza Almeida, Fábio Contel, Flávia Grimm, Lúcia Antongiovanni, Marcos Xavier, Paula Borin y Soraia Ramos. Al Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas que me acoge y estimula, y particularmente al Laboratorio de Geografía Política y Planeación Territorial y Ambiental (Laboplan), coordinado por mi viejo amigo Armen Mamigonian, van también mis agradecimientos. También incluyen a los compañeros Maria Adélia A. de Souza, Rosa Ester Rossini y Ana Clara Torres Ribeiro, con quien trabajo hace cerca de 20 años.

A los colaboradores gratuitos, encontrados en innumerables viajes por el país o participantes en conferencias, debates y congresos, soy también deudor por sus intervenciones y sugerencias. Estoy agradecido con la *Folha de São Paulo* y con el *Correio Braziliense* por la autorización para la nueva publicación de mis artículos en su forma original o modificada. También en el capítulo de los agradecimientos, va una palabra especial para la geógrafa Flávia Grimm, que tuvo la paciencia de acoger los fatigantes dictados del manuscrito del que

resulta este libro. La asistencia de la geógrafa Paula Borin de nuevo fue valiosa. Estoy, también, muy emocionado por el apoyo recibido del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq), de la Fundación de Amparo a la Investigación del Estado de São Paulo (FAPESP). Estos organismos no contribuyeron directamente a este trabajo, pero la producción intelectual es siempre unitaria, una obra o investigación siendo siempre un subproducto de las demás. También, como siempre, el estímulo recibido de parte de mi esposa, Marie Hélène, fue muy valioso.

Al contrario del autor francés Joel de Rosnay, que, en el prefacio de su libro *Le macroscope*, sugirió a sus lectores comenzar la lectura por donde quisieran, debo hacer otra advertencia. Si alguien leyera inicial o separadamente los primeros capítulos, podría considerar al autor pesimista; y quien prefiera los últimos, podría imaginarlo un optimista. En realidad, lo que buscamos fue, de un lado, tratar la realidad tal como es, aunque se muestre dolorosa; y, de otro lado, sugerir la realidad tal como puede venir, aunque para los escépticos nuestro vaticinio actual aparezca risueño.

El énfasis central del libro viene de la convicción del papel de la ideología en la producción, diseminación, reproducción y mantenimiento de la globalización actual. Ese papel es, también, una novedad de nuestro tiempo. De ahí la necesidad de analizar sus principios fundamentales, señalando sus líneas de debilidad y de fuerza. Nuestra insistencia sobre el papel de la ideología se deriva de nuestra convicción de que, ante los mismos materiales actualmente existentes, tanto es posible continuar haciendo del planeta un infierno, tal como actualmente vemos en Brasil, como también es viable realizar lo contrario. De ahí la relevancia de la política, es decir, del arte de pensar los cambios y de crear las condiciones para tornarlos efectivos. Además, las transformaciones que la historia últimamente viene mostrando permiten entrever la emergencia de situaciones más promisorias. Pueden objetarnos que nuestra creencia en el cambio del hombre es injustificada. ¿Y si lo que está cambiando es el mundo?

Estamos convencidos de que el cambio histórico en perspectiva provendrá de un movimiento de abajo hacia arriba, que tendrá como actores principales a los países subdesarrollados y no a los países ricos; a los desheredados y los pobres, y no a los opulentos y otras clases “obesas”; al individuo liberado, participe de las nuevas masas, y no al hombre encadenado; el pensamiento libre y no el discurso único.

Como creemos en la fuerza de las ideas —para el bien y para el mal— en esta etapa de la historia, en filigrana aparecerá como constante el papel del intelectual en el mundo de hoy, es decir, el papel del pensamiento libre. Por eso, en los primeros proyectos de redacción estaba planeado dedicar un capítulo exclusivo a la actividad intelectual genuina. Creí mejor discutir ese papel en diferentes momentos de la redacción, siempre que la ocasión se presentara.

El libro está formado de seis partes, de las cuales la primera es la introducción. La segunda incluye cinco capítulos y procura mostrar cómo se dio el proceso de producción de la globalización. Este tema ya había sido tratado de alguna forma en otras publicaciones y libros míos. La tercera parte, compuesta de seis capítulos, busca explicar por qué la globalización actual es perversa, fundada en la tiranía de la información y del dinero, en la competitividad, en la confusión de los espíritus y en la violencia estructural, lo que acarrea el desfallecimiento de la política hecha por el Estado y la imposición de una política comandada por las empresas. La cuarta parte muestra las relaciones mantenidas entre la economía contemporánea, principalmente las finanzas, y el territorio. Esta parte está constituida por seis capítulos, de los cuales el último podría también incluirse en la siguiente parte, pues, por medio de la noción esquizofrenia del territorio, mostramos cómo el espacio geográfico constituye uno de los límites a esa globalización perversa. Es esa idea de límite a la historia actual la que se impone en la quinta parte, en la que se muestran al mismo tiempo los extravíos de la racionalidad dominante, la emergencia de nuevas variables centrales y el papel de los pobres en la producción del presente y del futuro. La sexta parte, una especie de

conclusión, se dedica a lo que imaginamos que es, en este cambio de siglo, la transición en marcha. Aquí, los temas tratados realzan las manifestaciones poco estudiadas del país de abajo, desde la cultura hasta la política, raciocinio que se aplica también a la propia periferia del sistema capitalista mundial, cuya centralidad presentamos como un nuevo factor dinámico de la historia. Es, exactamente, porque esos actores, eficaces pero aún poco estudiados, están largamente presentes que creemos que la globalización actual no es irreversible y estamos convencidos de que la historia universal apenas comienza.

I.

Introducción general

El mundo como fábula, como perversidad y como posibilidad

Vivimos en un mundo confuso y confusamente percibido. ¿Habría en esto una paradoja, si pedimos una explicación? De un lado, abusivamente se menciona el extraordinario progreso de las ciencias y de las técnicas, uno de cuyos frutos son los nuevos materiales artificiales que autorizan la precisión y la intencionalidad. De otro, hay una referencia obligatoria a la aceleración contemporánea y a los vértigos que crea, comenzando por la propia velocidad. Todos esos, pues, son los datos de un universo físico fabricado por el hombre, cuya utilización, de hecho, permite que el mundo se torne confuso y confusamente percibido. Explicaciones mecanicistas son todavía insuficientes. La manera como se produce la historia humana sobre esa base material es la verdadera responsable de la edificación de la torre de Babel en que vive nuestra era globalizada. Cuando todo hace creer que ha sido posible la creación de un mundo veraz, lo que se impone a los espíritus es un universo de fabulaciones, que se aprovecha de la prolongación de todos los contextos (M. Santos, *La naturaleza del espacio*, 1996) para consagrar un discurso único. Sus fundamentos son la información y su imperio, que, a su vez, encuentran cimiento en la producción de imágenes y de lo imaginario, y se ponen al

servicio del imperio del dinero, que se basa en el economicismo y en la monetarización de la vida social y personal.

De hecho, si deseamos dejar de creer en que ese mundo así presentado es verdadero, y no queremos admitir la permanencia de su percepción engañosa, debemos considerar la existencia de por lo menos tres mundos en uno solo. El primero sería el mundo tal como nos lo hacen ver: la globalización como fábula; el segundo, el mundo tal como es: la globalización como perversidad; y el tercero, el mundo como puede ser: otra globalización.

El mundo tal como nos lo hacen ver: la globalización como fábula

Este mundo globalizado, visto como fábula, erige como verdad cierto número de fantasías, cuya repetición, sin embargo, acaba por convertirse en una base aparentemente sólida de su interpretación (María da Conceição Tavares, *Destrucción no creadora*, 1999).

La máquina ideológica que sostiene las acciones preponderantes de la actualidad está hecha de piezas que se alimentan mutuamente y ponen en movimiento los elementos esenciales para la continuidad del sistema. Damos aquí algunos ejemplos. Se habla, por ejemplo, de aldea global para hacer creer que la difusión instantánea de noticias informa realmente a las personas. A partir de ese mito y de la disminución de las distancias —para aquellos que realmente pueden viajar— también se difunde la noción de tiempo y espacio contraídos. Es como si el mundo estuviera ahora, para todos, al alcance de la mano. Esto es presentado como un mercado avasallador, llamado global, capaz de homogenizar el planeta cuando, en verdad, las diferencias locales se han profundizado. Hay una búsqueda de uniformidad al servicio de los actores hegemónicos, pero, antes bien, el mundo se hace menos unido y se hace más distante el sueño de una ciudadanía verdaderamente universal. Mientras tanto, el culto al consumo es estimulado.

Igualmente, se habla con insistencia de la muerte del Estado, pero lo que estamos viendo es su fortalecimiento para atender los

reclamos de las finanzas y de otros grandes intereses internacionales, en detrimento de la atención a las poblaciones, cuya vida se vuelve más difícil.

Estos pocos ejemplos, recogidos de una lista interminable, nos permiten indagar si, en lugar del fin de la ideología, proclamado por los que sostienen la bondad de los presentes procesos de globalización, no estaríamos, de hecho, ante la presencia de una ideologización sólida, según la cual la realización del mundo actual exige como condición esencial el ejercicio de las fabulaciones.

El mundo como es: la globalización como perversidad

De hecho, para la mayor parte de la humanidad la globalización se está imponiendo como una fábrica de perversidades. El desempleo creciente se vuelve crónico. La pobreza aumenta y la clase media pierde calidad de vida. El salario promedio tiende a bajar. El hambre y el desamparo se generalizan en todos los continentes. Nuevas enfermedades, como el sida, se instalan y viejas enfermedades, supuestamente erradicadas, hacen un retorno triunfal. La mortalidad infantil permanece, no obstante los progresos médicos y de información. La educación de calidad es cada día más inalcanzable. Se propagan y se profundizan males espirituales y morales, como los egoísmos, el cinismo y la corrupción.

La perversidad sistémica, que está en la raíz de esa evolución negativa de la humanidad, tiene relación con la desenfrenada adhesión a los comportamientos competitivos que actualmente caracterizan las acciones hegemónicas. Todas esas enfermedades son directa o indirectamente imputables al presente proceso de globalización.

El mundo como puede ser: otra globalización

Todavía podemos pensar en la construcción de otro mundo mediante una globalización más humana. Las bases materiales del período actual son, entre otras, la unicidad de la técnica, la convergencia de

los momentos y el conocimiento del planeta. Es en esas bases que el gran capital se apoya para construir la globalización perversa a la que nos hemos referido. Aunque esas mismas bases podrían servir para otros objetivos si fueran puestas al servicio de otros fundamentos sociales y políticos. Parece que las condiciones históricas de finales del siglo XX, que se dan tanto en el plano empírico como en el teórico, señalaban esta última posibilidad.

Considerando lo que actualmente se verifica en el plano empírico podemos, en primer lugar, reconocer cierto número de nuevos hechos indicativos del surgimiento de una nueva historia. El primero de esos fenómenos es la enorme mezcla de pueblos, razas, culturas, gustos en todos los continentes. A eso se agrega, gracias a los progresos de la información, la “mezcla” de filosofías, en detrimento del racionalismo europeo. Otro dato de nuestra época, que nos señala la posibilidad de cambios, es la existencia de una población aglomerada en áreas cada vez menores, lo que otorga un mayor dinamismo a la mezcla de personas y filosofías. Las masas, de las que hablaba Ortega y Gasset en la primera mitad del siglo XX (*La rebelión de las masas*, 1937), ganan una nueva cualidad gracias a su aglomeración exponencial y a su diversificación. Se trata de la existencia de una verdadera sociodiversidad, históricamente mucho más significativa que la propia biodiversidad. A esto se une la aparición de una cultura popular, que se vale de los medios técnicos antes exclusivos de la cultura de masas, lo que le permite ejercer sobre esta última una verdadera revancha o venganza.

Sobre tales cimientos se edifica el discurso de la escasez, finalmente descubierta por las masas. La población aglomerada en algunos puntos de la Tierra constituye una de las bases de reconstrucción y supervivencia de las relaciones locales, lo cual abre la posibilidad de utilización, al servicio de los hombres, del sistema técnico actual.

En el plano teórico, lo que verificamos es la posibilidad de producción de un nuevo discurso, de una nueva metanarrativa, de un nuevo y gran relato. Ese nuevo discurso gana relevancia por el hecho de que, por primera vez en la historia del hombre, se puede constatar

la existencia de una universalidad empírica. La universalidad deja de ser una elaboración abstracta en la mente de los filósofos para convertirse en la experiencia ordinaria de cada hombre. De tal modo, en un mundo datado, como el nuestro la explicación del acontecer puede hacerse a partir de categorías de una historia concreta. Eso, también, permite conocer las posibilidades existentes y escribir una nueva historia.

II.

La producción de la globalización

Introducción

La globalización es, en cierta forma, el ápice del proceso de internacionalización del mundo capitalista. Para entenderla, como cualquier fase de la historia, hay dos elementos fundamentales para tener en cuenta: el estado de las técnicas y el estado de la política.

Hay una tendencia a separar los dos elementos. De ahí que existan muchas interpretaciones de la historia a partir de las técnicas y muchas a partir de la política. En realidad, nunca hubo en la historia humana separación entre las dos. Las técnicas se ofrecen como un sistema y se realizan a través del trabajo y de las formas de elección de momentos y lugares para su uso. Eso es lo que hace la historia.

A finales del siglo XX, gracias a los avances de la ciencia, se produjo un nuevo sistema técnico presidido por las técnicas de la información, que se convirtieron en el eslabón de unión con las demás y le aseguraron a aquél una presencia planetaria.

Solo que la globalización no es apenas la existencia de ese nuevo sistema técnico. Es también el resultado de acciones que aseguran la irrupción de un mercado llamado global, responsable de lo esencial dentro de los procesos políticos actualmente eficaces. Los factores que contribuyen a explicar la arquitectura de la globalización actual son: la unicidad de la técnica, la convergencia de los momentos, el

conocimiento del planeta y la existencia de un motor único en la historia, representado por la plusvalía globalizada. Un mercado global que utiliza ese sistema de técnicas avanzadas da como resultado esa globalización perversa. Eso podría ser diferente si su uso político fuera otro. Ese es el debate central, el único que nos permite tener la esperanza de utilizar el sistema técnico contemporáneo a partir de otras formas de acción. Pretendemos aquí enfrentar esa discusión analizando rápidamente algunos de sus aspectos constitutivos más relevantes.

La unicidad técnica

El desarrollo de la historia va a la par del desarrollo de las técnicas. Kant decía que la historia es un progreso sin fin; agreguemos que es también un progreso sin fin de las técnicas. Con cada evolución técnica se hace posible una nueva etapa histórica.

Las técnicas se dan como familias. Nunca, en la historia del hombre, aparece una técnica aislada; lo que se instala son grupos de técnicas, verdaderos sistemas. Un ejemplo banal puede darse con la segadora, el azadón y el rastrillo, que constituyen, en un momento dado, una familia de técnicas.

Esas familias de técnicas transportan una historia, cada sistema técnico representa una época. En nuestra época, lo representativo del sistema de técnicas actual es la llegada de la técnica de la información, por medio de la cibernética, de la informática y de la electrónica. Ella permitirá dos grandes cosas: la primera, que las diversas técnicas existentes puedan comunicarse entre ellas. La técnica de la información asegura ese comercio antes imposible. Por otro lado, tiene un papel determinante en el uso del tiempo y permite, en todos los lugares, la convergencia de los momentos que aseguran la simultaneidad de las acciones y que, por consiguiente, aceleran el proceso histórico.

Al surgir una nueva familia de técnicas las otras no desaparecen. Continúan existiendo, pero el nuevo conjunto de instrumentos pasa a ser usado por los nuevos actores hegemónicos, en tanto los no hegemónicos continúan utilizando conjuntos menos actuales y menos poderosos. Cuando un determinado actor no tiene las condiciones para movilizar las técnicas más avanzadas, se vuelve de menor importancia.

En la historia de la humanidad es la primera vez que tal conjunto de técnicas envuelve al planeta como un todo y hace sentir, instantáneamente, su presencia. Eso, además, contamina la forma de existencia de las otras técnicas, más atrasadas. Las técnicas características de nuestro tiempo, aunque solo estén presentes en un solo punto del territorio, tienen una influencia marcada sobre el resto del país, lo que es muy diferente de situaciones anteriores. Por ejemplo, la línea del ferrocarril instalada en regiones seleccionadas, escogidas estratégicamente, alcanzaba una parte de la nación, pero no tenía una influencia directa determinante sobre el resto del territorio. Ahora no. La técnica de la información alcanza la totalidad de cada país, directa o indirectamente. Cada lugar tiene acceso al acontecer de los otros. El principio de selectividad se da también como principio de jerarquía, porque todos los otros lugares son evaluados y se deben referir a aquellos dotados de las técnicas hegemónicas. Ese es un fenómeno nuevo en la historia de los territorios. Antes había técnicas hegemónicas y no hegemónicas; hoy, las técnicas no hegemónicas son *hegemonizadas*. En verdad, pues, la técnica no puede ser vista como algo absoluto y sí como técnica ya relativizada, es decir, tal como es usada por el hombre. Apenas las técnicas se realizan, se vuelven historia con la intermediación de la política, es decir, de la política de las empresas y de la política de los Estados, conjunta o separadamente.

Por otro lado, el sistema técnico dominante en el mundo de hoy tiene otra característica: la de ser invasor. No se contenta con quedarse allí donde primero se instala, sino que busca expandirse en la producción y en el territorio. Puede no conseguirlo, pero esa es su

vocación, que es también fundamento de la acción de los actores hegemónicos como, por ejemplo, las empresas globales. Estas últimas funcionan a partir de una fragmentación, puesto que parte de la producción puede hacerse en Túnez, otra en Malasia, otra en Paraguay, pero esto es apenas posible porque la técnica hegemónica de que hablamos está presente o es posible su presencia en todas partes. Todo se junta y articula después mediante la “inteligencia” de la firma. De otra forma, no podría haber empresa transnacional. Hay, pues, una relación estrecha entre ese aspecto de la economía de la globalización y la naturaleza del fenómeno técnico correspondiente a este período histórico. Si la producción se fragmenta técnicamente, de otro lado existe una unidad política de comando. Esa unidad política de comando funciona en el interior de las firmas, pero no hay propiamente una unidad de comando del mercado global. Cada empresa comanda las respectivas operaciones dentro de su respectiva topología, es decir, dentro del conjunto de lugares de su acción, mientras que la acción de los Estados y de las instituciones supranacionales no basta para imponer un orden global. Llevando al extremo ese raciocinio, se podría decir que el mercado global no existe como tal.

Hay una relación de causa y efecto sobre el progreso técnico actual y las demás condiciones de implantación del actual período histórico. A partir de la unicidad de las técnicas, de la cual el computador es una pieza central, surge la posibilidad de que exista una finanza universal, principal responsable de la imposición a todo el globo de una plusvalía mundial. Sin ella, sería también imposible la actual unicidad del tiempo o el acontecer local percibido como una unión del acontecer mundial. Por otro lado, sin la plusvalía globalizada y sin esa unicidad del tiempo la unicidad de la técnica no tendría eficacia.

La convergencia de los momentos

La unicidad del tiempo no es solo el resultado de que en los más diversos lugares la hora del reloj sea la misma. Si la hora es la misma, convergen también los momentos vividos. Hay una confluencia de los momentos como respuesta a aquello que desde el punto de vista de la física se llama tiempo real y desde el punto de vista de la historia será llamado interdependencia y solidaridad del acontecer. Tomada como fenómeno físico, la percepción del tiempo real no solo quiere decir que la hora de los relojes es la misma, sino que podemos usar esos relojes múltiples de manera uniforme. Resultado del progreso científico y técnico, cuya búsqueda se aceleró con la Segunda Guerra Mundial, la operación planetaria de las grandes empresas globales va a revolucionar el mundo de las finanzas al permitir al respectivo mercado funcionar en diversos lugares durante todo el día. El tiempo real también autoriza a usar el mismo momento a partir de múltiples lugares, y todos los lugares a partir de uno solo de ellos. Y, en ambos casos, de forma concatenada y eficaz.

Con ese gran cambio en la historia, nos volvemos capaces, sea donde sea, de estar de manera instantánea al tanto del acontecer del otro. Nunca antes tuvimos esa posibilidad, ofrecida por la técnica a nuestra generación. Esa es la gran novedad, lo que estamos llamando unicidad del tiempo o convergencia de los momentos. La aceleración de la historia, que los años finales del siglo XX testimonian, proviene en gran parte de esto. Pero la información instantánea y globalizada por ahora no es generalizada ni veraz porque en la actualidad es intermediada por las grandes empresas de la información.

¿Y quiénes son los actores del tiempo real? ¿Somos todos nosotros? Esta pregunta es un imperativo para que podamos comprender mejor nuestra época. La ideología de un mundo solo y de la aldea global considera el tiempo real como un patrimonio colectivo de la humanidad. Pero aún estamos lejos de ese ideal, que todavía es alcanzable.

La historia es comandada por los grandes actores de ese tiempo real, que son, al mismo tiempo, los dueños de la velocidad y los autores del discurso ideológico. Los hombres no son igualmente actores de ese tiempo real. Físicamente, esto es, potencialmente, existe para todos. Pero efectivamente, es decir, socialmente, es excluyente y asegura exclusividades o, por lo menos, privilegios de uso. Como es utilizado por un número reducido de actores, debemos distinguir entre las nociones de fluidez potencial y de fluidez efectiva. Si aparentemente la técnica crea para todos la posibilidad de la fluidez, ¿quién, en este momento, es fluido realmente? ¿Qué empresas son realmente fluidas? ¿Qué personas? ¿Quién, de hecho, utiliza a su favor ese tiempo real? ¿A quién, realmente, cabe la plusvalía creada a partir de esa nueva posibilidad de utilización del tiempo? ¿Quién puede y quién no? Esa discusión nos lleva, en la fase actual del capitalismo, a considerar la aparición de un nuevo factor determinante de la historia, representado por lo que aquí denominamos *motor único*.

El motor único

Este período dispone de un sistema unificado de técnicas, instalado sobre un planeta informado, que permite acciones igualmente globales. ¿Hasta qué punto podemos hablar de una plusvalía a escala mundial, que actúa como motor único de tales acciones?

Con el imperialismo había diversos motores, cada uno con fuerza y alcance propios; el motor francés, el inglés, el alemán, el portugués, el belga, el español, etc., que eran todos motores del capitalismo, pero empujaban a las máquinas y a los hombres según ritmos diferentes, modalidades diferentes, combinaciones diferentes. Hoy habría un motor único que es, exactamente, la mencionada plusvalía universal.

Esta se hizo posible porque ahora la producción se da a escala mundial, por intermedio de empresas mundiales, que compiten entre sí de un modo extremadamente feroz, como jamás existió. Las

que resisten y sobreviven son aquellas que obtienen la mayor plusvalía, lo que les permite continuar produciendo y compitiendo.

Ese motor único fue posible porque nos encontramos en un nuevo nivel de la internacionalización, con una verdadera mundialización del producto, del dinero, del crédito, de la deuda, del consumo, de la información. Ese conjunto de mundializaciones, cada una sosteniendo y arrastrando a la otra, imponiéndose mutuamente, es también un hecho nuevo.

Un elemento de internacionalización atrae a otro, impone otro, contiene y es contenido por el otro. Ese sistema de fuerzas puede llevar a pensar que el mundo se dirige hacia algo así como una homogeneización, una vocación a un modelo único, lo que se debería, de un lado, a la mundialización de la técnica, y, de otro, a la mundialización de la plusvalía.

Todo eso es realidad, pero también, y principalmente, tendencia, porque en ningún lugar, en ningún país, hubo completa internacionalización. Lo que hay en todas partes es vocación hacia las más diversas combinaciones de vectores y formas de mundialización.

Pretendemos que ahora la historia sea movida por ese motor único. Cabe, así, indagar cuál sería su naturaleza. ¿Será abstracto? ¿Qué es esa plusvalía considerada a nivel global? Es esquivada y se nos escapa, pero no es abstracta. Existe y se impone como cosa real, aunque no sea propiamente mensurable, ya que está siempre evolucionando, es decir, cambiando. Es “mundial” porque es amparada por las empresas globales que se valen de los progresos científicos y técnicos disponibles en el mundo y piden, todos los días, más progreso científico y técnico.

La actual competitividad entre las empresas es una forma de ejercicio de esa plusvalía universal, que se vuelve esquivada porque dejamos el mundo de la competencia y entramos en el de la competitividad. El ejercicio de la competitividad vuelve exponencial la pelea entre las empresas y las conduce a alimentar durante mucho tiempo una demanda de más ciencia, de más tecnología, de mejor organización para mantenerse al frente de la carrera.

Cuando en la universidad nos solicitan todos los días que trabajemos para mejorar la productividad como si esta fuese algo abstracto e individual, nos impulsan a ofrecer a las grandes empresas posibilidades aún mayores de aumentar su plusvalía. Nuevos laboratorios son llamados a encontrar las nuevas técnicas, los nuevos materiales, las nuevas soluciones organizacionales y políticas que permitan a las empresas hacer crecer su productividad y su lucro. A cada avance de una empresa, otra del mismo ramo solicita innovaciones que le permitan pasar al frente de la que antes era la campeona. Por eso, tal plusvalía está siempre corriendo, es decir, saliendo al frente. Un corte en el tiempo es idealmente posible, pero está lejos de expresar la realidad actual cruelmente inestable. Por eso no se puede medir de ese modo, pero existe. Si puede parecer abstracta, la plusvalía ahora universal en verdad se impone como un dato empírico, objetivo, cuando es utilizada en el proceso de la producción y como resultado de la competitividad.

La cognoscibilidad del planeta

El período histórico actual permitirá lo que ningún otro período anterior ofreció al hombre, es decir, la posibilidad de conocer el planeta extensa y profundamente. Esto, que nunca antes existió, se debe a los progresos de la ciencia y de la técnica (mejor aún, a los progresos de la técnica debidos a los progresos de la ciencia).

Este período técnico-científico de la historia permite al hombre no solo utilizar lo que encuentra en la naturaleza: nuevos materiales son creados en los laboratorios como producto de la inteligencia del hombre y preceden a la producción de los objetos. Hasta nuestra generación, utilizábamos los materiales que estaban a nuestra disposición. Pero a partir de ahora podemos concebir los objetos que deseamos utilizar y entonces producimos la materia prima indispensable para su fabricación. Sin eso no habría sido posible construir los satélites que fotografían al planeta a intervalos regulares y permiten

una visión más completa y detallada de la Tierra. Por medio de los satélites, podemos conocer todos los lugares y observar otros astros. El funcionamiento del sistema solar se hace más perceptible y la Tierra es vista en detalle; como los satélites repiten sus órbitas, podemos captar momentos sucesivos, es decir, no solo retratos momentáneos y fotografías aisladas del planeta. Eso no quiere decir que hayamos determinado los procesos históricos que mueven el mundo, pero sí que estamos más cerca de identificar momentos de esa evolución. Los objetos retratados nos dan geometrías, no propiamente geográficas, porque nos llegan como objetos en sí, sin la sociedad viviendo dentro de ellos. El sentido que tienen las cosas, es decir, su verdadero valor, es el fundamento de la correcta interpretación de todo lo que existe. Sin eso, corremos el riesgo de no sobrepasar una interpretación cosificada de algo que es mucho más que una simple cosa, como los objetos de la historia. Estos están siempre cambiando de significado, con el movimiento de las sociedades y por intermedio de las acciones humanas siempre renovadas.

Con la globalización y por medio de la “empirización” de la universalidad que ella hizo posible, estamos más cerca de construir una filosofía de las técnicas y de las acciones correlativas, que sea también una forma de conocimiento concreto del mundo tomado como un todo y de las particularidades de los lugares, que incluyen condiciones físicas, naturales o artificiales y políticas. Las empresas, en la búsqueda de la plusvalía deseada, valoran de modo diferente las localizaciones. No es cualquier lugar el que interesa a tal o cual firma. La cognoscibilidad del planeta constituye un dato esencial para la operación de las empresas y la producción del sistema histórico actual.

Un período que es una crisis

La historia del capitalismo se puede dividir en períodos, pedazos de tiempo marcados por cierta coherencia entre sus variables

significativas, que evolucionan de distinta manera, pero siempre dentro de un sistema. Un período sucede a otro, pero no podemos olvidar que tales períodos son, también, anteceditos y sucedidos por crisis, es decir, por momentos en que el orden establecido entre las variables, mediante una organización, se compromete. Es imposible armonizar los períodos cuando una de esas variables gana mayor expresión e introduce un principio de desorden.

Esa fue la evolución común a toda la historia del capitalismo, hasta hace poco tiempo. El período actual escapa a esa característica porque es, al mismo tiempo, un período y una crisis, es decir, la presente fracción de tiempo histórico constituye una verdadera superposición entre período y crisis y revela características de ambas situaciones.

Como período y como crisis, la época actual se muestra, además, como cosa nueva. Como período, sus variables características se instalan en todas partes y todo lo influyen, directa o indirectamente. De ahí la denominación de globalización. Como crisis, las mismas variables constructoras del sistema están continuamente entrechocando y exigiendo nuevas definiciones y nuevos arreglos. Sin embargo, se trata de una crisis persistente dentro de un período con características duraderas, así aparezcan nuevos contornos.

Este período y esta crisis son diferentes de los del pasado, porque los datos motores y los respectivos soportes, que constituyen factores de cambio, no se instalan gradualmente como antes ni son el privilegio de algunos continentes y países, como otrora. Tales factores se dan concomitantemente y se realizan con mucha fuerza en todas partes.

Nos enfrentamos ahora a una subdivisión extrema del tiempo empírico, cuya documentación se hizo posible por medio de las técnicas contemporáneas. El computador es el instrumento de medida y, al mismo tiempo, el controlador del uso del tiempo. Esa multiplicación del tiempo es, en verdad, potencial, porque, de hecho, cada actor —persona, empresa, institución, lugar— utiliza de modo diverso tales posibilidades y registra, también de modo diverso, la velocidad del mundo. Por otro lado, gracias sobre todo a los progresos de las

técnicas de la informática, los factores hegemónicos de cambio contagian a los demás, aunque la rapidez y el alcance de ese contagio sean diferentes, según las empresas, los grupos sociales, las personas, los lugares. Por intermedio del dinero, el contagio de las lógicas reductoras, típicas del proceso de globalización, lleva a todas partes un nexo contable, que lo avasalla todo. Los factores de cambio antes enumerados son, por la mano de los actores hegemónicos, incontrolables, ciegos, egoístamente contradictorios.

El proceso de la crisis es permanente; lo que tenemos son crisis sucesivas. En verdad, se trata de una crisis global, cuya evidencia se muestra tanto por medio de fenómenos globales como por manifestaciones particulares, en este o en aquel país, en este o en aquel momento, pero para producir una nueva experiencia de crisis. Nada es duradero.

Entonces, en este período histórico la crisis es estructural. Por eso, cuando se buscan soluciones no estructurales, el resultado es la generación de más crisis. Lo que se considera solución parte del exclusivo interés de los actores hegemónicos y tiende a participar de la propia naturaleza y las propias características de estos.

Tiranía del dinero y tiranía de la información son los pilares de la producción de la historia actual del capitalismo globalizado. Sin el control de los espíritus sería imposible la regulación por las finanzas. De ahí el papel avasallador del sistema financiero y la permisividad hacia el comportamiento de los actores hegemónicos que, actuando sin contrapartida, llevan a la profundización de la situación, es decir, de la crisis.

La asociación entre la tiranía del dinero y la tiranía de la información conduce a la aceleración de los procesos hegemónicos, legitimados por el “pensamiento único”, en tanto los demás procesos acaban por ser deglutidos o se adaptan pasiva o activamente, y entonces se vuelven hegemónicos. En otras palabras, los procesos no hegemónicos tienden a desaparecer físicamente o a permanecer de forma subordinada, excepto en algunas áreas de la vida social y en ciertas fracciones del territorio donde pueden mantenerse relativamente autónomos, es

decir, capaces de una reproducción propia. Pero tal situación es siempre precaria porque los resultados localmente obtenidos son menores o porque los respectivos agentes están permanentemente amenazados por la competencia de actividades más poderosas.

En el período histórico actual, lo estructural (considerado dinámico) es, también, crítico. Eso se debe, entre otras razones, al hecho de que la época actual se caracteriza por el uso extremado de técnicas y normas. El uso extremado de las técnicas y la prominencia del pensamiento técnico conducen a la necesidad obsesiva de normas. Esa superabundancia normativa es indispensable para la eficacia de la acción. Como las actividades hegemónicas tienden a una centralización, consecuencia de la concentración de la economía, aumenta la inflexibilidad de los comportamientos, lo que acarrea malestar en el cuerpo social.

A eso se agrega el hecho de que, gracias al matrimonio entre las técnicas normativas y la normalización técnica y política de la acción correspondiente, la propia política acaba por instalarse en todos los intersticios del cuerpo social, sea como necesidad para el ejercicio de las acciones dominantes sea como reacción a esas mismas acciones. Pero no es propiamente de política que se trata, sino de simple acumulación de normas particulares, dirigidas por actores privados que ignoran el interés social o que lo tratan de modo residual. Es otra razón por la cual la situación normal es de crisis, aunque los famosos equilibrios macroeconómicos se instalen.

El mismo sistema ideológico que justifica el proceso de globalización, ayudando a considerarlo el único camino histórico, acaba también por imponer cierta visión de la crisis y la aceptación de los remedios sugeridos. En virtud de eso, todos los países, lugares y personas pasan a comportarse, es decir, a organizar su acción, como si tal “crisis” fuese la misma para todos y como si la receta para apartarla debiese ser generalmente la misma. En verdad, pues, la única crisis que los responsables desean apartar es la financiera y no cualquier otra. Ahí está, en realidad, una causa para más profundización de la crisis real —económica, social, política, moral— que caracteriza a nuestro tiempo.

III.

Una globalización perversa

Introducción

Los últimos años del siglo XX testificaron grandes cambios en la faz de la Tierra. El mundo se unificó en virtud de las nuevas condiciones técnicas, bases sólidas para una acción humana mundializada. Esta acción, no obstante, se impuso a la mayor parte de la humanidad como una globalización perversa.

Consideramos, en primer lugar, la irrupción de una doble tiranía, la del dinero y la de la información, íntimamente relacionadas. Juntas suministran las bases del sistema ideológico que legitima las acciones más características de la época y, al mismo tiempo, buscan conformar, según un nuevo *ethos*, las relaciones sociales e interpersonales influenciando el carácter de las personas. La competitividad, sugerida por la producción y por el consumo, es la fuente de nuevos totalitarismos, más fácilmente aceptados gracias a la confusión de los espíritus en que se instala. Tiene los mismos orígenes la producción, en la base misma de la vida social, de una violencia estructural, fácilmente visible en las formas de actuar de los Estados, de las empresas y de los individuos. La perversidad sistémica es una de sus consecuencias.

Dentro de ese cuadro, las personas se sienten desamparadas, lo que las incita a adoptar en sus comportamientos ordinarios prácticas

que algunos decenios atrás eran moralmente condenadas. Hay un verdadero retroceso en cuanto a la noción de bien público y de solidaridad, del cual es emblemática la disminución de las funciones sociales y políticas del Estado, la ampliación de la pobreza y los crecientes agravios a la soberanía, mientras se amplía el papel político de las empresas en la regulación de la vida social.

La tiranía de la información y del dinero y el actual sistema ideológico

Entre los factores constitutivos de la globalización, en su carácter perverso actual, se encuentra la forma como la información se le ofrece a la humanidad y la transformación del dinero en estado puro en motor de la vida económica y social. Estas son dos violencias centrales, bases del sistema ideológico que justifica las acciones hegemónicas y lleva al imperio de las fabulaciones, a percepciones fragmentadas y al discurso único del mundo, a su vez, base de los nuevos totalitarismos —es decir, de los *globalitarismos*— que estamos presenciando.

La violencia de la información

Uno de los trazos sobresalientes del actual período histórico es, pues, el papel verdaderamente despótico de la información. Conforme ya vimos, las nuevas condiciones técnicas deberían permitir la ampliación del conocimiento del planeta, de los objetos que lo forman, de las sociedades que lo habitan y de los hombres en su realidad intrínseca. Todavía, en las condiciones actuales, las técnicas de la información son principalmente utilizadas por un puñado de actores en función de sus objetivos particulares. Esas técnicas de la información (por ahora) son apropiadas por algunos Estados y por algunas empresas, lo que profundiza los procesos de creación de desigualdades. De ese modo, la periferia del sistema capitalista se hace aún más

periférica, sea porque no dispone totalmente de los nuevos medios de producción sea porque escapa a la posibilidad de control.

Lo que es transmitido a la mayoría de la humanidad es, de hecho, una información manipulada que en lugar de aclarar confunde. Esto es tanto más grave cuanto, en las condiciones actuales de la vida económica y social, la información constituye un dato esencial e imprescindible. Pero en la medida en que lo que llega tanto a las personas como a empresas e instituciones hegemónicas es el resultado de una manipulación, tal información se presenta como ideología. El hecho de que en el mundo de hoy el discurso anteceda casi obligatoriamente a una parte sustancial de las acciones humanas —sean ellas las técnicas, la producción, el consumo, el poder— explica el porqué de la presencia generalizada de lo ideológico en todos esos puntos. No es de extrañar, pues, que realidad e ideología se confundan en la apreciación del hombre común, sobre todo porque la ideología se inserta en los objetos y se presenta como cosa.

Estamos ante un nuevo “encantamiento del mundo”, en el cual el discurso y la retórica son el principio y el fin. Ese imperativo y esa omnipresencia de la información son insidiosos, ya que la información actual tiene dos rostros, uno con el que busca instruir y otro con el que busca convencer. Este es el trabajo de la publicidad. Si la información tiene hoy esas dos caras, la cara del convencer tiene mucha más presencia en la medida en que la publicidad se transformó en algo que anticipa la producción. Peleando por la supervivencia y la hegemonía, en función de la competitividad, las empresas no pueden existir sin publicidad, que se convirtió en el nervio del comercio.

Hay una relación carnal entre el mundo de la producción de la noticia y el mundo de la producción de las cosas y las normas. La publicidad tiene hoy una penetración mucho más grande en todas las actividades. Antes había incompatibilidad ética entre anunciar y ejercer ciertas actividades, como en la profesión médica o en la educación. Hoy todo se propaga, y la propia política es, en gran parte, subordinada a sus reglas.

Los medios de comunicación nacionales se globalizan, no solo por la monotonía y la inalterabilidad de las fotografías y de los títulos, sino por los protagonistas más frecuentes. Falsifican los eventos, ya que no es propiamente el hecho lo que los medios de comunicación nos dan, sino una interpretación, esto es, la noticia. Pierre Nora, en un bonito texto cuyo título es “El retorno del hecho” (en *Historia: nuevos problemas*, 1974), recuerda que en la aldea el testimonio de las personas que propagan lo que sucede puede ser cotejado con el testimonio del vecino. En una sociedad compleja como la nuestra, solo dos días después vamos a saber lo que aconteció en la calle del lado, mediante una interpretación marcada por las expresiones, visiones, conceptos, preconceptos e intereses de las agencias. El evento se entrega maquillado al lector, al oyente, al telespectador, y por eso se producen en el mundo de hoy, simultáneamente, fábulas y mitos.

Fábulas

Una de esas fabulaciones es la tan repetida idea de aldea global (Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, 1996). El hecho de que la comunicación se tornara posible a escala planetaria, lo que hace a su vez posible saber instantáneamente lo que sucede en cualquier lugar, permitió que se destacara esa expresión, cuando, en verdad, al contrario de lo que se da en las verdaderas aldeas, es frecuentemente más fácil comunicarse con quien esté lejos que con el vecino. Cuando esa comunicación se logra, en realidad se hace con la intermediación de objetos. La información sobre lo que sucede no viene de la interacción entre las personas, sino de lo que es propagado por los medios de comunicación, una interpretación interesada, si no egoísta, de los hechos.

Otro mito es el del espacio y del tiempo contraídos, gracias, otra vez, a los prodigios de la velocidad. Solo que la velocidad apenas está al alcance de un número limitado de personas, de tal forma que, según las posibilidades de cada uno, las distancias tienen

significaciones y efectos diversos y el uso del mismo reloj no permite igual economía del tiempo.

Aldea global tanto cuanto espacio-tiempo contraído permitirían imaginar la realización del sueño de un mundo solo, ya que, por las manos del mercado global, cosas, relaciones, dineros, gustos ampliamente se difunden sobre continentes, razas, lenguas, religiones, como si las particularidades tejidas a lo largo de siglos hubiesen sido todas rotas. Todo sería conducido y, al mismo tiempo, homogeneizado por el mercado global regulador. ¿Será, todavía, regulador ese mercado? ¿Será global? El hecho es que solo tres plazas, Nueva York, Londres y Tokio, concentran más de la mitad de todas las transacciones y acciones; las empresas transnacionales son responsables de la mayor parte del comercio llamado mundial; los 47 países menos avanzados representan juntos solo el 0,3 % del comercio mundial, en lugar del 2,3 % que representaban en 1960 (Y. Berthelot, "Globalisation et régionalisation: une mise en perspective", en *L'Intégration Régionale dans le Monde*, GEMDEV, 1994), en tanto que el 40 % del comercio de los Estados Unidos ocurre en el interior de las empresas (N. Chomsky, *Folha de São Paulo*, 25 de abril de 1993).

Se habla también de una humanidad *desterritorializada*, una de cuyas características es el desfallecimiento de sus fronteras como imperativo de la globalización, y a esa idea se debería a otra: la de la existencia, ahora, de una ciudadanía universal. De hecho, las fronteras cambiaron de significación, pero nunca estuvieron tan vivas, en la medida en que el propio ejercicio de las actividades globalizadas no prescinde de una acción gubernamental capaz de tornarlas efectivas dentro de un territorio. La humanidad *desterritorializada* es solo un mito. Por otro lado, el ejercicio de la ciudadanía, aunque avanza la noción de moralidad internacional, es aún un hecho que depende de la presencia y de la acción de los Estados nacionales.

Ese mundo como fábula es alimentado por otros ingredientes, entre los cuales figura la politización de las estadísticas, comenzando por la forma como se hace la comparación de la riqueza entre las naciones. En el fondo, en las condiciones actuales, el llamado producto

nacional bruto es apenas un nombre de fantasía de lo que podríamos llamar producto global, ya que las cantidades que entran en esa contabilidad son aquellas que se refieren a las operaciones que caracterizan la propia globalización.

Se afirma también que la “muerte del Estado” mejoraría la vida de los hombres y la salud de las empresas en la medida en que permitiría la ampliación de la libertad de producir, de consumir y de vivir. Tal neoliberalismo sería el fundamento de la democracia. Observando el funcionamiento concreto de la sociedad económica y de la sociedad civil no es difícil constatar que son cada vez menores las empresas que se benefician de ese desánimo del Estado, mientras la desigualdad entre los individuos aumenta.

Sin esas fábulas y mitos este período histórico no existiría como es. Tampoco sería posible la violencia del dinero. Este solo se torna violento y tiránico porque es servido por la violencia de la información. Esta se aprovecha del hecho de que a finales del siglo XX el lenguaje gana autonomía y constituye su propia ley. Eso facilita la entronización de un subsistema ideológico sin el cual la globalización, en su forma actual, no se explicaría.

La violencia del dinero

La internacionalización del capital financiero se amplía recientemente por varias razones. En la fase histórica actual, las megafirmas deben, obligatoriamente, preocuparse por el uso financiero del dinero que obtienen. Las grandes empresas se ponen, casi compulsivamente, del lado de las grandes empresas financieras.

Esas empresas financieras de las multinacionales utilizan en gran parte el ahorro de los países donde funcionan. Cuando una firma de cualquier país se instala en otro, los ahorros internos de este pasan a participar de la lógica financiera y del trabajo financiero de la multinacional. Cuando es expatriado, ese dinero puede regresar al país de origen en forma de crédito y de deuda, es decir, por intermedio de las grandes empresas globales. Lo que sería ahorro interno

se transforma en ahorro externo, por el cual los países receptores deben pagar intereses extorsivos. Lo que sale del país como *royalties*, inteligencia comprada, pago de servicios o remesas de lucros vuelve como crédito y deuda. Esa es la lógica de la internacionalización del crédito y la deuda. La aceptación de un modelo económico en que el pago de la deuda es prioritario implica la aceptación de la lógica de ese dinero.

En las condiciones actuales de la economía internacional, lo financiero gana una especie de autonomía. Por eso, la relación entre las finanzas y la producción, entre lo que ahora se llama economía real y el mundo de las finanzas, da lugar a aquello que Marx llamaba locura especulativa, fundada en el papel del dinero en estado puro. Este se torna el centro del mundo. Se trata del dinero, simplemente como tal, que recrea su fetichismo por la ideología. El sistema financiero descubre fórmulas imaginarias, inventa siempre nuevos instrumentos, multiplica lo que llama derivados, que son formas siempre renovadas de oferta de esa mercancía a los especuladores. El resultado es que la especulación exponencial así redefinida se volverá algo indispensable, intrínseco al sistema gracias a los procesos técnicos de nuestra época. Es el tiempo real el que va a permitir la rapidez de las operaciones y la volatilidad de los *assets*. Las finanzas mueven la economía, la deforman y extienden sus tentáculos a todos los aspectos de la vida. Por eso, es lícito hablar de tiranía del dinero.

Si el dinero en estado puro se tornó despótico, eso también se debe al hecho de que todo se torna valor de cambio. La monetización de la vida cotidiana ganó en todo el mundo mucho terreno en los últimos veinticinco años. Esa presencia del dinero en todas partes acaba por constituir un dato amenazador de nuestra existencia cotidiana.

Las percepciones fragmentadas y el discurso único del “mundo”

Es a partir de esa generalización y de esa cosificación de la ideología que, de un lado, se multiplican las percepciones fragmentadas y, de otro, puede establecerse un discurso único del “mundo”, con

implicaciones en la producción económica y en las visiones de la historia contemporánea, en la cultura de masas y en el mercado global.

Las bases materiales históricas de esa mitificación están en la realidad de la técnica actual. La técnica se presenta al hombre común como un misterio y una banalidad. De hecho, la técnica es más aceptada que comprendida. Como todo parece depender de la técnica, ella se presenta como una necesidad universal, una presencia indiscutible, dotada de una fuerza casi divina a la cual los hombres acaban rindiéndose sin procurar entenderla. Por consiguiente, es algo común en la cotidianidad de todos, una banalidad, pero sus fundamentos y su alcance escapan a la percepción inmediata, y de ahí su misterio. Tales características alimentan su imaginario, basado en sus relaciones con la ciencia, en su exigencia de racionalidad, en el absolutismo con que, al servicio del mercado, conforma los comportamientos; y todo eso lo realiza haciendo creer que es inevitable.

Cuando el sistema político formado por gobiernos y empresas utiliza los sistemas técnicos contemporáneos y su imaginario para producir la actual globalización, nos muestra formas de relaciones económicas implacables, que no aceptan discusión y exigen obediencia inmediata, sin la cual los actores son expulsados de la escena o permanecen esclavos de una lógica indispensable para el funcionamiento del sistema como un todo.

Es una forma de totalitarismo muy fuerte e insidiosa, porque se basa en nociones que parecen centrales a la propia idea de democracia —libertad de opinión, de prensa, tolerancia— utilizadas exactamente para suprimir la posibilidad de conocimiento de lo que es el mundo y de lo que son los países y los lugares.

Competitividad, consumo, confusión de los espíritus, *globalitarismo*

En este mundo globalizado, la competitividad, el consumo, la confusión de los espíritus, constituyen baluartes del presente estado

de cosas. La competitividad comanda nuestras formas de acción. El consumo, nuestras formas de inacción. Y la confusión de los espíritus impide nuestro entendimiento del mundo, del país, del lugar, de la sociedad y de cada uno de nosotros mismos.

La competitividad, ausencia de compasión

En los últimos cinco siglos de desarrollo y expansión geográfica del capitalismo la competencia se establece como regla. Ahora la competitividad toma el lugar de la competición. La competencia actual ya no es la vieja competencia, sobre todo cuando llega eliminando toda forma de compasión. La competitividad tiene la guerra como norma. A toda costa hay que vencer al otro, acabarlo para tomar su lugar. Los últimos años del siglo XX fueron emblemáticos, porque en ellos se realizaron grandes concentraciones, grandes fusiones, tanto en la órbita de la producción como en la de las finanzas y la información. Ese movimiento marca un ápice del sistema capitalista, pero también es indicador de su paroxismo, ya que la identidad de los actores, hasta entonces más o menos visible, finalmente aparece a los ojos de todos.

Esa guerra como norma justifica toda forma de apelación a la fuerza, la que presenciamos en diferentes países, una apelación no disimulada, utilizada para dirimir los conflictos y consecuencia de esa ética de la competitividad que caracteriza nuestro tiempo. Ahora es eso también lo que justifica los individualismos arrebatadores y posesivos: individualismos en la vida económica (la manera como las empresas batallan unas con otras); individualismos en el orden de la política (la manera como los partidos frecuentemente abandonan la idea de política para tomarse simplemente electoreros); individualismos en el orden del territorio (las ciudades peleando unas con otras, las regiones reclamando soluciones particulares). También en el orden social e individual son individualismos arrebatadores y posesivos, que acaban por constituir al otro como cosa. Comportamientos que justifican faltas de respeto a las personas son,

finalmente, una de las bases de la sociabilidad actual. Además, la manera como las clases medias, en Brasil, se constituyeron, entroniza la lógica de los instrumentos en lugar de la lógica de las finalidades, y convoca a los pragmatismos para que se vuelvan triunfadores.

A todo eso también contribuyó la pérdida de influencia de la filosofía en la formulación de las ciencias sociales, cuya interdisciplinariedad acaba por buscar inspiración en la economía. De ahí el empobrecimiento de las ciencias humanas y la consecuente dificultad para interpretar lo que va por el mundo, ya que la ciencia económica se convierte, cada vez más, en una disciplina de la administración de las cosas al servicio de un sistema ideológico. Así se implantan nuevas concepciones sobre el valor a atribuir a cada objeto, a cada individuo, a cada relación, a cada lugar, y se legitiman nuevas modalidades y reglas de la producción y del consumo y formas financieras y de contabilidad nacional. Esta, además, se reduce a ser, apenas, un nombre de fantasía de una supuesta contabilidad global, algo que no existe de hecho, pero que es tomado como parámetro. Esta es una de las bases del subsistema ideológico que comanda otros subsistemas de la vida social formando una constelación que orienta y dirige la producción de la economía y también la producción de la vida. Esa nueva ley del valor —que es una ley ideológica del valor— es hija dilecta de la competitividad y acaba por ser responsable también del abandono de la noción y del hecho de la solidaridad. De ahí las fragmentaciones resultantes. De ahí la ampliación del desempleo. De ahí el abandono de la educación. De ahí el menosprecio a la salud como un bien individual y social inalienable. De ahí todas las nuevas formas perversas de sociabilidad que ya existen o se están preparando en Brasil, para hacer de él —aún más— un país fragmentado, cuyas diversas partes, para asegurar su supervivencia inmediata, serán arrojadas unas contra otras e invitadas a una batalla sin cuartel.

El consumo y su despotismo

También el consumo cambia de figura a lo largo del tiempo. Se hablaba antes de autonomía de la producción para significar que una empresa, al asegurar una producción, buscaba también manipular a la opinión por la vía de la publicidad. En ese caso, el hecho generador del consumo sería la producción. Pero actualmente las empresas hegemónicas producen el consumidor antes de producir los productos. Un dato esencial para la comprensión del consumo es que la producción del consumidor hoy precede a la producción de los bienes y servicios. Entonces, en la cadena causal, la llamada autonomía de la producción cede lugar al despotismo del consumo. De ahí el imperio de la información y de la publicidad. Tal remedio, por ejemplo, tiene el 1% de medicina y 99% de publicidad, pero todas las cosas en el comercio acaban por tener esa composición: publicidad + materialidad; publicidad + servicios, y ese es el caso de tantas mercancías cuya circulación se funda en una propaganda insistente y frecuentemente engañosa. Hay toda esa manera de organizar el consumo para permitir, enseguida, la organización de la producción.

Tales operaciones pueden volverse simultáneas ante el tiempo del reloj, pero desde el punto de vista de la lógica es la producción de la información y de la publicidad la que precede. De ese modo, vivimos cercados, por todos lados, por ese sistema ideológico tejido alrededor del consumo y de la información *ideologizados*. Ese consumo y esa información *ideologizados* acaba por ser el motor de acciones públicas y privadas. Ese par es, al mismo tiempo, muy fuerte y muy frágil. De un lado, es muy fuerte por su eficacia actual sobre la producción y el consumo. Pero, de otro, es muy débil siempre que encontremos la manera de definirlo como un dato de un sistema más amplio. El consumo es el gran emoliente, productor o estimulante de inmovilismos. Es, también, un vehículo de narcisismos, por medio de sus estímulos estéticos, morales y sociales; y aparece como un gran fundamentalismo de nuestro tiempo porque alcanza y envuelve a toda la gente. Por eso, la comprensión de lo que es el mundo pasa por

el consumo y por la competitividad, ambos fundados en el mismo sistema de ideología.

Consumismo y competitividad llevan al debilitamiento moral e intelectual de la persona, a la reducción de la personalidad y de la visión del mundo, e invitan, además, a olvidar la oposición fundamental entre la figura del consumidor y la del ciudadano. Es cierto que en Brasil tal oposición se percibe menos, porque en nuestro país jamás existió la figura del ciudadano. Las clases llamadas superiores, incluyendo la media, jamás quisieron ser ciudadanas; los pobres jamás pudieron. La clase media fue condicionada a aspirar solo a privilegios y no a derechos. Y eso es un dato esencial para la comprensión del Brasil: de cómo los partidos se organizan y funcionan, de cómo la política se da, de cómo la sociedad se mueve. Y ahí también las capas intelectuales tienen responsabilidad, porque trasladaron, sin mayor imaginación ni originalidad, la condición de la clase media europea, luchando por la ampliación de los derechos políticos, económicos y sociales, al caso brasileño, y atribuyeron, por equívoco, a la clase media brasileña un papel de modernización y de progreso que, por su propia constitución, no podía tener.

La información totalitaria y la confusión de los espíritus

Todo eso se debe, en gran parte, al hecho de que a finales del siglo XX se erigió como dato central de su funcionamiento el despotismo de la información, relacionado, en cierta medida, con el propio nivel alcanzado por el desarrollo de la técnica actual, tan necesitada de un discurso. Como todas las actividades hegemónicas hoy están fundadas en esa técnica, el discurso aparece como algo capital en la producción de la existencia de todos. Lo imprescindible de un discurso que antecede a todo —comenzando por la propia técnica, la producción, el consumo y el poder— abre la puerta a la ideología.

Antes era corriente discutir respecto de la oposición entre lo que era real y lo que no lo era, entre el error y lo correcto, el error y la verdad, la esencia y la apariencia. Hoy esa discusión tal vez no tenga

ni siquiera cabida, porque la ideología se torna real y está presente como realidad, sobre todo por medio de los objetos. Los objetos son cosas, son reales. Se presentan ante nosotros no solo como un discurso, sino como un discurso ideológico, que nos convoca, a pesar de nosotros, a una forma de comportamiento. Y ese imperio de los objetos tiene un papel relevante en la producción de ese nuevo hombre empujeado en el que estamos todos amenazados en convertirnos. Hasta la Segunda Guerra Mundial teníamos alrededor de nosotros algunos objetos, que comandábamos. Hoy, más de medio siglo después, lo que hay alrededor es una multitud de objetos, todos o casi todos queriéndonos comandar. Una de las grandes diferencias entre el mundo de hace cincuenta años y el de ahora es ese papel de comando atribuido a los objetos. Y son objetos cargados de una ideología que les es entregada por los hombres del *marketing* y del *design* al servicio del mercado.

Del imperialismo al mundo de hoy

El capitalismo de competencia buscó la unificación del planeta, pero solo obtuvo una unificación relativa, profundizada bajo el capitalismo monopolista gracias a los progresos técnicos alcanzados en los últimos dos siglos, lo que permitió una transición a la situación actual del neoliberalismo. Ahora se puede, de alguna forma, hablar de una voluntad de unificación absoluta basada en la tiranía del dinero y de la información, lo que produce en todas partes situaciones en las cuales todo, es decir, cosas, hombres, ideas, comportamientos, relaciones, lugares, puede alcanzarse.

En cada uno de esos momentos son diferentes las relaciones entre el individuo y la sociedad, entre el mercado y la solidaridad. Hasta hace poco existía la búsqueda de un relativo refuerzo mutuo de las ideas y de la realidad de autonomía individual (con la voluntad de producción de individuos fuertes y de ciudadanos) y de la idea y de la realidad de una sociedad solidaria (con el Estado crecientemente empeñado en ejercer una regulación redistributiva). Las situaciones

eran diferentes según los continentes y países, y si el cuadro anteriormente descrito no constituía una realidad completa esa era una aspiración generalizada.

A lo largo de la historia pasada del capitalismo, paralelamente a la evolución de las técnicas, ideas morales y filosóficas se difunden, así como su realización política y jurídica, de modo que costumbres, leyes, reglamentos e instituciones jurídicas y estatales buscaban realizar, al mismo tiempo, más control social y también más control sobre acciones individuales, lo cual limitaba la gestión de aquellos vectores que, dejados solos, llevarían a la eclosión de egoísmos, al ejercicio de la fuerza bruta y a desniveles sociales cada vez más agudos.

En la fase actual de globalización, el uso de las técnicas conoce un importante cambio cualitativo y cuantitativo. Pasamos de un uso “imperialista”, que era, también, un uso desigual y combinado, según los continentes y lugares, a una presencia obligatoria de los sistemas técnicos hegemónicos en todos los países, gracias al papel unificador de las técnicas de información.

El uso imperialista de las técnicas permitía, por vía de la política, cierta convivencia de diferentes niveles de formas técnicas y organizativas en los diversos imperios. Tal situación permanece prácticamente durante un siglo, sin que las diferencias de poder entre los imperios fuesen causa de conflictos durables entre y dentro de ellos. El propio imperialismo era “diferencial”, característica que es consecuencia de la subordinación del mercado a la política, sea la internacional o la interior de cada país o de cada conjunto imperial. Con la globalización las técnicas se vuelven más eficaces, su presencia se confunde con lo ecúmene, su encadenamiento prácticamente espontáneo se refuerza, y, al mismo tiempo, su uso escapa, bajo muchos aspectos, al dominio de la política y se subordina al mercado.

Globalitarismos y totalitarismos

Como todas las técnicas hegemónicas actuales son hijas de la ciencia, y como su utilización se da al servicio del mercado, esa amalgama produce un ideario de la técnica y del mercado que es santificado por la ciencia, considerada, ella misma, infalible. Esa, además, es una de las fuentes del poder del pensamiento único. Todo lo hecho por mano de los vectores fundamentales de la globalización parte de ideas científicas, indispensables para la producción, acelerada, además, por nuevas realidades, de tal modo que las acciones creadas así se imponen como soluciones únicas.

En las condiciones actuales, la ideología es reforzada de una forma que hubiera sido imposible hace un cuarto de siglo, ya que primero las ideas y, sobre todo, las ideologías, se transforman en situaciones, mientras estas se vuelven en sí mismas “ideas”, “ideas de qué hacer”, “ideologías” e impregnan, a su vez, la ciencia (que santifica las ideologías y legitima las acciones), una ciencia cada vez más reductora y reducida, pero distante de la búsqueda de la “verdad”. De ese conjunto de variables derivan, también, otras condiciones de la vida contemporánea, fundadas en la *matematización* de la existencia, que cargan consigo una creciente seducción por los números, un uso mágico de las estadísticas.

También a partir de ese cuadro se puede interpretar la *serialización* de que hablaba J. P. Sartre en *Questions de méthode, critique de la raison dialectique*, 1960. En tales condiciones, se instalan la competitividad, el sálvese quien pueda, el regreso al canibalismo, la supresión de la solidaridad, acumulando dificultades para un convivir social saludable y para el ejercicio de la democracia. Mientras esta es reducida a una democracia de mercado y mezquina como electoralismo, es decir, consumo de elecciones, las “pesquisas” se perfilan como un evaluador cuantitativo de la opinión, de la cual acaba por ser una de las formadoras, todo lo cual lleva al empobrecimiento del debate de ideas y a la propia muerte de la política. En la esfera de la sociabilidad se levantan utilitarismos como regla de vida mediante

la exacerbación del consumo, de los narcisismos, de lo inmediato, del egoísmo, del abandono de la solidaridad, de la implantación galopante de una ética pragmática individualista. De esa forma, la sociedad y los individuos aceptan decir adiós a la generosidad, a la solidaridad y a la emoción con la entronización del reino del cálculo (a partir del cálculo económico) y de la competitividad.

Todas esas son condiciones para la difusión de un pensamiento y de una práctica totalitarias. Esos totalitarismos se dan en la esfera del trabajo, por ejemplo, en un mundo agrícola modernizado donde los actores subalternos conviven, como en un ejército, sometidos a una disciplina militar. El totalitarismo no está, pues, limitado a la esfera del trabajo, pues discurre hacia la esfera de la política y de las relaciones interpersonales, e invade el propio mundo de la investigación y de la enseñanza universitaria mediante un cerco a las ideas cada vez menos disimulado. Nos cabe indagar ante esas nuevas realidades acerca de la pertinencia de la presente utilización de concepciones ya sobrepasadas de democracia, opinión pública y ciudadanía, conceptos que necesitan revisión urgente, sobre todo en los lugares donde esas categorías nunca fueron claramente definidas ni totalmente ejercidas.

Nuestra gran tarea hoy es la elaboración de un nuevo discurso, capaz de desmitificar la competitividad y el consumo y de atenuar, si no deshacer, la confusión de los espíritus.

La violencia estructural y la perversidad sistémica

Mucho se habla hoy de violencia y es generalmente admitido que es casi un estado, una situación característica de nuestro tiempo. De las violencias de que se habla, la mayor parte se refiere a las violencias funcionales derivadas, mientras se le presta menos atención a lo que preferimos llamar violencia estructural, que está en la base

de la producción de las otras y constituye la violencia central original. Por eso, solo acabamos por condenar las violencias periféricas particulares.

A nuestro ver, la violencia estructural resulta de la presencia y de las manifestaciones conjuntas, en esta era de la globalización, del dinero, de la competitividad y de la potencia en estados puros, cuya asociación conduce a la aparición de nuevos totalitarismos y permite pensar que vivimos en una época de *globalitarismo* mucho más que de globalización. Paralelamente, evolucionamos desde situaciones en que la perversidad se manifestaba de forma aislada hacia una situación en la cual se instala un sistema de perversidad que, al mismo tiempo, es resultado y causa de la legitimación del dinero, de la competitividad y de la potencia en estados puros, y que consagra, al final, el fin de la ética y de la política.

El dinero en estado puro

Con la globalización se impone una nueva noción de riqueza, de prosperidad y de equilibrio macroeconómico, concepto fundado en el dinero en estado puro y al cual todas las economías nacionales son llamadas a adaptarse. La noción y la realidad de la deuda internacional también derivan de esa misma ideología. El consumo, convertido en denominador común para todos los individuos, atribuye un papel central al dinero en sus diferentes manifestaciones; juntos, el dinero y el consumo aparecen como reguladores de la vida individual. El nuevo dinero se hace omnipresente. Fundado en una ideología, ese dinero sin medida se vuelve la medida general, reforzando la vocación para considerar la acumulación como una meta en sí misma. En realidad, el resultado de esa búsqueda puede llevar tanto a la acumulación (para algunos) como al endeudamiento (para la mayoría). En esas condiciones, se forma un círculo vicioso dentro del cual el miedo y el desamparo se crean mutuamente y la búsqueda desenfrenada del dinero es tanto una causa como una consecuencia del desamparo y del miedo.

El resultado objetivo es la necesidad, real o imaginada, de buscar más dinero, y como este, en su estado puro, es indispensable para la existencia de personas, empresas y naciones, las formas por las cuales es obtenido, sean cuales fueren, se encuentran anticipadamente justificadas.

La competitividad en estado puro

La necesidad de capitalización conduce a adoptar como regla la necesidad de competir en todos los planos. Se dice que las naciones necesitan competir entre ellas —lo que, todavía, es dudoso— y las empresas ciertamente compiten por una cuota siempre mayor del mercado. Pero la estabilidad de una empresa puede depender de una pequeña acción de ese mercado. La supervivencia pende siempre de un hilo. En un mundo globalizado, regiones y ciudades son llamadas a competir y, ante las actuales reglas de la producción y de los imperativos del consumo, la competitividad se torna también una regla de convivencia entre las personas. La necesidad de competir es, además, legitimada por una ideología largamente aceptada y difundida, en la medida en que la desobediencia a sus reglas implica perder posiciones y hasta desaparecer del escenario económico. Se crean, de este modo, nuevos “valores” en todos los planos, una nueva “ética” operacional frente a los mecanismos de la globalización.

Concurrir y competir no son la misma cosa. La competencia puede ser hasta saludable siempre que la batalla entre agentes, para emprender mejor una tarea y obtener mejores resultados finales, exija el respeto a ciertas reglas de convivencia, preestablecidas o no. La competitividad se funda en la invención de nuevas armas de lucha, en un ejercicio en que la única regla es la conquista de la mejor posición. La competitividad es una especie de guerra en la que todo vale y, de ese modo, su práctica provoca un debilitamiento de los valores morales y una invitación al ejercicio de la violencia.

La potencia en estado puro

Para ejercer la competitividad en estado puro y obtener el dinero en estado puro, el poder (la potencia) debe ser ejercido también en estado puro. El uso de la fuerza acaba volviéndose una necesidad. No hay otro *telos*, otra finalidad que el propio uso de la fuerza, ya que es indispensable para competir y hacer más dinero; eso viene acompañado por la no necesidad de responsabilidad ante el otro, por la colectividad próxima y por la humanidad en general.

Por ejemplo, la idea de que el desempleo es resultado de un juego simple entre formas técnicas y decisiones microeconómicas de las empresas es una simplificación originada en esa confusión, como si la nación no debiese solidaridad a cada uno de sus miembros. El abandono de la idea de solidaridad está por detrás de esa comprensión de la economía y conduce al desamparo en que vivimos hoy. Jamás hubo en la historia un período en que el miedo fuese tan generalizado y alcanzase todas las áreas de nuestra vida: miedo al desempleo, al hambre, a la violencia, al otro. Tal miedo se expande y se profundiza a partir de una violencia difusa, pero estructural, típica de nuestro tiempo, cuyo entendimiento es indispensable para comprender, de manera más adecuada, asuntos como la deuda social y la violencia funcional, hoy tan presentes en el cotidiano de todos.

La perversidad sistémica

Sea cual fuere el ángulo desde el cual se examinen las situaciones características del actual período, la realidad puede ser vista como una fábrica de perversidad. El hambre deja de ser un hecho aislado u ocasional y pasa a ser algo generalizado y permanente. Alcanza a 800 millones de personas expandidas por todos los continentes, sin excepción. Aunque los progresos de la medicina y de la información debían autorizar una reducción sustancial de los problemas de salud, sabemos que 14 millones de personas mueren todos los días antes del quinto año de vida.

Dos billones de personas sobreviven sin agua potable. Nunca en la historia hubo tan gran número de desplazados y refugiados. El fenómeno de los sin techo, curiosidad en la primera mitad del siglo XX, hoy es algo banal, presente en todas las ciudades grandes del mundo. El desempleo es común. Al mismo tiempo, hoy es más difícil que antes atribuir educación de calidad y acabar con el analfabetismo. La pobreza también aumenta. A finales del siglo XX había 600 millones más de pobres que en 1960; y 1.400 millones de personas ganan menos de un dólar al día. Tales números pueden ser ampliados porque, aún aquí, los métodos cuantitativos de la estadística engañan: ser pobre no es sólo ganar menos de una suma arbitrariamente fijada, sino participar de una situación estructural, con una posición relativa inferior dentro de la sociedad como un todo. Y esa condición se amplía a un número cada vez mayor de personas. El hecho, pues, es que la pobreza tanto como el desempleo ahora son considerados como algo “natural”, inherente a su propio proceso. Junto al desempleo y a la pobreza absoluta se registra el empobrecimiento relativo de capas cada vez mayores gracias al deterioro del valor del trabajo. En México, la parte de trabajo en el ingreso nacional descendió del 36% en la década de 1970 al 23% en 1992. Vivimos en un mundo de exclusiones, agravadas por la desprotección social, atributo del modelo neoliberal, que es, también, creador de inseguridad.

En verdad, la perversidad deja de manifestarse por hechos aislados, atribuidos a distorsiones de la personalidad, para establecerse como un sistema. A nuestro ver, la causa esencial de la perversidad sistémica es la institución, por ley general de la vida social, de la competitividad como regla absoluta, competitividad que discurre por todo el edificio social. El *otro*, sea empresa, institución o individuo, aparece como un obstáculo para la realización de los fines de cada uno y debe ser removido por eso, además de que es considerado una cosa. Se derivan de ahí la celebración de los egoísmos, la propagación de los narcisismos, la banalidad de la guerra de todos contra todos, con la utilización de cualquier medio para obtener el fin pretendido, esto es, competir, y, si es posible, vencer. De ahí la difusión, también

generalizada, de otro subproducto de la competitividad, es decir, la corrupción.

Ese sistema de la perversidad incluye la muerte de la Política (con P mayúscula), ya que la conducción del proceso político pasa a ser atributo de las grandes empresas. Únase a eso el proceso de conformación de la opinión por los medios de comunicación, dato importante en el movimiento de alienación traído con la sustitución del debate civilizatorio por el discurso único del mercado. De ahí la enseñanza y el aprendizaje de comportamientos de los cuales están ausentes objetivos éticos.

Así elaborado, el sistema de la perversidad legitima la superioridad de una acción hegemónica, pero sin responsabilidad, y la instalación sin contrapartida de un orden desordenado, con la producción “natural” del desorden.

A todo eso también contribuye el establecimiento del imperio del consumo, dentro del cual se instalan consumidores más que perfectos (M. Santos, *El espacio del ciudadano*, 1988), llevados a la negligencia con relación a la ciudadanía, es decir, el menosprecio por la libertad, cuyo culto es sustituido por la preocupación por la propia seguridad. Esta estimula egoísmos y es uno de los fermentos del quiebre de la solidaridad entre personas, clases y regiones. También se incluye en esa lista de los procesos característicos de la instalación del sistema de la perversidad, la ampliación de las desigualdades de todo género: interpersonales, de clases, regionales, internacionales. A las antiguas desigualdades, se suman nuevas.

Los papeles dominantes, legitimados por la ideología y por la práctica de la competitividad, son: la mentira, con el nombre de secreto de la marca; la adulación, con el nombre de *marketing*; y la disimulación y el cinismo, con los nombres de táctica y estrategia. Es una situación en la cual se produce la glorificación de la astucia, negando la sinceridad, y la glorificación de la avaricia, negando la generosidad. De ese modo, el camino queda abierto para el abandono de las solidaridades y para el fin de la ética, pero también de la política. Para el triunfo de las nuevas virtudes pragmáticas, el ideal

de la democracia plena es reemplazado por la construcción de una democracia de mercado, en la cual la distribución del poder es tributaria de la realización de los fines últimos del propio sistema global. Estas son las razones por las cuales la vida normal de todos los días está sujeta a una violencia estructural que, además, es la madre de las violencias restantes.

De la política de los Estados a la política de las empresas

Regresemos, brevemente, al comienzo de la historia humana, cuando el hombre en sociedad, relacionándose directamente con la naturaleza, construye la historia. En ese comienzo de los tiempos, los lazos entre territorio, política, economía, cultura y lenguaje eran transparentes. En las sociedades que los antropólogos europeos y norteamericanos orgullosamente llamaron primitivas, la relación entre sectores de la vida también se daba directamente. No había prácticamente intermediaciones.

Se podría considerar que existía una territorialidad genuina. La economía y la cultura dependían del territorio, el lenguaje era una emanación del uso del territorio por la economía y por la cultura, y la política también estaba relacionada con él íntimamente.

Había, por consiguiente, una territorialidad absoluta, en el sentido de que, en todas las manifestaciones esenciales de su existencia, los moradores pertenecían a aquello que les pertenecía, es decir, al territorio. Eso creaba un sentido de identidad entre las personas y su espacio geográfico, que les atribuía, en función de la producción necesaria para la supervivencia del grupo, una noción particular de límites, y que acarrearba, paralelamente, compartimentación del espacio, lo que también producía una idea de dominio. Para mantener la identidad y los límites era preciso tener clara esa idea de dominio, de poder. La política del territorio tenía las mismas bases que la política de la economía, de la cultura, del lenguaje, y formaban un

conjunto indisociable. Se creaba, paralelamente, la idea de comunidad, un contexto limitado en el espacio.

Sistemas técnicos, sistemas filosóficos

Toda relación del hombre con la naturaleza es portadora y productora de técnicas que se fueron enriqueciendo, diversificando y agrandando a lo largo del tiempo. En los últimos siglos, conocemos avances en los sistemas técnicos, hasta que, en el XVIII, surgen las técnicas de las máquinas, que más tarde se van a incorporar al suelo como prótesis, para proporcionar al hombre un menor esfuerzo en la producción, en el transporte y en las comunicaciones, cambiar el aspecto de la Tierra y alterar las relaciones entre países y entre sociedades e individuos. Las técnicas ofrecen respuesta a la voluntad de evolución de los hombres y, definidas por las posibilidades que crean, son la marca de cada período de la historia.

La vida realizada por medio de esas técnicas, está, pues, cada vez menos subordinada a lo aleatorio y cada vez más exige de los hombres comportamientos previsibles. Esa previsión de comportamiento asegura, de alguna manera, una visión más racional del mundo y de los lugares y conduce a una organización socio técnica del trabajo, del territorio y del fenómeno del poder. De ahí el desencanto progresivo del mundo.

En el siglo XVIII acaecieron dos fenómenos extremadamente importantes. Uno fue la producción de las técnicas de las máquinas, que revalorizan el trabajo y el capital, recalifican los territorios, permiten la conquista de nuevos espacios y abren horizontes para la humanidad. Ese siglo marca el refuerzo del capitalismo y, además, la entrada en escena del hombre como un valor a ser considerado. El nacimiento de la técnica de las máquinas, el refuerzo de la condición técnica en la vida social e individual y las nuevas concepciones sobre el hombre se incorporan a las ideas filosóficas que se convertirían en fuerzas de la política. Este es otro dato importante.

El siglo XVIII produjo los enciclopedistas y la revolución norteamericana y la Revolución francesa, respuestas políticas a las ideas filosóficas. En un momento en que el capitalismo también se reforzaba, si las técnicas hubiesen sido entregadas enteramente a manos capitalistas sin que, por otro lado, surgiesen las ideas filosóficas (que también eran ideas morales) el mundo se habría organizado de forma diferente.

Si al lado de esos progresos de la técnica al servicio de la producción y del capitalismo no hubiese existido el progreso de las ideas, habríamos tenido una eclosión mucho mayor del utilitarismo, con una práctica más avasalladora del lucro y de la competencia. Al contrario, fue establecida la posibilidad de enriquecer moralmente al individuo. La misma ética glorificaba al individuo y a la colectividad responsables. Ambos lo eran. Individuo y colectividad eran llamados a crear juntos un enriquecimiento recíproco que apuntaba a la búsqueda de la democracia, por intermedio del Estado nacional, del Estado de derecho y del Estado social, y para la producción de la ciudadanía plena, reivindicación que se fue afirmando a lo largo de estos siglos. Ciertamente, la ciudadanía nunca llegó a ser plena, pero casi alcanzó esa práctica en ciertos países, durante los llamados treinta años gloriosos después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Y esa casi plenitud era paralela a la casi plenitud de la democracia. La ciudadanía plena es un dique contra el capital pleno.

Tecnociencia, globalización e historia sin sentido

La globalización marca un momento de ruptura en ese proceso de evolución social y moral que venía de siglos precedentes. Es irónico recordar que el progreso técnico aparecía, desde anteriores centurias, como una condición para realizar esa soñada globalización con la más completa humanización de la vida en el planeta. Finalmente, cuando ese progreso técnico alcanza un nivel superior, la globalización se realiza, pero no al servicio de la humanidad.

La globalización mata la noción de solidaridad, devuelve al hombre a la condición primitiva de cada uno por su lado y, como si volviéramos a ser animales de la selva, reduce las nociones de moralidad pública y particular a casi nada.

El actual período tiene como una de las bases el matrimonio entre ciencia y técnica, esa tecnociencia cuyo uso es condicionado por el mercado. Por consiguiente, se trata de una técnica y de una ciencia selectivas. Como frecuentemente la ciencia produce aquello que interesa al mercado y no a la humanidad en general, el progreso técnico y científico no es siempre un progreso moral. Peor, tal vez, que eso: la ausencia de ese progreso moral y todo lo que se hace a partir de esa ausencia pesará fuertemente sobre el modelo de construcción histórica dominante en la última cuarta parte del siglo XX.

Esa globalización tiene que ser encarada a partir de dos procesos paralelos. De un lado, se da la producción de una materialidad, es decir, de las condiciones materiales que nos cercan, que son la base de la producción económica, de los transportes y de las comunicaciones. Del otro, existe la producción de nuevas relaciones sociales entre países, clases y personas. La nueva situación, como ya se resaltó, se va a basar en dos columnas centrales. Una tiene como fundamento el dinero y la otra la información. Dentro de cada país, sobre todo en los más pobres, información y dinero mundializados acaban por imponerse como algo autónomo frente a la sociedad e incluso frente a la economía, y se vuelven un elemento fundamental de la producción y, al mismo tiempo, de la geopolítica, es decir, de las relaciones entre países y dentro de cada nación.

La información está centrada en manos de un número extremadamente limitado de firmas. Hoy, lo esencial de lo que en el mundo se lee, tanto en periódicos como en libros, es producido a partir de media docena de empresas que, en realidad, no transmiten novedades, pero sí las reescriben de manera específica. A pesar de que las condiciones técnicas de la información permiten que la humanidad conozca todo lo que el mundo es, en realidad acabamos por no saberlo a causa de esa intermediación deformante.

El mundo se hace fluido gracias a la información, pero, además, al dinero. Todos los contextos se entrometen y superponen, incorporando un contexto global en el cual las fronteras se vuelven porosas para el dinero y para la información. Además, el territorio deja de tener fronteras rígidas, lo que lleva al debilitamiento y al cambio de naturaleza de los Estados nacionales.

El discurso que oímos todos los días para hacernos creer que debe haber menos Estado se vale de esa mencionada porosidad, pero su base esencial es el hecho de que los conductores de la globalización necesitan de un Estado flexible a sus intereses. Las privatizaciones son la muestra de que el capital se volvió devorador, goloso al extremo, siempre exigiendo más, queriendo todo. Además, la instalación de esos capitales globalizados supone que el territorio se adapta a sus necesidades de fluidez invirtiendo para alterar la geografía de las regiones escogidas. De tal forma, el Estado acaba por tener menos recursos para todo lo que es social, sobre todo en el caso de las privatizaciones ridículas, como en el modelo brasileño, que financia a las empresas extranjeras candidatas a la compra del capital social nacional. No es que el Estado se ausente o se haga más pequeño, sino que se desliga del interés de las poblaciones y se torna más fuerte, más ágil, más presente, al servicio de la economía dominante.

Las empresas globales y la muerte de la política

La política ahora se hace en el mercado. Solo que ese mercado global no existe como actor, sino como ideología, como símbolo. Los actores son las empresas globales, que no tienen preocupaciones éticas ni finalistas. Se dirá que en el mundo de la competitividad cada vez se es más individualista o se desaparece. Entonces la propia lógica de supervivencia de la empresa global sugiere que funcione sin ningún altruismo. Pero si el Estado no puede ser solidario y la empresa no puede ser altruista la sociedad como un todo no tiene quien la valore. Ahora se habla mucho de un tercer sector, en que las empresas privadas asumirían un trabajo de asistencia social antes otorgado al

poder público. Les correspondería de ese modo escoger cuáles son los beneficiarios, privilegiando a una parte de la sociedad y dejando por fuera a una mayor. Habría fracciones del territorio y de la sociedad dejadas por fuera, siempre que no convengan al cálculo de las firmas. Esa “política” de las empresas equivale al decreto de muerte de la política.

La política, por definición, es siempre amplia y supone una visión de conjunto. Sólo se realiza cuando existe la consideración de todos y de todo. Quien no tiene visión de conjunto no llega a ser político. Y no hay política solo para los pobres, como no hay solo para los ricos. La eliminación de la pobreza es un problema estructural. Fuera de eso, lo que se pretende es encontrar formas de protección a ciertos pobres y a ciertos ricos, escogidos según los intereses de los donadores. Pero la política tiene que cuidar el conjunto de realidades y el conjunto de relaciones.

En las actuales condiciones, y de modo general, estamos asistiendo a la no política, es decir, a la política hecha por las empresas, sobre todo por las más grandes. Cuando una gran empresa se instala llega con sus normas, casi todas extremadamente rígidas. Como esas normas rígidas están asociadas al uso considerado adecuado de las técnicas correspondientes, el mundo de las normas se agrava porque las técnicas en sí mismas también son normas. Por ser solidarias las técnicas actuales, cuando una se impone se crea la necesidad de traer otras, sin las cuales aquella no funcionaría bien. Cada técnica propone una manera particular de comportamiento, involucra sus propias reglamentaciones y, por consiguiente, trae a los lugares nuevas formas de relación. Lo mismo sucede con las empresas. Así, también se alteran las relaciones sociales dentro de cada comunidad. Cambia la estructura del empleo, así como las otras relaciones económicas, sociales, culturales y morales dentro de cada lugar, lo que afecta, igualmente, el presupuesto público, tanto en el rubro del ingreso como en el capítulo del gasto. Un pequeño número de grandes empresas que se instale le acarrea a la sociedad, como un todo, un pesado proceso de desequilibrio.

Incluso, mediante el discurso oficial, tales empresas son presentadas como salvadoras de los lugares y señaladas como creadoras de reconocimiento por sus aportes de empleo y modernidad. De ahí la creencia de que son indispensables, factor de la presente guerra entre distintos lugares y, en muchos casos, de su actitud de chantaje frente al poder público al amenazar con retirarse cuando no se atienden sus reclamos. Así, el poder público pasa a ser subordinado, compelido, arrastrado. A medida que se impone ese nexo de las grandes empresas se instala la semilla de la ingobernabilidad, ya fuertemente implantada en Brasil, aunque su dimensión no haya sido adecuadamente evaluada. A medida que los institutos encargados de cuidar del interés general son debilitados por el abandono de la noción y de la práctica de la solidaridad, estamos, por lo menos a mediano plazo, produciendo las precondiciones de la fragmentación y del desorden, claramente visibles en el país por medio del comportamiento de los territorios, es decir, de la crisis prácticamente general de los estados y de los municipios.

En medio siglo, tres definiciones de la pobreza

Los países subdesarrollados conocieron por lo menos tres formas de pobreza y, paralelamente, tres formas de deuda social en el último medio siglo. La primera sería lo que osadamente llamaremos *pobreza incluida*, una pobreza accidental, a veces residual o estacional, producida en ciertos momentos del año, una pobreza intersticial y, sobre todo, sin vasos comunicantes.

Después llega otra, reconocida y estudiada como una enfermedad de la civilización. Entonces llamada *marginalidad*, tal pobreza era producida por el proceso económico de la división del trabajo, internacional o interna. Se admitía que podría ser corregida, lo que era buscado por las manos de los gobiernos.

Y ahora llegamos al tercer tipo, *la pobreza estructural*, que desde un punto de vista moral y político equivale a una deuda social. Es

estructural y no local, ni siquiera nacional; se globaliza, se presenta en todas partes del mundo. Hay una diseminación planetaria y una producción globalizada de la pobreza, aunque esté más presente en los países pobres. Pero es también una producción científica, por tanto, voluntaria de la deuda social, para la cual, en la mayor parte del planeta, no se buscan remedios.

La pobreza “incluida”

Antes, las situaciones de pobreza podían ser definidas como reveladoras de una pobreza accidental, residual, estacional, intersticial, vista como desadaptación local a los procesos más generales de cambio o como inadaptación entre condiciones naturales y sociales. Era una pobreza que se producía en un lugar y no se comunicaba a otro.

Entonces ni la ciudad ni el territorio ni la propia sociedad eran exclusiva o mayoritariamente movidos por las *driving forces* comprendidas en el proceso de racionalización. La presencia de las técnicas, asociadas al territorio o inherentes a la vida social, era relativamente poco expresiva, lo que contribuía a reducir la eficacia de los procesos *racionalizadores*, por ventura vigentes en la vida económica, cultural, social y política. De ese modo, la racionalidad de la existencia no constituía un dato esencial del proceso histórico, y solo se limitaba a algunos aspectos aislados de la sociabilidad. La producción de la pobreza buscaría sus causas en otros factores.

En la situación que estamos describiendo, las soluciones al problema eran privadas, asistenciales y locales, y la pobreza era frecuentemente presentada como un accidente natural o social. En un mundo donde el consumo aún no estaba largamente difundido y el dinero aún no constituía un nexo social obligatorio, la pobreza era menos discriminatoria. De ahí que se pudiera hablar de pobres incluidos.

La marginalidad

En un segundo momento, la pobreza es identificada como una enfermedad de la civilización, cuya producción sigue el propio proceso económico. Ahora, el consumo se impone como un dato importante, pues constituye el centro de la explicación de las diferencias y de la percepción de las situaciones. Dos factores juegan un papel fundamental. De un lado, se amplían las posibilidades de circulación, y, de otro, gracias a las formas modernas de difusión de las innovaciones, la información constituye un dato revolucionario en las relaciones sociales. El radio transistor era un gran símbolo. La ampliación del consumo gana, así, las condiciones materiales y psicológicas necesarias para dar a la pobreza nuevos contenidos y nuevas definiciones. Además de la pobreza absoluta, se crea y recrea incesantemente una pobreza relativa, que lleva a clasificar a los individuos por su capacidad de consumir y por la forma como lo hacen. El establecimiento de “índices” de pobreza y miseria utiliza esos componentes.

Aún en ese segundo momento, que coincide con la generalización y el éxito de la idea de subdesarrollo y de las teorías destinadas a combatirlo, los pobres eran llamados marginales. Para superar tal situación, considerada indeseable, también se generaliza la preocupación de los gobiernos y de las sociedades nacionales, por medio de sus elites intelectuales y políticas, hacia el fenómeno de la pobreza, lo que lleva a una búsqueda de soluciones de Estado a ese problema, considerado grave, pero no insoluble. El éxito del Estado de bienestar en tantos países de Europa occidental y la noticia de las preocupaciones de los países socialistas por la población en general funcionaban como inspiración de los países pobres, todos comprometidos, al menos ideológicamente, en la lucha contra la pobreza y sus manifestaciones, aunque no les fue posible alcanzar la realización del Estado de bienestar. Así sea en países como el nuestro, el poder público es forzado a encontrar fórmulas, salidas, imitaciones de solución. Había una cierta vergüenza por no enfrentar el asunto.

La pobreza estructural globalizada

El período en el que nos encontramos revela una pobreza de nuevo tipo, una pobreza estructural globalizada, resultante de un sistema de acción deliberada. Examinando el proceso por el cual el desempleo se genera y la remuneración del empleo empeora mientras el poder público se retira de las tareas de protección social, es lícito considerar que la actual división “administrativa” del trabajo y la ausencia deliberada del Estado de su misión social de regulación están contribuyendo a una producción científica, globalizada y voluntaria de la pobreza. Ahora, al contrario de las dos fases anteriores, se trata de una pobreza generalizada, permanente, global. Se puede, de algún modo, admitir la existencia de algo como un planeamiento centralizado de la pobreza actual: aunque sus actores sean muchos, su motor esencial es el mismo de los otros procesos definidores de nuestra época.

La pobreza actual resulta de la convergencia de causas que se dan en diversos niveles, que son como vasos comunicantes y como algo racional, un resultado necesario del presente proceso, un fenómeno inevitable, considerado un hecho natural.

Alcanzamos, así, una especie de naturalización de la pobreza, que sería políticamente producida por los actores globales con la colaboración consciente de los gobiernos nacionales y, contrariamente a las situaciones precedentes, con la complicidad de intelectuales contratados —o solo contactados— para legitimar esa naturalización.

En esa última fase, los pobres no son incluidos ni marginales, son excluidos. La división del trabajo era, hasta hace poco, algo más o menos espontáneo. Ahora no. Hoy obedece a cánones científicos —por eso la consideramos una división del trabajo administrada— y es movida por un mecanismo que trae consigo la producción de las deudas sociales y la diseminación de la pobreza en una escala global. Salimos de una pobreza para entrar en otra. Se deja de ser pobre en un lugar para serlo en otro. En las actuales condiciones, es una pobreza casi sin remedio, traída no solo por la expansión del desempleo,

sino también por la reducción del valor del trabajo. Es el caso, por ejemplo, de los Estados Unidos, presentado como el país que tiene resuelto un poco menos mal el asunto del desempleo, aunque el valor promedio del salario haya caído. Y esa caída del desempleo no alcanza igualmente a toda la población, porque los negros continúan sin empleo, en mayor proporción que antes, y las poblaciones de origen latino se encuentran en la base de la escala salarial.

Esa producción sólida de la pobreza aparece como un fenómeno banal. Una de las grandes diferencias desde el punto de vista ético es que la pobreza de ahora surge, se impone y se explica como algo natural e inevitable. Pero es una pobreza producida políticamente por las empresas e instituciones globales. Estas, de un lado, pagan para crear soluciones localizadas, parcializadas, segmentadas, como es el caso del Banco Mundial que, en diferentes partes del mundo, financia programas de atención a los pobres, queriendo transmitir la impresión de interesarse por los desvalidos, cuando, estructuralmente, es el gran productor de la pobreza. Se atacan, funcionalmente, manifestaciones de la pobreza, mientras estructuralmente se crea la pobreza a nivel del mundo. Y eso se da con la colaboración pasiva o activa de los gobiernos nacionales.

Veán, entonces, la diferencia entre el uso de la palabra “pobreza” y de la expresión “deuda social” en esos cincuenta años. Los pobres, esto es, aquellos que son el objeto de la deuda social, fueron *incluidos* y después marginados, y acaban por ser lo que hoy son, es decir, *excluidos*. Esta exclusión actual, con la producción de deudas sociales, obedece a un proceso racional, una racionalidad sin razón, que comanda las acciones hegemónicas y arrastra a las demás acciones. Los excluidos son el fruto de esa racionalidad. Por ahí se ve que el asunto capital es la comprensión de nuestro tiempo, sin la cual sería imposible construir el discurso de la liberación. Este, desde que sea simple y veraz, podrá ser la base intelectual de la política. Y eso es central en el mundo de hoy, en el cual nada de importante se hace sin discurso.

El papel de los intelectuales

Lo terrible es que en este mundo de hoy aumenta el número de letrados y disminuye el de intelectuales. ¿No es este uno de los actuales dramas de la sociedad brasileña? Tales letrados, equivocadamente asimilados a los intelectuales, no piensan para encontrar la verdad o, encontrándola, no la manifiestan. En ese caso, no se pueden encontrar con el futuro, renegando de la función principal de la intelectualidad, es decir, del matrimonio permanente con el porvenir por medio de la búsqueda incansable de la verdad.

Así como el territorio es hoy un territorio nacional de la economía internacional (M. Santos, *La naturaleza del espacio*, 1996), la pobreza, hoy, es la pobreza nacional del orden internacional. Esa realidad obliga a discutir algunas de las soluciones propuestas para el problema, como, por ejemplo, cuando se imagina poder compensar una política neoliberal en el plano nacional con la posibilidad de una política social en el plano subnacional. En el caso brasileño, es lamentable que políticos y partidos llamados de izquierda se entreguen a una política de derecha dejando a un lado la búsqueda de soluciones estructurales y limitándose a proponer paliativos que no son verdaderamente transformadores de la sociedad, porque serán inocuos, a mediano y a largo plazo. Las llamadas políticas públicas, cuando existen, no pueden reemplazar a la política social, considerada un elenco coherente con las demás políticas (económica, territorial, etc.).

No se trata, pues, de dejar a los niveles inferiores de gobierno —municipios, estados— la búsqueda de políticas compensatorias para aliviar las consecuencias de la pobreza, cuando a nivel federal las acciones más dinámicas están orientadas cada vez más hacia la producción de la pobreza. Lo deseable sería que a partir de una visión de conjunto hubiese redistribución de los poderes y de los recursos entre diversas esferas político-administrativas del poder, así como una redistribución de las prerrogativas y tareas entre las diferentes escalas territoriales, hasta con la reformulación de la federación.

Pero para eso es necesario que exista un proyecto nacional, y este no puede ser una formulación automáticamente derivada del proyecto hegemónico y limitativo de la globalización actual. Al contrario, partiendo de las realidades y de las necesidades de cada nación, debe no solo entenderlas, sino también constituir una promesa de reformulación del propio orden mundial.

En las actuales condiciones, una gran complicación proviene del hecho de que la globalización es frecuentemente considerada una fatalidad. En efecto, ella se basa en un exagerado encantamiento con las técnicas de punta, es negligente en cuanto al factor nacional y deja de lado el papel del territorio utilizado por la sociedad como su retrato dinámico. Tal visión del mundo —especie de regreso a la vieja noción de *technological fix* (una única tecnología eficaz)—, con la muerte de la esperanza y de la generosidad, acaba por consagrar la adopción de un punto de partida cerrado y por aceptar como indiscutible e invencible el reino de la necesidad. Exclusión y deuda social aparecen como si fuesen algo fijo, inmutable, indeclinable, cuando, como cualquier otro orden, puede ser reemplazado por un orden más humano.

Qué hacer con la soberanía

De qué manera la globalización afecta la soberanía de las naciones, las fronteras de los países y la gobernabilidad plena es asunto que ocupa los espíritus, sea teóricamente sea en función de los hechos concretos. En ese terreno, como en muchos otros, la producción de verdades a medias es infinita y somos frecuentemente convocados a repetir las sin mayor análisis del problema. Hay quien se arriesga a hablar de des-territorialidad, fin de las fronteras, muerte del Estado. Existen los optimistas y pesimistas, los defensores y los acusadores.

Tomemos el caso particular de Brasil para discutir más de cerca ese asunto, aunque nuestra realidad se asemeje a la de muchos otros países. Con la globalización, lo que tenemos es un territorio nacional

de la economía internacional, es decir, el territorio continúa existiendo, las normas públicas que lo gobiernan son de origen nacional, aunque las fuerzas más activas de su dinamismo actual tengan origen externo. En otras palabras, la contradicción entre lo externo y lo interno aumentó. En última instancia, todavía es el Estado nacional el que posee el monopolio de las normas, sin las cuales los poderosos factores externos pierden eficacia. Sin duda, la noción de soberanía tuvo que ser revisada frente a los sistemas transgresores de ámbito planetario, cuyo ejercicio violento acentúa la porosidad de las fronteras. Estos son, sobre todo, la información y la finanza, cuya fluidez se multiplica gracias a las maravillas de la técnica contemporánea. Pero es un equívoco pensar que la información y las finanzas ejercen siempre su fuerza sin encontrar contrapartida interna. Esta depende de una voluntad política interior, capaz de evitar que la influencia de los mencionados factores sea absoluta.

Al contrario de lo que se repite impunemente, el Estado continúa fuerte, y la prueba de esto es que ni las empresas transnacionales ni las instituciones supranacionales disponen de fuerzas normativas para imponer ellas solas, dentro de cada territorio, su voluntad política o económica. Por intermedio de sus normas de producción, de trabajo, de financiamiento y de cooperación con otras firmas, las empresas transnacionales arrastran a otras empresas e instituciones de los lugares donde estas se instalan, y les imponen comportamientos compatibles con sus intereses. Pero la vida de una empresa va más allá del simple proceso técnico de producción y alcanza todo el entorno, comenzando por el propio mercado e incluyendo también las infraestructuras geográficas de apoyo, sin lo que no puede tener éxito. El Estado nacional es el que finalmente regula el mundo financiero y construye infraestructuras, para otorgar viabilidad a grandes empresas escogidas. Lo mismo puede decirse de instituciones supranacionales (FMI, Banco Mundial, Naciones Unidas, Organización Mundial del Comercio), cuyos edictos o recomendaciones necesitan de decisiones internas a cada país para que tengan eficacia. El Banco Central es, frecuentemente, esa correa de transmisión (situada sobre

el Parlamento) entre una voluntad política externa y una ausencia de voluntad interior. Por eso, se tornó habitual entregar la dirección de esos bancos centrales a personajes más comprometidos con los postulados ideológicos de la finanza internacional que con los intereses concretos de las sociedades nacionales.

Pero la cesión de la soberanía no es algo natural, invencible, automático, pues depende de la forma como el gobierno de cada país decide hacer su inserción en el mundo de la llamada globalización.

El Estado altera sus reglas y delineamientos en un juego combinado de influencias externas y realidades internas. Pero no hay solo un camino y este no es obligatoriamente el de la pasividad. Por consiguiente, no es verdad que la globalización impida la constitución de un proyecto nacional. Sin eso, los gobiernos quedan a merced de exigencias externas, por más inoportunas que sean. Este parece ser el caso del Brasil actual. Creemos todavía que siempre es tiempo de corregir los rumbos equivocados y, en un mundo globalizado, hacer triunfar los intereses de la nación.

IV.

El territorio del dinero y de la fragmentación

Introducción

En el mundo de la globalización, el espacio geográfico gana nuevos contornos, nuevas características, nuevas definiciones. Y, también, nueva importancia, porque la eficacia de las acciones está estrechamente relacionada con su localización. Los actores más poderosos se reservan los mejores pedazos del territorio y dejan el resto a los otros.

En una situación de extrema competitividad como esta que vivimos, los lugares hacen eco de los embates entre los diversos actores, y el territorio como un todo revela los movimientos de fondo de la sociedad. La globalización, con la protuberancia de los sistemas técnicos y de la información, subvierte el antiguo juego de la evolución territorial e impone nuevas lógicas.

Los territorios tienden a una compartimentación generalizada, donde se asocian o chocan el movimiento general de la sociedad planetaria y el movimiento particular de cada fracción, regional o local, de la sociedad nacional. Esos movimientos son paralelos a un proceso de fragmentación que roba a las colectividades el comando de su destino, mientras los nuevos actores no disponen de instrumentos de regulación que interesen a la sociedad en su conjunto. La agricultura moderna, científica y mundializada, tal como presenciamos

que se desarrolla en países como Brasil, constituye un ejemplo de esa tendencia y un dato esencial al entendimiento de lo que en el país constituyen la compartimentación y la fragmentación actuales del territorio.

Otro fenómeno para tener en cuenta es el papel de las finanzas en la reestructuración del espacio geográfico. El dinero usurpa en su favor las perspectivas de fluidez del territorio, buscando conformar bajo su comando las otras actividades.

Pero el territorio no es un dato neutro ni un actor pasivo. Se produce una verdadera esquizofrenia, ya que los lugares escogidos acogen y benefician los vectores de la racionalidad dominante, pero también permiten la generación de otras formas de vida. Esa esquizofrenia del territorio y del lugar tiene un papel activo en la formación de la conciencia. El espacio geográfico no solo revela el transcurso de la historia, sino también indica a sus actores el modo de intervenir en ella de manera consciente.

El espacio geográfico: compartimentación y fragmentación

A lo largo de la historia humana, mirado el planeta como un todo u observado a través de los continentes y países, el espacio geográfico siempre fue objeto de una compartimentación. Al comienzo había islas de ocupación debidas a la presencia de grupos, tribus, naciones, cuyos espacios de vida formarían verdaderos archipiélagos. Con el transcurrir del tiempo y en la medida del aumento de las poblaciones y del intercambio, esa trama se fue tornando cada vez más densa. Hoy, con la globalización, se puede decir que la totalidad de la superficie de la Tierra está compartimentada, no solo por la acción directa del hombre, sino también por su presencia política. Ninguna fracción del planeta escapa a esa influencia. De ese modo, la vieja noción de ecúmene pierde su antigua definición y gana una nueva dimensión; tanto se puede decir que toda la superficie de la Tierra se volvió ecúmene como que esa palabra ya no se aplica solo al planeta

efectivamente habitado. Con la globalización, todo y cualquier pedazo de la superficie de la Tierra se torna funcional a las necesidades, usos y apetitos de Estados y empresas en esta fase de la historia.

De ese modo, la superficie de la Tierra está enteramente compartimentada y el respectivo caleidoscopio se presenta sin solución de continuidad. Redefinida en función de las características de una época, la compartimentación actual se distingue de aquella del pasado y frecuentemente se da como fragmentación. Su contenido y definición varían a través de los tiempos, pero siempre revelan un cotidiano compartido y complementario, aunque también conflictivo y jerárquico, un acontecer solidario identificado con el medio, aunque sin excluir relaciones distantes. Tal solidaridad y tal identificación constituyen la garantía de una posible regulación interna. Ya la fragmentación revela un cotidiano en que hay parámetros exógenos, sin referencia al medio. La asimetría en la evolución de las diversas partes y la dificultad o la imposibilidad de regulación, tanto interna como externa, constituyen una característica marcada.

La compartimentación: pasado y presente

Hasta hace poco, la humanidad vivía el mundo de la lentitud, en el cual la práctica de velocidades diferentes no separaba los respectivos agentes. Eran ritmos diversos, pero no incompatibles. Dentro de cada área, las compartimentaciones eran soldadas por reglas, aunque no hubiese contigüidad entre ellas. Lo mismo puede decirse en relación con lo que pasaba en la escala internacional. El mejor ejemplo, desde el último cuarto del siglo XIX, es el de la constitución de los imperios, fundado cada cual en una base técnica diferente, lo que no impedía su coexistencia ni la posibilidad de cooperación en la diferencia. Durante un siglo convivieron imperios como el británico, portador de las técnicas más avanzadas de la producción material, de los transportes, de las comunicaciones y del dinero, con imperios menos avanzados, como el portugués o el español. Se puede decir que la política compensaba la diversidad y la diferenciación del poder técnico

o del poder económico, asegurando, al mismo tiempo, el orden interno a cada uno de esos imperios y el orden internacional. Por intermedio de la política, cada país imperial regulaba la propia producción y la de sus colonias, el comercio entre estas y los otros países, el flujo de productos, mercancías y personas, el valor del dinero y las formas de gobierno. El famoso pacto colonial acababa por comprender todas las manifestaciones de la vida histórica, y los equilibrios en el interior de cada imperio se daban paralelamente al equilibrio entre las naciones imperiales. De algún modo, el orden internacional era producido por medio de la política de los Estados. Dentro de cada país, la compartimentación y la solidaridad presumían la presencia de ciertas condiciones, todas prácticamente relacionadas con el territorio: una economía territorial, una cultura territorial, regidas por reglas, igualmente *territorializadas*, en forma de leyes y de tratados, pero también de costumbres.

Por medio de la regulación, la compartimentación de los territorios, en la escala nacional e internacional, permite que sean neutralizadas las diferencias y que las oposiciones sean pacificadas mediante un proceso político que se renueva adaptándose a las realidades emergentes para también renovar, de ese modo, la solidaridad.

En el plano internacional, ese proceso acumulativo de adaptaciones lleva a las modificaciones del estatuto colonial, aceleradas con la finalización de la Segunda Guerra Mundial. En el plano interno, la búsqueda de solidaridad conduce al enriquecimiento de los derechos sociales con la instalación de diferentes modalidades de democracia social.

Rapidez, fluidez, fragmentación

Hoy vivimos en un mundo de rapidez y de fluidez. Se trata de una fluidez virtual, posible por la presencia de nuevos sistemas técnicos, sobre todo los de la información, y de una fluidez efectiva, realizada cuando esa fluidez potencial es utilizada en el ejercicio de la acción por las empresas e instituciones hegemónicas. La fluidez potencial

aparece en el imaginario y en la ideología como si fuese un bien común, una fluidez para todos, cuando, en verdad, apenas algunos agentes tienen la posibilidad de utilizarla, por lo que se tornaron en los poseedores efectivos de la velocidad. El ejercicio de esta es, pues, el resultado de las disponibilidades materiales y técnicas existentes y de las posibilidades de acción. Así, el mundo de la rapidez y de la fluidez solamente se entiende a partir de un proceso conjunto en el cual participan, de un lado, las técnicas actuales y, de otro, la política actual, esta última emprendida tanto por las instituciones públicas, nacionales, intranacionales e internacionales como por las empresas privadas.

Las actuales compartimentaciones de los territorios ganan ese nuevo ingrediente. Se crean, paralelamente, incompatibilidades entre velocidades diversas; y los portadores de las velocidades extremas buscan inducir a los demás actores a acompañarlos procurando diseminar las infraestructuras necesarias a la deseada fluidez en los lugares que consideran necesarios para su actividad. Hay todavía una selectividad en esa difusión, pues los espacios de la prisa se separan de aquellos propicios a la lentitud, y de esa forma se incorporan al proceso de compartimentación nexos verticales que se superponen a la compartimentación horizontal, característica de la historia humana hasta reciente fecha. El fenómeno es general, ya que, conforme vimos antes, hoy todo está compartimentado; incluyendo la superficie del planeta.

Es por medio de esas líneas de menor resistencia y, por consiguiente, de mayor fluidez, que el mercado globalizado procura instalar su vocación de expansión, mediante procesos que llevan a la búsqueda de la unificación y no propiamente a la de la unión. El llamado mercado global se impone como razón principal de la constitución de esos espacios de la fluidez, y, luego de su utilización, forzando por medio de tales lugares un funcionamiento que reproduce sus propias bases (John Gray, *Falso amanecer, los equívocos del capitalismo*, 1999), comenzando por la competitividad. La literatura apologética de la globalización habla de la competitividad entre Estados, pero,

en verdad, se trata de competitividad entre empresas, que a veces arrastran al Estado y a su fuerza normativa a la producción de condiciones favorables a aquellas dotadas de más poder. De esa forma se potenciará la vocación de rapidez y de urgencia de algunas empresas en detrimento de otras, una competitividad que agrava las diferencias de fuerzas y las disparidades, mientras el territorio, por su organización, se constituye en un instrumento del ejercicio de esas diferencias de poder.

Cada empresa, pues, utiliza el territorio en función de sus propios fines y exclusivamente en función de esos fines. Las empresas solo tienen ojos hacia sus propios objetivos y son ciegas para lo demás. De ese modo, en cuanto más racionales fueren las reglas de su acción individual tanto menos tales reglas serán respetuosas del entorno económico, social, político, cultural, moral o geográfico, y funcionarán como un elemento de perturbación y hasta de desorden. En ese movimiento, todo lo que existía antes de la instalación de esas empresas hegemónicas está invitado a adaptarse a sus formas de ser y de actuar, aunque provoque, en el entorno preexistente, grandes distorsiones e, inclusive, el rompimiento de la solidaridad social.

Competitividad versus solidaridad

Se puede decir entonces que, en última instancia, la competitividad acaba por destrozar las antiguas solidaridades, frecuentemente horizontales, y por imponer una solidaridad vertical, cuyo epicentro es la empresa hegemónica, localmente obediente a intereses globales más poderosos y, de ese modo, indiferente al entorno. Las solidaridades horizontales preexistentes se rehacían históricamente a partir de un debate interno, que llevaba a ajustes inspirados en la voluntad de reconstruir, en nuevos términos, la propia solidaridad horizontal.

Ahora, la solidaridad vertical que se impone excluye cualquier debate local eficaz, ya que las empresas hegemónicas tienen sólo dos caminos: permanecer para ejercer plenamente sus objetivos individualistas o retirarse.

Como cada empresa hegemónica, en el objetivo de mantenerse como tal, debe realzar tales intereses individuales, su acción es raramente coordinada con la de otras o con el poder público, y tal descoordinación agrava la desorganización, es decir, reduce las posibilidades del ejercicio de una búsqueda de sentido para la vida local.

Cada empresa hegemónica actúa sobre una parte del territorio. El territorio como un todo es objeto de la acción de varias empresas, cada cual, conforme ya vimos, preocupada con sus propias metas y arrastrando, a partir de esas metas, el comportamiento del resto de empresas e instituciones. ¿Qué resta entonces de la nación ante esa nueva realidad? ¿Cómo la nación se ejerce ante la verdadera fragmentación del territorio, función de las formas contemporáneas de acción de las empresas hegemónicas?

La palabra fragmentación se impone con toda fuerza porque, en las condiciones anteriormente descritas, no hay regulación posible o esta apenas consagra algunos actores y estos, en cuanto producen un orden en causa propia, crean, paralelamente, desorden para todo lo demás. Como ese *orden desordenado* es global, inherente al propio proceso productivo de la globalización actual, no tiene límites; pero no tiene límites porque además no tiene finalidades y, de ese modo, ninguna regulación es posible porque no es deseada. Ese nuevo poder de las grandes empresas, ciegamente ejercido, es, por naturaleza, *desagregador*, excluyente, *fragmentador*, secuestrador de la autonomía del resto de actores.

Los fragmentos resultantes de ese proceso se articulan externamente según lógicas doblemente extrañas: por su sede distante, remota en cuanto al espacio de la acción, y por su inconformidad con el sentido preexistente de la vida en el área en que se instala. De ese modo, se produce una verdadera alienación territorial a la cual corresponden otras formas de alienación.

Dentro de un mismo país se crean formas y ritmos diferentes de evolución, gobernados por metas y destinos específicos de cada empresa hegemónica, que arrastran con su presencia a otros actores

sociales, mediante la aceptación o la elaboración de discursos “nacionales-regionales” alienígenas o alienados.

Otra reacción conduce a la elaboración paralela de discursos reactivos dotados de contenidos específicos y destinados a mostrar inconformidad con las formas vigentes de inserción en el “mundo”. Se crean, en ciertos casos, nuevas soberanías, como, por ejemplo, en la antigua Yugoslavia, o autonomías ampliadas, entronizando lo que se podría llamar *regiones-países*, cuyo ejemplo emblemático nos viene de España. ¿Cómo resolver el asunto dentro de un mismo país, cuando el pasado no ofrece como herencia conjunta la existencia de culturas particulares sólidamente establecidas junto a una voluntad política regional ya ejercida como poder?

Ese problema se torna más agudo en la medida en que las compartimentaciones actuales del territorio no son vistas como fragmentación. Eso se da, generalmente, cuando la interpretación del hecho nacional es entregado a visiones aparentemente totalitarias, cuando en realidad son particulares, como ciertos enfoques de la economía y de la ciencia política que no se apropian de la noción del territorio considerado como *territorio usado*, y visto, de ese modo, como estructura dotada de movimiento propio. Es mejor hacer la nación por intermedio de su territorio, porque en él todo lo que es vida está representado.

La agricultura científica globalizada y la alienación del territorio

Desde el comienzo de los tiempos, la agricultura aparece como una actividad reveladora de las relaciones profundas entre las sociedades humanas y su entorno. A principios de la historia tales revelaciones se daban entre los grupos humanos y la naturaleza. El avance de la civilización atribuye al hombre, por medio de la profundización de las técnicas y de su difusión, una capacidad cada vez más creciente de alterar, cuando es posible, los datos naturales, reducir

la importancia de su impacto y, también, por medio de la organización social, de modificar la importancia de sus resultados. Los últimos siglos marcan, para la actividad agrícola, con la humanización y la mecanización del espacio geográfico, un considerable cambio de calidad, y hasta se ha llegado, recientemente, a la constitución de un medio geográfico que podemos llamar medio técnico-científico-*informativo*, característico no solo de la vida urbana, sino también del mundo rural, tanto en los países avanzados como en las regiones más desarrolladas de los países pobres. De ese modo, se instala una agricultura propiamente científica, responsable de cambios profundos en cuanto a la producción agrícola y en cuanto a la vida de relaciones.

Podemos ahora hablar de una agricultura científica globalizada. Cuando la producción agrícola tiene una referencia planetaria recibe influencia de aquellas mismas leyes que rigen los otros aspectos de la producción económica. Así, la competitividad, característica de las actividades de carácter planetario, profundiza la tendencia a la instalación de una agricultura científica. Esta, como vimos, es exigente en cuanto a ciencia, técnica e información, por lo que lleva al aumento exponencial de las cantidades producidas en relación con las superficies plantadas. Por su naturaleza global, conduce a una demanda extrema de comercio. El dinero pasa a ser una “información” indispensable.

La demanda externa de racionalidad

En las áreas donde esa agricultura científica globalizada se instala, se verifica una importante demanda de bienes científicos (semillas, insecticidas, fertilizantes, correctivos) y también de asistencia técnica. Los productos son escogidos según una base mercantil, lo que también implica una estricta obediencia a los mandamientos científicos y técnicos. Esas condiciones son las que rigen los procesos de plantación, colecta, almacenaje, empaque, transporte y comercialización, y conducen a la introducción, profundización y difusión de

procesos de racionalización que se contagian mutuamente, al proponer la instalación de “sistemismos”, que atraviesan el territorio y la sociedad, y llevan, con la racionalización de las prácticas, a una cierta homogenización.

En realidad, se da también una cierta militarización del trabajo, ya que el criterio del éxito es la obediencia a las reglas sugeridas por las actividades hegemónicas, sin cuya utilización los agentes recalcitrantes acaban por ser desplazados. Si entendemos el territorio como un conjunto de equipos, instituciones, prácticas y normas que, conjuntamente, mueven y son movidas por la sociedad, la agricultura científica, moderna y globalizada acaba por atribuir a los agricultores modernos la vieja condición de siervos de la gleba. Es atender a tales imperativos o salir.

En las áreas donde tal fenómeno se verifica, se registra una tendencia a un doble desempleo: el de los agricultores y otros empleados y el de los propietarios; por eso, se forma en el mundo rural en proceso de modernización una nueva masa de emigrantes, que tanto se pueden dirigir a las ciudades como participar de la producción de nuevos frentes pioneros, dentro del propio país o en el extranjero, como es el caso de los brasileros-uruguayos.

Las situaciones así creadas son variadas y múltiples y producen una tipología de actividades cuyos subtipos dependen de las condiciones agrarias, técnicas y operacionales preexistentes. En una misma área, aunque las producciones predominantes se asemejen, la heterogeneidad es regla. Hay verdaderamente heterogeneidad y complementariedad. De ese modo, se puede hablar de la existencia simultánea de continuidades y discontinuidades. De esa manera se enriquece el papel de la vecindad y, no obstante las diferencias existentes entre los diversos agentes estos viven en común ciertas experiencias, como, por ejemplo, la subordinación al mercado distante.

Tal experiencia es tanto más sensible porque se origina de una demanda “externa” de “racionalidad” y de las respectivas dificultades de ofrecer una respuesta. Resta, como consecuencia, la toma de conciencia de la importancia de factores “externos”: un mercado

remoto, hasta cierto punto abstracto, una competencia de algún modo “invisible”, precios internacionales y nacionales sobre los cuales no hay control local, improbable, también, para otros componentes de lo cotidiano, igualmente elaborados de afuera, como el valor externo de la moneda (cambio), de que depende el valor interno de la producción, el costo del dinero y el peso sobre el productor de los lucros obtenidos por todos los tipos de intermediación.

La ciudad del campo

La agricultura moderna se realiza por medio de sus *belts, spots*, áreas, pero su relación con el mundo y con las áreas dinámicas del país se da por medio de puntos. Es lo que explica, por ejemplo, la importante relación existente entre ciudades regionales y São Paulo. En esas localidades se da una oferta de información, inmediata y próxima, ligada a la actividad agrícola y produciendo una actividad urbana de fabricación y de servicios que, fruto de la producción regional, es largamente “especializada” y, paralelamente, otro tipo de actividad urbana ligada al consumo de las familias y de la administración. La ciudad es un polo indispensable para el comando técnico de la producción, a cuya naturaleza se adapta, y es un lugar de residencia de funcionarios de la administración pública y de las empresas, pero también de personas que trabajan en el campo y que, siendo agrícolas, son también urbanas, esto es, urbano-residentes. A las actividades y profesiones tradicionales se juntan nuevas ocupaciones y a las burguesías y clase media tradicionales se juntan las modernas, formando una mezcla de formas de vida, actitudes y valores. Tal ciudad, cuyo papel de comando técnico de la producción es bastante amplio, tiene también un papel político frente a esa misma producción. Pero en la medida en que la producción agrícola tiene una vocación global, ese papel político es limitado, incompleto e indirecto. El mundo, confusamente observado a partir de esos lugares, es visto como un socio inconstante. Sin duda, los diversos actores tienen intereses diferentes, unas veces convergentes, ciertamente complementarios.

Se trata de una producción local mixta, matizada, de ideas contradictorias. Son visiones del mundo, del país y del lugar elaboradas en la cooperación y en el conflicto. Tal proceso es creador de ambigüedades y perplejidades, pero también de una certeza dada por la irrupción de la ciudad como un lugar político, cuyo papel es doble: es un regulador del trabajo agrícola, sediento de una interpretación del movimiento del mundo, y es la sede de una sociedad local compuesta y compleja, cuya diversidad constituye una permanente invitación al debate.

Compartimentación y fragmentación del espacio: el caso de Brasil

El examen del caso brasileño en cuanto a la modernización agrícola revela la gran vulnerabilidad de las regiones agrícolas modernas frente a la “modernización globalizadora”. Examinando lo que esta significa en la mayor parte de los estados del sur y del sudeste y en los estados de Mato Grosso y de Mato Grosso del Sur, así como en sectores aislados de otros estados, se verifica que el campo modernizado se tornó prácticamente más abierto a la expansión de las formas actuales del capitalismo que las ciudades. De ese modo, en tanto que lo urbano surge, bajo muchos aspectos y con diferentes matices, como el lugar de la resistencia, las áreas agrícolas se transforman ahora en el lugar de la vulnerabilidad.

El papel de las lógicas exógenas

De tales áreas se puede decir que actualmente funcionan bajo un régimen que obedece a preocupaciones subordinadas a lógicas distantes, externas con relación al área de acción; pero son lógicas internas a los sectores y a las empresas globales que las movilizan. Debido a esto, se crean situaciones de alienación que escapan a regulaciones locales o nacionales, aunque acarrear comportamientos locales,

regionales y nacionales en todos los dominios de la vida, por ejemplo, influyen el comportamiento de la moneda, del crédito, del gasto público y del empleo, e inciden en el funcionamiento de la economía regional y urbana por intermedio de sus relaciones determinantes sobre el comercio, la industria, los transportes y los servicios. Paralelamente, se alteran los comportamientos políticos y administrativos y el contenido de la información.

Ese proceso de adaptación de las regiones agrícolas modernas se da con gran rapidez, al imponerles, en poco tiempo, sistemas de vida cuya relación con el medio es refleja, mientras las determinaciones fundamentales vienen de afuera.

En un mundo globalizado, idéntico movimiento puede ser rápidamente implantado en otras áreas, en un mismo país o en otro continente. Así, la noción de competitividad se muestra fuertemente apoyada políticamente por las manipulaciones del comercio exterior o de las barreras aduaneras. Cabe preguntar, en esas circunstancias, qué puede suceder con un área agrícola que, mediante uno de esos procesos, sea desalojada de su contenido económico. ¿Qué sucederá, por ejemplo, con las nuevas áreas de agricultura globalizada del estado de São Paulo en el caso de cambio internacional de la coyuntura de la economía de la naranja, del azúcar o del alcohol? ¿Y, ante tal cambio, cómo podrá reaccionar la región, el estado de São Paulo y la nación?

La apreciación de las perspectivas abiertas a esas áreas modernizadas, con tendencia a particularizaciones extremas, debe tener en cuenta el hecho de que el sentido inherente a la vida, en todas sus dimensiones, se basa, en mayor o menor grado, en factores exógenos. Desde un punto de vista nacional, se redefine una diversidad regional que ahora no es controlada ni controlable, sea por la sociedad local, sea por la nacional. Es una diversidad regional de nuevo tipo en que se agravan las disparidades territoriales (en equipo, recursos, información, fuerza económica y política, características de población, niveles de vida, etc.).

Al menos en un primer momento, y bajo el impulso de la competitividad globalizadora, se producen egoísmos locales o regionales exacerbados, justificados por la necesidad de defensa de las condiciones de supervivencia regional, aunque tenga que darse a costa de la idea de integridad nacional. Ese caldo de cultura puede llevar a la quiebra de la solidaridad nacional y conducir a una fragmentación del territorio y de la sociedad.

Las dialécticas endógenas

Hay, todavía, una dialéctica interna a cada uno de los fragmentos resultantes. El producto (o productos) con la responsabilidad de comando de la economía regional incluye actores con diferentes perfiles e intereses, cuyo índice de satisfacción también es diferente. Dentro de cada región, las alianzas y acuerdos y los contratos sociales implícitos o explícitos están siempre rehaciéndose y la hegemonía debe ser siempre revisada.

El proceso productivo reúne aspectos técnicos y políticos. Los primeros tienen más que ver con la producción propiamente dicha, y su área de incidencia se verifica principalmente dentro de la propia región. La sociedad política del proceso productivo, al contrario, relacionada con el comercio, los precios, los subsidios, el costo del dinero, etc., tiene su sede fuera de la región y sus procesos frecuentemente escapan al control (y hasta al entendimiento) de los principales interesados. Es eso lo que lleva a la toma gradual de conciencia por parte de la sociedad local de que se le escapa la palabra final en cuanto a la producción local del valor.

En esas circunstancias, la ciudad gana una nueva dimensión y un nuevo papel, mediante una vida de relaciones también renovada, cuya densidad incluye las tareas ligadas a la producción globalizada. Por eso, la ciudad se torna el lugar donde mejor se aclaran las relaciones de personas, empresas, actividades y “fragmentos” del territorio con el país y con el “mundo”. Ese papel de encrucijada, ahora atribuido a los centros regionales de la producción agrícola modernizada,

hace de ellos el lugar de producción activa de un discurso (con pretensiones de ser unitario) y de una política con pretensión de ser más que un conjunto de reglas particulares. Tales políticas acaban, a largo y mediano plazo, por revelar su debilidad, su relatividad, su ineficacia, su inoperancia. ¿Qué reclamar del poder local vistos los límites de su competencia, qué reivindicar a los estados federados, qué solicitar eficazmente a los agentes económicos globales cuando se sabe que éstos pueden satisfacer sus apetitos de ganar simplemente cambiando el lugar de su operación? Para encontrar un principio de respuesta, el primer paso es regresar a las nociones de nación, solidaridad nacional, Estado nacional. Desde un punto de vista práctico, volveríamos a la idea, ya expresada por nosotros en otra ocasión, de la constitución de una federación de lugares, con la reconstrucción de la federación brasileña a partir de la célula local, hecha de tal forma que el territorio nacional venga a conocer una compartimentación que no sea también una fragmentación. De ese modo, la federación sería nuevamente constituida de abajo para arriba, al contrario de la tendencia a que ahora está siendo llevada por la subordinación a los procesos de globalización.

El territorio del dinero

La pugna entre los gobiernos municipales y estatales y el gobierno federal es más que una discusión técnica para saber quién debe correr con los costos de las dificultades financieras de los 27 estados y de los más de 5.500 municipios. El asunto es la federación y su inadecuación a los tiempos de la nueva historia con el surgimiento de la globalización. Lo que está en juego es el propio sistema de relaciones constituido, de un lado, por los nuevos contenidos demográficos, económicos y sociales de estados y municipios y el mantenimiento del contenido normativo del territorio, ahora que frente a la globalización se produce un embate entre un dinero globalizado y las instancias político-administrativas del Estado brasileiro.

Definiciones

El territorio no es solo el resultado de la superposición de un conjunto de sistemas naturales y un conjunto de sistemas de cosas creadas por el hombre. El territorio es el piso más la población, esto es, una identidad, el hecho y el sentimiento de pertenecer a aquello que nos pertenece. El territorio es la base del trabajo, de la residencia, de los cambios materiales y espirituales y de la vida, sobre los cuales él influye. Desde luego, cuando se habla de territorio se debe entender que se habla de territorio usado, que es utilizado por una población dada. Uno hace al otro a la manera de la célebre frase de Churchill: "Primero hacemos nuestras casas, después ellas nos hacen...". La idea de tribu, pueblo, nación y, después, de Estado nacional resulta de esa relación profunda. El dinero es una invención de la vida de relaciones y aparece como consecuencia de una actividad económica para cuyo intercambio el simple trueque ya no basta. Cuando la complejidad es fruto de especializaciones productivas y la vida económica se torna compleja, el dinero acaba siendo indispensable e imponiéndose como un equivalente general de todas las cosas objeto de comercio. En verdad, el dinero constituye, también, un dato del proceso, y facilita su profundización, ya que se torna representativo del valor atribuido a la producción y al trabajo y a los respectivos resultados.

El dinero y el territorio: situaciones históricas

En un primer momento se trata del dinero local, expresivo de un horizonte comercial elemental, que abarca contextos geográficos limitados para atender a las necesidades de un comercio y de una circulación remota en manos de comerciantes itinerantes, estimadores del valor de las mercancías. Tal mundo es caracterizado por compartimentaciones muy numerosas, pero es un mundo sin movimiento, lento, estable, cuyos fragmentos casi serían auto contenidos. Tales mónadas, numerosas, existirían paralelamente, pero sin el principio general sugerido por Leibniz.

En ese momento, el funcionamiento del territorio debe mucho a sus formas naturales, a las cuales los hombres se adaptan, con poca intermediación técnica. Las relaciones sociales presentes son poco numerosas, simples y poco densas. El entorno de los hombres acaba por ser conocido y sus misterios solo se deben a las fuerzas naturales desconocidas. Tales condiciones materiales terminan por imponerse sobre el resto de la vida social en una situación en la cual el valor de cada pedazo de piso le es atribuido por su uso. Así, la existencia puede ser interpretada a partir de relaciones observadas directamente entre los hombres y entre los hombres y el medio. El territorio usado por la sociedad local rige las manifestaciones de la vida social, inclusive el dinero.

Metamorfosis de las dos categorías a lo largo del tiempo

Con la ampliación del comercio se produce una interdependencia creciente entre sociedades hasta entonces relativamente aisladas, crece el número de objetos y valores a cambiar, y los propios cambios estimulan la diversificación y el aumento de volumen de una producción destinada a un consumo remoto. El dinero se instala como condición, tanto de ese intercambio como de la producción de cada grupo, se torna instrumento de la regulación de la vida económica y asegura, así, la prolongación de su ámbito y la frecuencia de su uso.

En realidad, lo que crece, se expande y se torna más complejo y denso no es solo el comercio internacional, sino también el interno. Así, cada vez más cosas tienden a tornarse objeto de intercambio, valorizado cada vez más por el cambio que por el uso, y, de ese modo, reclama una medida homogénea y permanente. Así, el dinero aumenta su indispensabilidad e invade muchos más aspectos de la vida económica y social.

Paralelamente, el territorio se presenta como una arena de movimientos cada vez más numerosos, fundados sobre una ley del valor que tanto debe al carácter de la producción presente en cada lugar

como a las posibilidades y realidades de la circulación. El dinero es, cada vez más, un dato esencial para el uso del territorio.

Pero la ley del valor también se extiende a los propios lugares, cada uno de los cuales representa, en determinada circunstancia y en función del comercio del que participa, cierto índice de valor que es también la base de los movimientos que de ellos parten o que a ellos llegan.

Mientras más movimiento, mayor se torna la complejidad de las relaciones internas y externas y se profundiza la necesidad de una regulación, de la cual el dinero constituye uno de los elementos, aunque su papel no sea el central. Este es asignado a la categoría Estado, cuya necesidad se levanta como un imperativo que se atribuye límites externos (las fronteras establecidas), límites internos (las subdivisiones político-administrativas en diversos niveles) y contenidos normativos (las leyes y costumbres) en materia de competencias y recursos. Así se instalan en la historia categorías interdependientes: el Estado territorial, el territorio nacional, el Estado nacional. Son ellos los que, en conjunto, rigen el dinero.

Hay, por consiguiente, un dinero nacional que, pese a un comercio externo creciente, tiene la cara del país y es regulado por el país. Se diría que ese dinero es relativamente comandado desde adentro.

El dinero de la globalización

Con la globalización, el uso de las técnicas disponibles permite la instalación de un dinero fluido, relativamente invisible, prácticamente abstracto.

Como equivalente general, el dinero se vuelve un equivalente realmente universal, al mismo tiempo que gana una existencia prácticamente autónoma con relación al resto de la economía. Así *autonomizado*, incluso se puede decir que ese dinero, en estado puro, es un equivalente general de él mismo. Tal vez por eso su existencia concreta y su eficacia sean resultado de las normas con las cuales se impone a los otros dineros y a todos los países, y se permite, de

ese modo, la elaboración de un discurso, sin el cual su eficacia sería infinitamente menor y su fuerza menos evidente. Además, es a partir de este carácter ideológico, equivalente a una verdadera falsificación del criterio, que el dinero global es también despótico.

En las actuales condiciones, las lógicas del dinero se imponen a aquellas de la vida socioeconómica y política forzando mimetismos, adaptaciones, rendiciones. Tales lógicas se dan según dos vertientes: una es la del dinero de las empresas, que, responsables por un sector de la producción, son también agentes financieros, movilizados en función de la supervivencia y de la expansión de cada firma en particular; pero existe también la lógica de los gobiernos financieros globales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y los bancos disfrazados de regionales, como el BID. Es por intermedio de ellos que las finanzas se dan como inteligencia general.

Esa inteligencia global es ejercida por lo que se llamaría contabilidad global, cuya base es un conjunto de parámetros según los cuales aquellos gobiernos globales miden, evalúan y clasifican las economías nacionales por medio de una elección arbitraria de variables que sólo contemplan cierta parte de la producción dejando prácticamente de lado el resto de la economía. Por eso, se puede decir que, adoptado ese criterio de evaluación, el Producto Nacional Bruto solo constituye un nombre-fantasma para esa famosa contabilidad global.

Es por medio de ese mecanismo que el dinero global autónomo, y no el capital como un todo, se torna hoy el principal rector del territorio nacional o de sus fracciones.

Antes, el territorio contenía el dinero en una doble acepción: el dinero en tanto representativo del territorio que lo protege, y como, en parte, regulado por el territorio, considerado como territorio usado. Hoy, bajo la influencia del dinero global, el contenido del territorio escapa a toda regulación interna y es objeto de una permanente inestabilidad, de la cual los diversos agentes solo constituyen testigos pasivos.

La acción territorial del dinero global en estado puro acaba por ser una acción ciega que genera ingobernabilidades en virtud de

sus efectos sobre la vida económica, pero también sobre la vida administrativa.

En el territorio, las finanzas globales se instalan como la regla de las reglas, un conjunto de normas que descende imperioso sobre la totalidad del edificio social, que ignora las estructuras vigentes para poder contrariarlas e impone otras. En su lugar, las finanzas globales se ejercen por la existencia de las personas, de las empresas, de las instituciones, pero creando perplejidades y sugiriendo interpretaciones que pueden conducir a la ampliación de la conciencia.

Situaciones regionales

La voluntad de homogeneización del dinero global es contrariada por las resistencias locales a su expansión. De ese modo, su proceso tiende a ser diferente, según los espacios socioeconómicos y políticos.

Existe también una voluntad de adaptación a las nuevas condiciones del dinero, ya que la fluidez financiera es considerada una necesidad para ser competitivo, y, consecuentemente, exitoso en el mundo globalizado.

La constitución del Mercado Común Europeo, esto es, de la Comunidad Económica Europea, la institución de la Asean y el pretendido establecimiento de Alca obedecen a ese mismo principio para permitir a las respectivas economías, pero, sobre todo, a los Estados líderes y a las empresas en ellas situadas, que puedan participar de modo más agresivo del comercio mundial buscando —lo que les parece necesario— la ávida hegemonía.

Europa es el continente más avanzado en lo que concierne a ese asunto. Es verdad que el proceso de unificación europea se inicia después de la Segunda Guerra Mundial y que se ha venido realizando en etapas sucesivas, la última de las cuales es la constitución del mercado común financiero, del cual la moneda única, el euro, constituye el símbolo. Las etapas precedentes fueron una especie de preparación para la unificación financiera e incluyeron medidas que han objetivado la fluidez de las mercancías, de los hombres, de la mano de obra

y del propio territorio, inclusive en los países menos desarrollados, de modo que Europa como un todo se pudiese transformar en un continente igualmente fluido. Sin eso y sin el refuerzo de la idea de ciudadanía —una ciudadanía ahora multinacional para los signatarios del Tratado de Schengen— sería imposible pensar en una moneda única sin aumentar las diferencias y desequilibrios ya existentes.

Completando ese escenario, la unificación monetaria es considerada un factor indispensable para el establecimiento de una economía europea competitiva a nivel global mediante una división del trabajo renovada, según la cual algunos países ven reforzadas algunas de sus actividades y deben renunciar a otras después de una concertación, unas veces larga y penosa, en Bruselas. En verdad, sin embargo, esa unificación y eculización intraeuropea acaba por ser un episodio más de guerra, porque están destinadas a fortalecer a Europa para competir con otros miembros de la triada y sacar provecho de sus relaciones asimétricas con el resto del mundo.

El caso latinoamericano y brasileño es diferente. El propio Mercosur mantiene una práctica limitada al comercio, y su proyecto es menos extenso en cuanto a relaciones sociales, culturales y políticas. No hay una clara preocupación por buscar un desarrollo homogéneo y las iniciativas de inversión tienen mucho que ver con el crecimiento del producto, esto es, con el florecimiento de cierto número de empresas dirigidas al comercio regional, de las cuales algunas están igualmente incluidas en el comercio mundial. Por otro lado, a diferencia del caso europeo, las monedas nacionales no son propiamente convertibles ni comunicables directamente entre ellas. Su relación con el mundo es pobre, tanto cuantitativa como cualitativamente, ya que son monedas dependientes cuya desvalorización aumenta frente a la globalización, lo que constituye un elemento más de agravamiento de su propia dependencia.

Efectos del dinero global

Esta es una de las razones por las cuales la decisión de participar pasivamente en la globalización acaba haciendo daño. Cuanto mejor es el ejercicio del modelo, peor es para el país. Esa situación es, además, más grave en los países complejos y grandes, en la medida en que la vocación *homogeneizadora* del capital global va a ser ejercida sobre una base formada por partes muy distintas unas de otras, cuyas desigualdades son ampliadas bajo tal acción unitaria.

El dinero regulador y homogeneizador agrava heterogeneidades y profundiza las dependencias. Así, contribuye a quebrar la solidaridad nacional creando o aumentando las fracturas sociales y territoriales y amenazando la unidad nacional.

El contenido del territorio como un todo y de cada uno de sus compartimientos cambia de forma brusca y, también, rápidamente pierde una parte mayor o menor de su identidad a favor de formas de regulación extrañas al sentido local de la vida.

Es a través de ese prisma que debería ser visto el asunto de la federación y de la gobernabilidad de la nación: en la medida en que el gobierno de la nación se solidariza con los designios de las fuerzas externas, se levantan problemas cruciales para estados y municipios.

El asunto es estructural y, de ese modo, el problema de estados y municipios es, en el fondo, uno solo; ese problema está constituido por las formas actuales de compartimentación del territorio y su nuevo contenido, que incluye las formas de acción del dinero internacional.

Epílogo

El asunto que se pone como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas es el siguiente: ¿vamos a reconstruir la federación para servir mejor al dinero o para atender a la población? Ahora todo se hace para restaurar la federación de modo que sea instrumental a las fuerzas financieras. Son el Banco Central y el Ministerio de Hacienda, en

combinación con las instituciones financieras internacionales, los que orientan las grandes reformas ahora en curso. Debemos entonces prepararnos para la nueva etapa que, además, ya se anuncia: la de la reconstrucción del esqueleto político-territorial del país al servicio de la sociedad, esto es, de la población.

Verticalidades y horizontalidades

El tema de las verticalidades y de las horizontalidades ya había sido tratado por mí en el libro *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción* (1996), sobre todo en el capítulo 12. Vamos ahora a abordarlo según nuevos ángulos, ambicionando una visión prospectiva a partir de esos dos recortes superpuestos y complementarios del espacio geográfico actual.

Las verticalidades

Las verticalidades pueden ser definidas, en un territorio, como un conjunto de puntos que forman un espacio de flujos. La idea, en cierto modo, remonta a los escritos de François Perroux (*L'économie du XX siècle*, 1961) cuando describió el espacio económico. Tal noción fue recientemente reapropiada por Manuel Castells (*La sociedad en red*, 1999). Ese espacio de flujos sería, en realidad, un subsistema dentro de la totalidad-espacio, ya que para los efectos de los respectivos actores lo que cuenta es, sobre todo, ese conjunto de puntos adecuados a las tareas productivas hegemónicas, características de las actividades económicas que comandan este período histórico.

El sistema de producción que se sirve de ese espacio de flujos está constituido por redes —un sistema reticular—, exige fluidez y está sediento de velocidad. Son los actores del tiempo rápido, que participan plenamente del proceso en cuanto los demás raramente sacan provecho de la fluidez. Tales espacios de flujos viven una solidaridad de tipo organizacional, esto es, las relaciones que mantienen la

agregación y la cooperación entre agentes resultan en un proceso de organización, en el cual predominan factores externos a las áreas de incidencia de los mencionados agentes. Llamemos macroactores a aquellos que fuera del área determinan las modalidades internas de acción. Es a esos macroactores que, en último análisis, cabe directa o indirectamente la tarea de organizar el trabajo de todos los otros, los cuales, de una u otra forma, dependen de su regulación. El hecho de que cada uno deba adaptar comportamientos locales a los intereses globales, que están siempre cambiando, lleva a que el proceso organizacional se dé con discontinuidad, con un ritmo que depende del número y del poder correspondiente a cada macro agente.

Por intermedio de los mencionados puntos del espacio de flujos, las macroempresas acaban por ganar un papel de regulación del conjunto del espacio. Se junta a ese control la acción explícita o disimulada del Estado en todos sus niveles territoriales. Se trata de una regulación frecuentemente subordinada porque en gran número de casos está destinada a favorecer a los actores hegemónicos. Tomada en consideración determinada área, el espacio de flujos tiene el papel de integración con niveles económicos y espaciales de más alcance. Tal integración, todavía, es vertical, dependiente y alienadora, ya que las decisiones esenciales concernientes a los procesos locales son extrañas al lugar y obedecen a motivaciones distantes.

En esas condiciones, la tendencia es la prevalencia de los intereses corporativos sobre los públicos, en cuanto a la evolución del territorio, de la economía y de las sociedades locales. Dentro de ese cuadro, la política de las empresas —esto es, su *policy*— aspira y consigue, mediante un *governance*, tornarse política; en verdad, una política ciega, pues deja la construcción del destino de un área entregada a los intereses privados de una empresa que no tiene compromisos con la sociedad local.

En la situación antes descrita se instalan fuerzas centrífugas ciertamente determinantes, con mayor o menor fuerza, del conjunto de los comportamientos. En ciertos casos, cuando consiguen contagiar a todo o a la mayoría del cuerpo productivo, tales fuerzas

centrífugas son, al mismo tiempo, determinantes y dominantes. Ese dominio es también portador de la racionalidad hegemónica, cuyo poder de contagio facilita la búsqueda de una unificación y de una homogenización.

Las fracciones del territorio de ese espacio de flujos constituyen el reino del tiempo real, y se subordinan a un reloj universal, ajustado por la temporalidad globalizada de las empresas hegemónicas presentes. De ese modo ordenado, el espacio de flujos tiene vocación a ser ordenador del espacio total, tarea que le es facilitada por el hecho de estar superpuesto a él.

El modelo económico así establecido tiende a reproducirse, aunque mostrando topologías específicas ligadas a la naturaleza de los productos, a la fuerza de las empresas implicadas y a la resistencia del espacio preexistente. El modelo hegemónico ha sido planeado para ser, en su acción individual, indiferente a su entorno. Pero este de algún modo se opone a la plenitud de esa hegemonía. Esta, pues, es ejercida en su forma límite, pues la empresa se esfuerza por agotar las virtualidades y perspectivas de su acción “racional”. El nivel de ese límite define la operación respectiva desde el punto de vista de su rentabilidad, comparada con la de otras empresas y lugares. Si es considerada insatisfactoria lleva a su migración.

Las verticalidades son portadoras de un orden implacable, cuya incesante invitación a seguirlo representa una invitación al extrañamiento. Así, cuanto más “modernizados” y penetrados por esa lógica, los espacios respectivos se tornan más alienados. El elenco de las condiciones de realización de las verticalidades muestra que, para su efectividad, tener un sentido es innecesario, mientras la gran fuerza motora sería aquel instinto animal de las empresas ya mencionado hace decenios por Stephan Hymer y ahora multiplicado y potenciado a partir de la globalización.

Las verticalidades realizan de modo indiscutible aquella idea de Jean Gottmann (“The evolution of the concept of territory”, en *Information sur les Sciences Sociales*, 1975) según la cual el territorio puede

ser visto como un recurso, justamente a partir del uso pragmático que el equipo modernizado de puntos escogidos asegura.

Las horizontalidades

Las horizontalidades son zonas de contigüidad que forman extensiones continuas. Nos valemos, otra vez, del vocabulario de François Perroux cuando se refirió a la existencia de un “espacio banal” en oposición al espacio económico. El espacio banal sería el de todos: empresas, instituciones, personas; el espacio de las vivencias.

Ese espacio banal, esa extensión continuada, en que los actores son considerados en su contigüidad, son espacios que sustentan y explican un conjunto de producciones localizadas, interdependientes, dentro de un área cuyas características constituyen, también, un factor de producción. Todos los agentes están implicados de una forma u otra, y los respectivos tiempos, más rápidos o más lentos, están superpuestos. En tales circunstancias se puede decir que a partir del espacio geográfico se crea una solidaridad orgánica, un conjunto formado por la existencia común de los agentes que ejercen sobre un territorio común. Esas actividades, no importa el nivel, deben su creación y alimentación a las ofertas del medio geográfico local. Tal conjunto indisoluble evoluciona y cambia, pero el movimiento puede ser visto como una continuidad, exactamente en virtud del papel central que juega el mencionado medio geográfico local.

En ese espacio banal, la acción actual del Estado, además de sus funciones igualmente banales, es limitada. En verdad, cambiadas las condiciones políticas, en ese espacio banal el poder público encontraría las mejores condiciones para su intervención. El hecho de que el Estado se preocupe sobre todo por el desempeño de las macroempresas, a las cuales ofrece reglas de naturaleza general que desconocen particularidades creadas a partir del medio geográfico, lleva a la ampliación de las verticalidades y, paralelamente, permite la profundización de la personalidad de las horizontalidades. En estas, aunque estén presentes empresas con diferentes niveles de técnicas, de

capital y de organización, el principio que permite la supervivencia de cada una es el de la búsqueda de cierta integración en el proceso de acción.

Se trata aquí de la producción local de una integración solidaria, obtenida mediante solidaridades horizontales internas, cuya naturaleza es tanto económica, social y cultural como propiamente geográfica. La supervivencia del conjunto, no importa que los diversos agentes tengan intereses diferentes, depende de ese ejercicio de la solidaridad, indispensable al trabajo y generador de la visibilidad del interés común, que no es obligatoriamente el resultado de pactos explícitos ni de políticas claramente establecidas. La propia existencia, se adapta a situaciones cuyo comando escapa con frecuencia a los respectivos actores, a cada uno de los cuales exige un permanente estado de alerta en el sentido de aprender los cambios y descubrir las soluciones indispensables.

Se puede decir que tal situación asegura la permanencia de fuerzas centrípetas. Estas, aunque no sean determinantes (ya que las horizontalidades reciben influjos de las verticalidades) son dominantes. Dichas fuerzas centrípetas garantizan su supervivencia porque el ámbito de realización de los actores es limitado y porque todos se confunden en un espacio geográfico restringido, que es, al mismo tiempo, la base de su actuación.

Las horizontalidades, pues, además de las racionalidades típicas de las verticalidades que las atraviesan, admiten la presencia de otras racionalidades (llamadas irracionalidades por los que desejarían ver como única la racionalidad hegemónica). Verdaderamente, son contrarracionalidades, esto es, formas de convivencia y de regulación creadas a partir del propio territorio, que se mantienen en ese territorio no obstante la voluntad de unificación y homogeneización, características de la racionalidad hegemónica típica de las verticalidades. La presencia de esas verticalidades produce tendencias a la fragmentación, con la constitución de alvéolos representativos de formas específicas de ser horizontal a partir de las respectivas particularidades.

La búsqueda de un sentido

Al contrario de las verticalidades, regidas por un reloj único, implacable, en las horizontalidades así particularizadas funcionan, al mismo tiempo, varios relojes, que realizan, paralelamente, diversas temporalidades.

Se trata de un espacio para la vocación solidaria, sustento de una organización en segundo nivel, por cuanto sobre él se ejerce una voluntad permanente de desorganización al servicio de los actores hegemónicos. Ese proceso dialéctico impide que el poder, siempre creciente y cada vez más invasor, de los actores hegemónicos, fundados en los espacios de flujos, sea capaz de eliminar el espacio banal, que es permanentemente reconstituido según una nueva definición.

Se puede decir que, al contrario del orden impuesto en los espacios de flujos por los actores hegemónicos y de la obediencia alienada de los actores subalternos, *hegemonizados*, en los espacios banales se recrea la idea y el hecho de la política, cuyo ejercicio se torna indispensable para proveer los ajustes necesarios al funcionamiento del conjunto dentro de un área específica. Por medio de encuentros y desencuentros y del ejercicio del debate y de los acuerdos se busca explícita o tácitamente la readaptación de las nuevas formas de existencia.

El proceso antes descripto es también aquel por el cual una sociedad y un territorio están siempre en busca de un sentido y ejercen, por eso, una vida reflexiva. En este caso, el territorio no es solo el lugar de una acción pragmática, y su ejercicio facilita, también, un aporte de la vida, una parte de emoción, que permite a los valores representar un papel. El territorio se transforma en algo más que un simple recurso y, para utilizar una expresión, también de Jean Gottmann, constituye un abrigo.

En realidad, la misma fracción del territorio puede ser recurso y abrigo, puede condicionar las acciones más pragmáticas y, al mismo tiempo, permitir vocaciones generosas. Los dos movimientos son concomitantes. En las condiciones actuales, el movimiento

determinante, con tendencia a una difusión avasalladora, es el de la creación del orden de racionalidad pragmática en cuanto la producción del espacio banal es residual. Se puede, todavía, imaginar otro escenario en el cual el comportamiento del espacio de flujos deje de estar subordinado, como lo está ahora, a la realización del dinero y encuentre un freno a esa forma de manifestación al subordinarse a la realización plena de la vida, de modo que los espacios banales aumenten su capacidad de servir a la plenitud del hombre.

La esquizofrenia del espacio

Como sabemos, el mundo, como un conjunto de esencias y de posibilidades, no existe para él mismo, y solo lo hace para otros. El mundo es el espacio, esto es, los lugares, que lo realizan y revelan y que lo hacen histórico y geográfico, es decir, empírico.

Los lugares son, pues, el mundo que ellos reproducen de modos específicos, individuales, diversos. Son singulares, pero también globales, manifestaciones de la totalidad-mundo, de la cual son formas particulares.

Ser ciudadano en un lugar

En las condiciones actuales, el ciudadano del lugar pretende instalarse también como ciudadano del mundo. En verdad, sin embargo, el “mundo” no tiene cómo regular los lugares. En consecuencia, la expresión ciudadano del mundo se torna un voto, una promesa, una posibilidad distante. Como los actores globales eficaces son, en último análisis, antihombres y anticuadanos, la posibilidad de existencia de un ciudadano del mundo es condicionada por las realidades nacionales. En verdad, el ciudadano solo lo es (o no lo es) como ciudadano de un país.

Ser “ciudadano de un país”, sobre todo cuando el territorio es extenso y la sociedad muy desigual, puede constituir solo una

perspectiva de ciudadanía integral a ser alcanzada en las escalas sub-nacionales, comenzando por el nivel local. Ese es el caso brasileño, en que la realización de la ciudadanía reclama, en las condiciones actuales, una revalorización de los lugares y una adecuación de su estatuto político.

La multiplicidad de situaciones regionales y municipales que lleguen con la globalización instala una enorme variedad de cuadros de vida, cuya realidad preside lo cotidiano de las personas y debe ser la base para una existencia civilizada en común. Así, la posibilidad de ciudadanía plena de las personas depende de soluciones buscadas localmente, desde que, dentro de la nación, sea instituida una federación de lugares, una nueva estructuración político-territorial con la indispensable redistribución de recursos, prerrogativas y obligaciones. A partir del país como federación de lugares será posible, en un segundo momento, construir un mundo como federación de países.

Se trata, en las dos etapas, de una construcción de abajo hacia arriba cuyo punto central es la existencia de individualidades fuertes y de garantías jurídicas correspondientes. La base geográfica de esa construcción será el lugar, considerado como espacio de ejercicio de la existencia plena. Estamos, sin embargo, muy lejos de la realización de ese ideal. ¿Cómo, entonces, podremos alcanzarlo?

Lo cotidiano y el territorio

El territorio tanto como el lugar son esquizofrénicos, porque, de un lado, acogen los vectores de la globalización que en ellos se instalan para imponer su nuevo orden, y, de otro, en ellos se produce un contraorden porque hay una producción acelerada de pobres, excluidos, marginados. Crecientemente reunidos en ciudades cada vez más numerosas y mayores, y experimentando la situación de vecindad (que, según Sartre, es reveladora), esas personas no se subordinan de forma permanente a la racionalidad hegemónica y, por eso, con frecuencia pueden entregarse a manifestaciones que son la contrafase del pragmatismo. Así, junto a la búsqueda de la supervivencia,

vemos que en la base de la sociedad se produce un pragmatismo mezclado con emoción, a partir de los lugares y de las personas juntas. Ese es, también, un modo de insurrección con relación a la globalización, con el descubrimiento de que, no obstante ser lo que somos, podemos también desear ser otra cosa.

En eso, el papel del lugar es determinante. Él no es solo un cuadro de vida, también es un espacio vivido, esto es, de experiencia siempre renovada, lo que permite, al mismo tiempo, la revaluación de las herencias y la indagación sobre el presente y el futuro. La existencia *en aquel* espacio ejerce un papel revelador sobre el mundo.

Globales, los lugares ganan una cuota (mayor o menor) de la “racionalidad” del “mundo”. Pero esta se propaga de modo heterogéneo, esto es, dejando coexistir otras racionalidades, es decir, contrarracionalidades, las que, equivocadamente y desde el punto de vista de la racionalidad dominante, se llaman “irracionalidades”. Pero la conformidad con la Razón Hegemónica es limitada en cuanto la producción plural de “irracionalidades” es ilimitada. Solo a partir de tales irracionalidades es posible la ampliación de la conciencia.

Si este es un dato general, se da con variaciones según las colectividades y los subespacios. Se ven, por ejemplo, las diferencias, entre el campo y la ciudad. En el campo, las racionalidades de la globalización se difunden más extensiva y rápidamente. En la ciudad, las irracionalidades son más numerosas y se crean más incesantemente que las racionalidades, sobre todo cuando paralelamente hay producción de pobreza.

Es este el fundamento de la esquizofrenia del lugar. Tal esquizofrenia se resuelve a partir del hecho de que cada persona, grupo, firma, institución realiza el mundo a su manera. La persona, el grupo, la firma, la institución constituyen lo de *dentro del lugar*, con lo cual se comunican, sobre todo por la mediación de la técnica y de la producción propiamente dicha, en cuanto el mundo se da para la persona, grupo, firma, institución, como lo de *fuera de lugar* y por intermedio de una mediación política. La mediación técnica y la producción correspondiente, local y directamente experimentadas pueden no ser enteramente

comprendidas, pero sí vividas como un dato inmediato en cuanto la mediación política, frecuentemente ejercida de lejos y cuyos objetivos no siempre son evidentes, exige una interpretación más filosófica.

Una filosofía banal comienza por instalarse en el espíritu de las personas con el descubrimiento, autorizado por lo cotidiano, de la no-autonomía de las acciones y de sus resultados. Este es un dato común a todas las personas, no importa la diferencia de sus situaciones. Otra cosa es sobrepasar el descubrimiento de la diferencia y llegar a su conciencia.

Una pedagogía de la existencia

Eso todavía no es todo. La conciencia de la diferencia puede conducir simplemente a la defensa individualista del propio interés sin alcanzar la defensa de un sistema alternativo de ideas y de vida. Desde el punto de vista de las ideas, el asunto central reside en el encuentro del camino que va de lo inmediato a las visiones finales; y desde el punto de vista de la acción, el problema es sobrepasar las soluciones inmediatas (por ejemplo, electoralismos interesados y solo provisionalmente eficaces) y alcanzar la búsqueda política genuina y constitucional de remedios estructurales y duraderos.

En ese proceso se afirma también, según nuevos moldes, la antigua oposición entre el mundo y el lugar. La información mundial permite la visión, así sea en *flashes*, de ocurrencias distantes. El conocimiento de otros lugares, así sea superficial e incompleto, agudiza la curiosidad. Es ciertamente un subproducto de una información general sesgada, pero si fuere ayudado por un conocimiento sistémico del acontecer global autoriza la visión de la historia como una situación y un proceso, ambos críticos. Después el problema crucial es cómo pasar de una situación crítica a una visión crítica y, seguidamente, alcanzar una toma de conciencia. Para eso es fundamental vivir la propia existencia como algo único y verdadero, pero también como una paradoja; obedecer para subsistir y resistir para poder pensar el futuro. Entonces la existencia es productora de su propia pedagogía.

V.

Límites a la globalización perversa

Introducción

El análisis del fenómeno de la globalización quedaría incompleto si después de reconocer los factores que posibilitaron su emergencia solo nos detuviésemos en la apreciación de sus aspectos actualmente dominantes, de los que se derivan tantos inconvenientes para la mayor parte de la humanidad. Cabe ahora verificar los límites de esa evolución y reconocer la aparición de cierto número de señales indicativas de que otros procesos emergen paralelamente, lo que autoriza a pensar que se vive una verdadera fase de transición para un nuevo período.

En primer lugar, el denso sistema ideológico que involucra y sustenta las acciones determinantes parece no resistir a la evidencia de los hechos. La velocidad no es un bien que permita una distribución generalizada, y las disparidades en su uso garantizan la exacerbación de las desigualdades. La vida cotidiana también revela la imposibilidad de usufructuar las ventajas del llamado tiempo real para la mayoría de la humanidad. La promesa de que las técnicas contemporáneas podrían mejorar la existencia de todos cae por tierra y lo que se observa es la expansión acelerada del reino de la escasez, que alcanza a las clases medias y crea más pobres.

Las poblaciones involucradas en el proceso de exclusión así fortalecido acaban por relacionar sus carencias y vicisitudes con el conjunto de novedades que las alcanzan. Una toma de conciencia se hace posible allí donde el fenómeno de la escasez es más sensible. Por eso, la comprensión de qué está pasando llega con claridad creciente a los pobres y a los países pobres, cada vez más numerosos y carentes. De ahí el repudio a las ideas y a las prácticas políticas que fundamentan el proceso socioeconómico actual y la demanda, cada vez más presurosa, de nuevas soluciones. Estas no estarían centradas en el dinero, como en la actual fase de la globalización, para encontrar en el propio hombre la base y el motor de la construcción de un nuevo mundo.

La variable ascendente

Los fenómenos a los que muchos llaman globalización y otros, posmodernidad (Renato Ortiz, *Mundialización y cultura*, 1994) en verdad constituyen un momento bien demarcado del proceso histórico. Preferimos considerarlo un período. Como en cualquier otro período histórico, funcionan de forma concertada diversas variables cuya visión sistémica es indispensable para entender lo que se está realizando. También, como en todo período, a partir de cierto momento hay variables que pierden vigencia, verdaderas variables descendentes y otras que se imponen. Las variables ascendentes son las que revelan la producción de un nuevo período, esto es, señalan el futuro.

El momento actual de la historia del mundo parece mostrar la aparición de numerosas variables ascendentes cuya existencia es sistémica. Eso, exactamente, permite pensar que se están produciendo las condiciones de realización de una nueva historia.

Por ahora, renunciamos a suministrar una lista exhaustiva de los fenómenos, pero no a señalar algunos hechos que nos parecen bien característicos de los cambios en curso. Uno de ellos es el creciente desencanto con las técnicas, acompañado por una gradual

recuperación de la sensatez, en oposición al sentido común, esto es, en oposición a la pretendida racionalidad sugerida tanto por las técnicas en sí mismas como por la política de su uso. Otro dato significativo es la imposibilidad relativamente creciente de acceso a esas técnicas, en virtud del aumento de la pobreza en todos los continentes. A esto se une el hecho de que a pesar de la capacidad invasora de las técnicas hegemónicas sobreviven y se crean nuevas técnicas no hegemónicas. Se puede arriesgar un vaticinio y reconocer, en el conjunto del proceso, el anuncio de un nuevo período histórico, sustituto del actual. Estaríamos en la aurora de una nueva era en que la población, esto es, las personas, constituirían su principal preocupación, un verdadero período popular de la historia ya entrevisto por las fragmentaciones y particularidades sensibles en todas partes debidas a la cultura y al territorio.

Los límites de la racionalidad dominante

El proyecto racional comienza a mostrar sus limitaciones, tal vez porque estamos alcanzando aquel auge previsto por Weber (*Economía y sociedad*, 1922) para cuando el proceso de expansión de la racionalidad capitalista se tornase ilimitado. Todo indica que estamos logrando esa frontera, ahora que en los diversos niveles de la vida económica, social, individual vivimos una racionalidad totalitaria que viene acompañada de una pérdida de la razón. Las carencias y la escasez que alcanza una parte cada vez mayor de la sociedad permite reconocer la realidad de esa perdición.

Buena parte de la humanidad, por desinterés o incapacidad, no es capaz de obedecer a leyes, normas, reglas, mandamientos o costumbres derivados de esa racionalidad hegemónica. De ahí la proliferación de “ilegales”, “irregulares”, “informales”.

Esa incapacidad mezcla, en el proceso de vida, prácticas y teorías heredadas e innovadas, religiones tradicionales y nuevas convicciones. En ese caldo de cultura, numerosas fracciones de la sociedad

pasan de la situación anterior de conformidad asociada al conformismo a una etapa superior de la producción de conciencia, esto es, a la conformidad sin el conformismo. Se produce, de esa manera, el descubrimiento por los hombres de la verdadera razón y no es asombroso que tal descubrimiento se dé exactamente en los espacios sociales, económicos y geográficos “tampoco conformes” con la racionalidad dominante.

En la esfera de la racionalidad hegemónica un pequeño margen es dejado para la variedad, la creatividad, la espontaneidad. En cuanto a eso, surgen, en otras esferas, contrarrazionalidades y racionalidades paralelas, ordinariamente llamadas irracionalidades, que en la realidad constituyen otras formas de racionalidad. Estas son producidas y mantenidas por los que están “abajo”, sobre todo por los pobres, que de ese modo consiguen escapar al totalitarismo de la racionalidad dominante. Recordemos la enseñanza de Sartre, para quien la escasez es la que torna la historia posible, gracias a la “unidad negativa de la multiplicidad concreta de los hombres”.

Tal situación es objetivamente esperanzadora porque ahora asistimos al final de las expectativas nutridas de la posguerra y, al contrario, damos testimonio de la ampliación del número de pobres, así como de la estrechez de las posibilidades y de las certezas que la clase media alentaba hasta la década de 1980. Otro dato objetivo es el hecho de que la realización cada vez más densa del proceso de globalización propicia el calentamiento, aunque elemental de las filosofías producidas en los diversos continentes, en detrimento del racionalismo europeo, que es el bisabuelo de las ideas de racionalismo tecnológico hoy dominantes.

El imaginario de la velocidad

En la familia de los imaginarios de la globalización y de las técnicas se encuentra la idea, difundida con exuberancia, de que la velocidad constituye un dato irreversible en la producción de la historia, sobre

todo al alcanzar el auge de los tiempos actuales. En verdad, solo algunas personas, firmas e instituciones son altamente veloces, y son, además, un menor número las que utilizan todas las virtualidades técnicas de las máquinas. Verdaderamente, el resto de la humanidad produce, circula y vive de otra manera. Gracias a la imposición ideológica, lo hecho por la minoría acaba siendo representativo de la totalidad, gracias exactamente a la fuerza del imaginario.

Esa transformación, por medio de la velocidad exacerbada, de una fluidez potencial en una efectiva todavía no tiene y no busca un sentido. Sin duda, sirve al ejercicio de una competitividad desabrada, pero esta es una cosa que nadie sabe para lo que realmente sirve.

Velocidad: técnica y poder

Se puede decir que la velocidad así utilizada es doblemente un dato de la política y no de la técnica. Por un lado, se trata de una elección relacionada con el poder de los agentes y, por otro, de la legitimación de esa elección por medio de la justificación de un modelo de civilización. En ese sentido, estamos afirmando que se trata más de un dato de la política que, propiamente, de la técnica, ya que ésta podría ser usada indistintamente en función del conjunto de elecciones sociales. De hecho, el uso extremo de la velocidad acaba por ser el imperativo de las empresas hegemónicas y no de las demás, para las cuales el sentido de urgencia no es una constante. Pero es a partir de ese y de otros comportamientos que la política de las empresas arrastra a la de los Estados y de las instituciones supranacionales.

En el pasado, el orden mundial se construía mediante una combinación política que conducía a la desobediencia de los dictámenes de la técnica más moderna. Pensemos, por ejemplo, en el siglo del imperialismo, en los cien años que van del último cuarto del siglo XIX al tercero del siglo XX. Los imperios, en su calidad de grandes conjuntos políticos y territoriales, vivían y evolucionaban según edades técnicas diversas, cada cual utilizando dentro de sus dominios conjuntos de avances técnicos disparatados que mostraban diferentes

niveles. El imperio británico estaba al frente de los demás en cuanto a la posesión de recursos técnicos avanzados. Pero eso no impedía su convivencia con otros imperios. Dentro de cada uno, el uso de los recursos técnicos era comandado por un conjunto de normas relacionadas con el comercio, la producción y el consumo, lo que permitía a cada bloque una evolución propia, no perturbada por la existencia en otros imperios de avances técnicos más significativos. En el fondo, la política comercial aplicada dentro de cada imperio aseguraba la política del conjunto del mundo occidental (M. Santos, *La naturaleza del espacio*, 1996, pp. 36-37 y pp. 152-153). El ejemplo muestra que no es cierto que haya un imperativo técnico: el imperativo es político. De ese modo, no hay una lucha frente a los sistemas técnicos, ni mucho menos un determinismo. Además, la técnica solamente es absoluta en cuanto no se realiza. Así, existiendo solo en la vitrina, pero históricamente inexistente, equivaldría a una abstracción. Cuando nos referimos a la historia y a la geografía de las técnicas estamos procurando entender su uso por el hombre, su calidad de intermediario de la acción, esto es, su *relativización*.

En el período de la globalización, el mercado externo, con sus exigencias de competitividad, obliga a aumentar la velocidad. Pero la población en sus diferentes niveles, los pobres y los que viven lejos de los grandes mercados obligan a combinaciones de formas y niveles de capitalismo. El mercado interno es el que frena la voluntad de velocidad de que ya hablaba M. Sorre (*Annales de Géographie*, 1948), porque todos los actores participaban en él. Además, los dos mercados son *interrecurrentes*, interdependientes. Invadiendo la economía y el territorio con gran velocidad, el circuito superior busca destruir las formas preexistentes. Pero el territorio resiste, sobre todo en la gran ciudad, gracias, entre otras cosas, a la menor fricción de la distancia. Las pequeñas y medianas empresas locales tienen más acceso potencial que, por ejemplo, una gran empresa de Manaus, pues pueden alcanzar una parte significativa de la ciudad (por ejemplo, los supermercados menores). A ese mayor acceso potencial contribuirá también el hecho de estar en un medio que es un tejido y una maraña

de normas concernientes, lo que vuelve a esas empresas menos dependientes de una única norma para subsistir. Pero con la globalización y su imaginario, común al de la técnica hegemónica, una y otra son dadas como indispensables a la participación plena en el proceso histórico.

Del reloj despótico a las temporalidades divergentes

Es un hecho también que, con la interdependencia globalizada de los lugares y la *planetización* de los sistemas técnicos dominantes estos parecen imponerse como invasores y servir como parámetros en la evaluación de la eficacia de otros lugares y de otros sistemas técnicos. En ese sentido, el sistema técnico hegemónico aparece como algo absolutamente indispensable y la velocidad resultante como un dato deseable a todos los que pretenden participar, con pleno derecho, de la modernidad de hoy. Además, la velocidad actual y todo lo que viene con ella y de ella depende no es invencible ni imprescindible. Verdaderamente, no beneficia ni interesa a la mayoría de la humanidad. ¿Para qué, de hecho, sirve ese reloj despótico del mundo actual? Las crisis actuales son, en último análisis, un resultado de aceleración contemporánea, mediante el uso privilegiado, por algunos actores económicos, de las posibilidades actuales de fluidez. Como tal ejercicio no responde a un objetivo moral y, de ese modo, está desprovisto de sentido, el resultado es la instalación de situaciones en que el movimiento encuentra justificación en sí mismo —como es el caso del mercado de capitales especulativos—; tal autonomía sería una de las razones del desorden característico del período actual.

Cuando aceptamos pensar la técnica en conjunto con la política y admitimos atribuirle otro uso quedamos convencidos de que es posible creer en otra globalización y en otro mundo. El problema central es el de retomar el curso de la historia, esto es, recolocar al hombre en su lugar central.

Tal preocupación de cambio incluye una revisión del significado de las palabras claves de nuestro período, todas contaminadas por

el respectivo sistema ideológico. Quedémonos con el asunto de la *velocidad*, que puede ser vista como un paradigma de la época, pero también como lo que ella representa de emblemático. En verdad, sea cual fuere el cuerpo social, la velocidad hegemónica constituye una de sus características, pero la realidad solo puede definirse si se considera la presencia de diversas velocidades. Sea como sea, la eficacia de la velocidad hegemónica no proviene de la técnica subyacente. Tal eficacia es de naturaleza política y depende del sistema socioeconómico político en acción. Se puede decir que en determinada situación tal velocidad hegemónica es impuesta ideológicamente.

Como en todo, la interpretación de la historia no puede dejarse al conocimiento inmediato del fenómeno técnico sin entender cómo, en esa misma situación, se relacionan la técnica y la política, y sin atribuir a ésta el papel central en la comprensión de las acciones que conforman el presente actual, que puede hacer posible otro futuro.

***Just-in-time* versus lo cotidiano**

El tema de las verticalidades y de las horizontalidades puede tener numerosas reinterpretaciones. Una de ellas, reflejando el juego contradictorio entre esas categorías, es la verdadera oposición existente entre la naturaleza de las actividades *just-in-time*, que trabajan con un reloj universal movido por la plusvalía universal, y la realidad de las actividades que, juntas, constituyen la vida cotidiana.

En el primer caso, se trata de la vocación para una racionalidad única, rectora de todas las otras, deseosa de homogenización y unificación, que pretende siempre tomar el lugar de las demás, una racionalidad única, pero racionalidad sin razón, que transforma la existencia de aquellos a quien subordina en una perspectiva de alienación. Ya en lo cotidiano, la razón, esto es, la razón de vivir, es buscada por medio de lo que es considerado como "irracionalidad", cuando en realidad lo que se da son otras formas de ser racional.

El mundo del tiempo real, del *just-in-time*, es aquel subsistema de la realidad total que busca su lógica en esa mencionada racionalidad única, cuya creación es todavía limitada, atributo de un pequeño número de agentes. El mundo de lo cotidiano es también el de la producción ilimitada de otras racionalidades, que son, además, tan diversas en cuanto a las áreas consideradas, ya que encierran todas las modalidades de existencia. El funcionamiento de los espacios hegemónicos supone una demanda desesperada de reglas; cuando las circunstancias cambian (y, por ello, las normas reguladoras tienen que cambiar) no por eso su demanda deja de ser desesperada. Dicha regulación obedece a la consideración de intereses privados. Ya lo cotidiano supone una demanda desesperada de Política, resultado de la consideración conjunta de múltiples intereses.

En el caso de las actividades *just-in-time*, una sola temporalidad es considerada: la fórmula de supervivencia en el mundo de la competitividad a escala planetaria. Como dato motor, una sola existencia, la de los agentes hegemónicos, es, al mismo tiempo, origen y finalidad de las acciones. La vida cotidiana encierra varias temporalidades simultáneamente presentes, lo que permite considerar, paralela y solidariamente, la existencia de todas y cada una de esas temporalidades, y, al tiempo, su origen y finalidad.

El conjunto de las condiciones antes enunciadas permite decir que el mundo del tiempo real busca una homogenización empobrecedora y limitada, por cuanto el universo de lo cotidiano es el mundo de la heterogeneidad creadora.

Una maraña de técnicas: el reino del artificio y de la escasez

Sabemos que las técnicas presentes en una situación dada no son homogéneas. Por cuanto las técnicas hegemónicas se dan en redes, otras técnicas se imponen. Pero, en determinada situación, todas las técnicas presentes acaban por ser inextricables. Tal solidaridad

entre las técnicas no es, propiamente, el fruto de la vida solidaria de la sociedad.

Del arteificio a la escasez

Hoy, tanto los objetos como las acciones derivan de la técnica. Las técnicas están en todas partes: en la producción, en la circulación, en el territorio, en la política, en la cultura. Están también —y permanentemente— en el cuerpo y en el espíritu del hombre. Vivimos todos en una maraña de técnicas, lo que en otras palabras significa que estamos sumergidos en el reino del arteificio. En la medida en que las técnicas hegemónicas, fundadas en la ciencia y obedientes a los imperativos del mercado están hoy extremadamente dotadas de intencionalidad hay igualmente tendencia a la hegemonía de una producción “racional” de cosas y necesidades; y, de ese modo, de una producción excluyente de otras producciones, con la multiplicación de objetos técnicos estrictamente programados que abren espacio para esa orgía de cosas y necesidades que imponen relaciones y nos gobiernan. Se crea un verdadero totalitarismo tendencial de la racionalidad —esto es, de esa racionalidad hegemónica, dominante— y se producen, a partir del respectivo sistema, ciertas cosas, servicios, relaciones e ideas. Esta, además, es la primera base de la producción de carencias y de escasez, ya que una parte considerable de la sociedad no puede tener acceso a las cosas, servicios, relaciones, ideas que se multiplican en la base de la racionalidad hegemónica.

La situación contemporánea revela, entre otras cosas, tres tendencias: 1. una producción acelerada y artificial de necesidades; 2. una incorporación limitada de modos de vida llamados racionales; 3. una producción ilimitada de carencia y escasez.

En esa situación, las técnicas, la velocidad y la potencia crean desigualdades y, paralelamente, necesidades, porque no hay satisfacción para todos. No es que la producción necesaria sea globalmente imposible. Pero lo que es producido —necesaria o innecesariamente— es desigualmente distribuido. De ahí la sensación y, después, la

conciencia de escasez: aquello que me falta, pero que otro mejor situado en la sociedad posee. La idea viene de Sartre cuando registra que “no hay suficiente para todo el mundo”. Por eso el otro consume y no yo. El hombre, cada hombre, es finalmente definido por la suma de los posibles que le caben, pero también por la suma de sus imposibles.

El reino de la necesidad existe para todos, pero según formas diferentes, las cuales simplificamos mediante dos tipos de situaciones: para los “poseedores” y para los “no poseedores”.

En cuanto a los “poseedores”, se torna viable, mediante posibilidades reales o artificios renovados, la desaparición de la escasez e incluso su superación provisional. Como el proceso de creación de necesidades es infinito, se impone una readaptación permanente. Se crea un círculo vicioso con la rutina de la necesidad y de la satisfacción. En realidad, para esa parte de la sociedad la necesidad ya es creada como la expectativa y la perspectiva de satisfacción. Las negociaciones para regresar al *status* de consumidor satisfecho conducen a la repetición de experiencias exitosas. De ese modo, la parte de consumidores obstinados obtiene una convivencia relativamente pacífica con la escasez. Pero la búsqueda permanente de bienes finitos y, por eso, condenados al agotamiento (y a la sustitución por otros bienes finitos) condena a los aparentemente victoriosos a la aceptación de la contra finalidad contenida en las cosas y, en consecuencia, al debilitamiento de la individualidad.

En cuanto a los “no poseedores” su convivencia con la escasez es conflictiva y hasta belicosa. Para ellos, vivir en la esfera del consumo es como querer trepar por una escalera eléctrica que va descendiendo. Cada día acaba ofreciendo una nueva experiencia de la escasez. Por eso, no hay lugar para el reposo y la propia vida acaba por ser un verdadero campo de batalla. En la lucha cotidiana por la supervivencia, no hay negociación posible para ellos e, individualmente, no hay fuerza de negociación. La supervivencia solo es asegurada porque las experiencias imperativamente se renuevan. Como la sorpresa se da rutinariamente, la riqueza de los “no poseedores” es la viveza de los

sentidos. Con esa fuerza ellos se eximen de la contrafinalidad y, al lado de la búsqueda de bienes materiales finitos, esperan conseguir bienes infinitos como la solidaridad y la libertad: estos, cuanto más se distribuyen, más aumentan.

De la escasez al entendimiento

La experiencia de la escasez es el puente entre lo cotidiano vivido y el mundo. Por eso, constituye un instrumento primordial en la percepción de la situación de cada uno y una posibilidad de conocimiento y de toma de conciencia.

Nuestro tiempo consagra la multiplicación de las fuentes de escasez, sea por el número avasallador de los presentes objetos en el mercado, sea por el llamado incesante al consumo. Cada día, en esta época de globalización, se presenta un objeto nuevo, que nos es mostrado para provocar el apetito. La noción de escasez se materializa, se agudiza y se reaprende cotidianamente, así como ahora la certeza de que cada día es día de una nueva escasez. La sociedad actual va de esa manera, mediante el mercado y la publicidad, creando deseos insatisfechos, pero también reclamando explicaciones. Se diría que tal movimiento se repite enriqueciendo el movimiento intelectual.

La escasez de uno puede parecerse a la del otro y la de hoy a la de ayer, pero, cuando no es satisfecha, acaba por imponerse como diferente a la de ayer y a la del otro. Alteración e individualidad se refuerzan con la renovación de la novedad. Cuanto más diferentes son los que conviven en un espacio limitado más ideas del mundo estarán para ser levantadas y cotejadas, y, de ese modo, será más rico el debate silencioso o ruidoso que se establece entre las personas. En ese sentido, se puede decir que la ciudad es un lugar privilegiado para esa revelación y que, en esa fase de la globalización, la aceleración contemporánea es también aceleración en la producción de la escasez y en el descubrimiento de su realidad, ya que, multiplicando y apresurando los contactos, exhibe la multiplicidad de formas de escasez contemporánea, las cuales van cambiando más rápidamente

para tornarse más numerosas y más diversas. Para los pobres, la escasez es un dato permanente de la existencia, pero como su presencia en la vida de todos los días es el resultado de una metamorfosis también permanente, el trabajo acaba por ser, para ellos, el lugar de un descubrimiento y de un combate cotidianos, pero también un puente entre la necesidad y el entendimiento (M. Santos, *Jornal do Brasil*, 6 de abril de 1997).

Papel de los pobres en la producción del presente y del futuro

El examen del papel actual de los pobres en la producción del presente y del futuro exige, en primer lugar, distinguir entre pobreza y miseria. La miseria acaba por ser la privación total, con el aniquilamiento, o casi, de una persona. La pobreza es una situación de carencia, pero también de lucha, un estado vivo, de vida activa, en que la toma de conciencia es posible.

Miserables son los que se confiesan derrotados. Pero los pobres no se entregan. Descubren cada día formas inéditas de trabajo y de lucha. Así, enfrentan y buscan remedio para sus dificultades. En esas condiciones de alerta permanente no tienen reposo intelectual. La memoria sería su enemiga. La herencia del pasado es atemperada por el sentimiento de urgencia, esa conciencia de lo nuevo que es, también, un motor de conocimiento.

La sociabilidad urbana puede escapar a sus intérpretes, en las facultades; o a sus vigías, en las inspecciones de policía. Pero no a los actores activos del drama, sobre todo cuando, para seguir viviendo, son obligados a luchar todos los días. Habrá quien describa el cuadro material de esa batalla como si fuere un teatro, cuando, por ejemplo, se habla de estrategia de supervivencia, pero, en realidad, ese palco, junto con sus actores, constituye la propia vida concreta de la mayoría de las poblaciones. La ciudad, pronta a enfrentar su tiempo a partir de su espacio, crea y recrea una cultura con la cara de su tiempo y

de su espacio y de acuerdo o en oposición a los “dueños del tiempo”, que son también los dueños del espacio.

De esa forma, en la convivencia con la necesidad y con el otro, se elabora una política, la política de los *de abajo*, constituida a partir de sus visiones del mundo y de los lugares. Se trata de una política de nuevo tipo que nada tiene que ver con la política institucional. Esta última se funda en la ideología del crecimiento, de la globalización, etc., y es conducida por el cálculo de los partidos y de las empresas. La política de los pobres se basa en lo cotidiano vivido por todos, pobres y no pobres, y es alimentada por la simple necesidad de continuar existiendo. En los lugares, una y otra se encuentran y confluyen, de ahí la presencia simultánea de comportamientos contradictorios, alimentados por la ideología de consumo. Este, al servicio de las fuerzas socioeconómicas hegemónicas, también se entaña en la vida de los pobres, y suscita en ellos expectativas y deseos que no pueden colmar.

En un mundo tan complejo, puede escapar a los pobres el entendimiento sistémico del sistema de ese mismo mundo. Este les parece nebuloso, constituido por causas próximas y remotas, por motivaciones concretas y abstractas, por la confusión entre los discursos y las situaciones, entre la explicación de las cosas y su propaganda.

Existe también la desilusión de las demandas no satisfechas, el ejemplo del vecino que prospera, lo cotidiano contradictorio. Tal vez por ahí llegue el despertar. En un primer momento, este es solo el encuentro de unos pocos fragmentos, de algunas piezas del *puzzle*, pero también la dificultad para entrar en el laberinto: les falta el propio sistema del mundo, del país y del lugar. Pero la semilla del entendimiento ya está plantada y el siguiente paso es su florecimiento en actitudes de inconformidad y, tal vez, de rebeldía.

Sin duda, los brotes individuales de insatisfacción pueden no formar una cadena. Pero los movimientos de masa no siempre resultan de discursos claros y bien articulados, ni siempre se dan por medio de organizaciones consecuentes y estructuradas. El entendimiento sistemático de las situaciones y el correspondiente sistema de las

manifestaciones de inconformidad constituyen, por regla, un proceso lento. Pero eso no impide que, en el centro de la sociedad, ya estén, aquí y allí, levantándose volcanes, aunque todavía parezcan silenciosos y dormidos.

En realidad, una cosa son las organizaciones y los movimientos estructurados y otra lo cotidiano como un tejido flexible de relaciones, adaptables a las nuevas circunstancias, siempre en movimiento. La organización es importante como el instrumento de agregación y multiplicación de fuerzas afines, pero separadas. También puede constituir el medio de negociación necesario para vencer etapas y encontrar un nuevo nivel de resistencia y de lucha. Pero la obtención de resultados, por más compensadores que parezcan, no debe estimular la cristalización del movimiento o la repetición de estrategias y tácticas. Los movimientos organizados deben imitar lo cotidiano de las personas, cuya flexibilidad y adaptabilidad les aseguran un auténtico pragmatismo existencial y constituyen su riqueza y fuente principal de veracidad.

La metamorfosis de las clases medias

Cada época crea nuevos actores y atribuye nuevos papeles a los ya existentes. Este es también el caso de las clases medias brasileñas, retadas ahora para el desempeño de una importante tarea histórica: la reconstitución del cuadro político nacional.

La edad de oro

El llamado milagro económico brasileño de hecho permite la difusión de la clase media a la escala del país. En realidad, entre las muchas “explosiones” características del período está ese crecimiento continuo de las clases medias, primero en las grandes ciudades y después en las menores y en el campo modernizado. Esa explosión de las clases medias acompaña, en este medio siglo, las explosiones

demográfica, urbana y del consumo y del crédito. Tal conjunto de fenómenos tiene relación estructural con el aumento de la producción industrial y agrícola, como también con el del comercio, el del transporte, el de los cambios de todo tipo, el de las obras públicas, el de la administración y el de la necesidad de información. Paralelamente, hay expansión y diversificación del empleo, con la difusión de los nuevos terciarios y la consolidación, en muchas áreas del país, de una pequeña burguesía operaria. Como la modernización capitalista tiende a la desocupación del campo y es siempre selectiva, un fragmento importante de los que se dirigen a las ciudades no puede participar del circuito superior de la economía, dejan de incluirse entre los asalariados formales y solo encuentran trabajo en el circuito inferior de la economía, impropriamente llamado sector “informal”.

Vale resaltar que, en el Brasil del milagro, y durante buena parte de la década de 1980, la clase media se expandió y se desarrolló sin que hubiese una verdadera competencia dentro de ella en cuanto al uso de los recursos que el mercado o el Estado le ofrecían para mejorar su poder adquisitivo y su bienestar material. Todos subían juntos, aunque a pisos diferentes. Pero todos los de las clases medias estaban conscientes de su ascenso social y esperanzados de conseguir aún más. De ahí su relativa cohesión y el sentimiento de haberse convertido en un poderoso estamento. La competencia fue, en realidad, con los pobres, cuyo acceso a los bienes y servicios, a medida que estos se multiplican, se hace cada vez más difícil. Vale la pena recordar las facilidades para la adquisición de casa propia mediante programas gubernamentales con que fueron privilegiados, en tanto los brasileños más pobres no fueron completamente atendidos en los últimos años del régimen autoritario. La clase media es la gran beneficiada del crecimiento económico, del modelo político y de los proyectos urbanísticos adoptados.

Dicha clase media, al mismo tiempo que se diversifica profesionalmente, aumenta su poder adquisitivo y mejora cualitativamente por medio de las oportunidades de educación que le son dadas, todo lo cual conduce a la ampliación de su bienestar (lo que hoy se llama

calidad de vida), y a asegurar la preservación de sus ventajas y perspectivas. Conforme muestran Amélia Rosa S. Barreto y Ana Clara T. Ribeiro (“La duda de la deuda y la clase media”, *Lastro*, IPPUR, año 3, n°6, abril de 1999) “el acceso al crédito se transforma en instrumento para alcanzar la estabilidad social”. Todo lo que alimenta a la clase media le da también un sentimiento de inclusión en el sistema político y económico, y un sentimiento de seguridad, estimulado por las constantes medidas del poder público a su favor. Se trataba, en realidad, de una moneda de cambio, ya que la clase media constituía una base de apoyo para las acciones del gobierno.

Se formaba, de esa manera, una clase media sedienta de bienes materiales, comenzando por la propiedad, y más apegada al consumo que a la ciudadanía, socia despreocupada del crecimiento y del poder, con los cuales se confundía. De ahí la tolerancia, si no la complicidad, con el régimen autoritario. El modelo económico importaba más que el cívico. Eran esas, además, condiciones objetivas necesarias para un crecimiento económico sin democracia. Cuando el régimen militar acabó su ciclo, la democracia se instaló incompleta en la década de 1980, guardando todos esos vicios de origen y sustentando un régimen representativo falsificado por la ausencia de partidos políticos consecuentes. Siguiendo esa lógica, las propias izquierdas son llevadas a dar más espacio a las preocupaciones electorales y menos a la pedagogía propiamente política. La génesis y las formas de expansión de las clases medias brasileñas tienen relación directa con la manera como hoy se desempeñan los partidos.

La escasez llega a las clases medias

Tal situación tiende a cambiar cuando la clase media comienza a conocer la experiencia de la escasez, lo que podría llevarla a una reinterpretación de su situación. En años recientes, primero de forma lenta o esporádica y luego más sistemática y continuada, la clase media conoce dificultades que le señalan una situación existencial bien diferente de aquella que conociera pocos años antes. Tales dificultades

llegan en tropel. La educación de los hijos, el cuidado de la salud, la adquisición o el alquiler de vivienda, la posibilidad de pagar por el descanso, la falta de garantía en el empleo, el deterioro de los salarios, el ahorro negativo y el creciente endeudamiento están llevando al inconformismo en cuanto al presente y a la inseguridad en cuanto al futuro, remoto o inmediato. Esas incertidumbres son agravadas por las nuevas perspectivas de la seguridad social y del régimen de pensionados, de la prometida reforma de los seguros privados y de la legislación laboral. A todo eso se suman, dentro del propio hogar, la ansiedad de los hijos en relación con el futuro profesional y las manifestaciones cotidianas de ese desasosiego.

Ya que no encuentran los remedios que le eran ofrecidos por el mercado y por el Estado como solución a los problemas individuales emergentes, las clases medias perciben que ya no mandan o que ya no participan del reparto del poder. Acostumbrados a atribuir a los políticos la solución de sus problemas, proclaman, ahora, su inconformidad y se distancian de ellos. Ya no se ven reflejados en los partidos y por eso manifiestan gran desencanto hacia la política propiamente dicha. Eso es justificado, en parte, por la visión de consumidor desilusionado que alimentó durante décadas, agravada por la fragmentación de la información en los medios de comunicación, sobre todo en la televisión, y con la interpretación del proceso social. La certeza de no influir más políticamente se fortalece en las clases medias y las lleva a reaccionar negativamente, esto es, a desear menos política y menos participación, cuando la reacción correcta podría y debería ser exactamente la opuesta.

La actual experiencia de escasez puede no conducir inmediatamente a la deseable expansión de la conciencia. Y cuando esta se impone no lo hace igualmente en todas las personas. Visto esquemáticamente, tal proceso puede tener, como primer nivel, la preocupación por defender situaciones individuales amenazadas que se desean reconstituir retomando el consumo y el confort material como principal motor de una lucha, que puede limitarse a nuevas manifestaciones de individualismo. Es en un segundo momento que

tales reivindicaciones, fruto de una reflexión más profunda, pueden alcanzar un nivel cualitativo superior a partir de una comprensión más amplia del proceso social y de una visión sistémica de situaciones aparentemente aisladas. El siguiente paso puede llevar a la decisión de participar de una lucha por la transformación, cuando el consumidor asume el papel de ciudadano. No importa que ese movimiento de toma de conciencia no sea general ni igual para todas las personas. Lo importante es que se instale.

Un dato nuevo en la política

Sea como sea, las clases medias brasileñas, ya no aduladas y sí heridas de muerte en sus intereses materiales y espirituales constituyen, en su condición actual, un dato nuevo de la vida social y política. Pero su papel no estará completo hasta cuando no se identifique con los clamores de los pobres y contribuya, con ellos, a la reorganización y regeneración de los partidos, inclusive de los partidos de progreso. Dentro de estos, son muchos los que aún aceptan las tentaciones del triunfalismo de oposición —siempre que las ocasiones se presenten—, se rinden al oportunismo electoral, se limitan a las respectivas movilizaciones ocasionales y se desarraigan de su papel de formadores no solo de opinión, sino de conciencia cívica, sin la cual no puede haber en este país verdadera política.

Las clases medias brasileñas, ahora más ilustradas y también más despojadas materialmente, tienen la tarea histórica de forzar a los partidos a completar el trabajo apenas comenzado de implantación de una democracia que no sea solo electoral, sino también económica, política y social. La experiencia de escasez, un revelador cotidiano de la verdadera situación de cada persona, es, de ese modo, un dato fundamental en la aceleración de la toma de conciencia. En las condiciones brasileñas actuales, las nuevas circunstancias pueden llevar a las clases medias a forzar un cambio sustancial del ideal y de las prácticas políticas, que incluyan una mayor responsabilidad ideológica y la correspondiente representatividad política electoral de los partidos.

VI.

La transición en marcha

Introducción

La gestación de lo nuevo en la historia se da, frecuentemente, de modo casi imperceptible para los contemporáneos, ya que sus semillas comienzan a imponerse cuando aún lo viejo es cuantitativamente dominante. Es exactamente por eso que la “calidad” de lo nuevo puede pasar desapercibida. La historia se caracteriza como una sucesión ininterrumpida de épocas. Esa idea de movimiento y cambio es inherente a la evolución de la humanidad. De esa forma, los períodos nacen, maduran y mueren.

En el caso del mundo actual, tenemos la conciencia de vivir un nuevo período, donde lo que fácilmente aprendemos es la utilización de los formidables recursos de la técnica y de la ciencia por las nuevas formas del gran capital, apoyado por formas institucionales igualmente nuevas. No se puede decir que la globalización sea semejante a las ondas anteriores ni una continuación de lo que había antes, exactamente porque las condiciones de su realización cambian radicalmente. Solo ahora la humanidad ha podido contar con esa nueva cualidad de la técnica, provista por lo que se está llamando “técnica informacional”. Llegamos a otro siglo y el hombre, por medio de los avances de la ciencia, produce un sistema de técnicas presidido por las técnicas de la información. Estas pasan a ejercer

un papel de eslabón entre las demás, uniéndose y asegurando la presencia planetaria de ese nuevo sistema técnico.

Para entender el proceso que condujo a la globalización actual, todavía es necesario tener en cuenta dos elementos fundamentales: el estado de las técnicas y el estado de la política. Frecuentemente hay tendencia a separar una cosa de la otra. De ahí nacen muchas interpretaciones de la historia a partir de las técnicas o de la política, exclusivamente. En verdad, nunca hubo en la historia humana separación entre las dos cosas. La historia suministra el cuadro material y la política moldea las condiciones que permiten la acción. En la práctica social, sistemas técnicos y sistemas de acción se confunden y es por medio de las combinaciones posibles y de la elección de los momentos y lugares de su uso que la historia y la geografía se hacen y se rehacen continuamente.

Cultura popular, período popular

Para la mayor parte de la humanidad, el proceso de globalización acaba teniendo, directamente o indirectamente, influencia sobre todos los aspectos de la existencia: la vida económica, la vida cultural, las relaciones interpersonales y la propia subjetividad. Tal proceso no se verifica de modo homogéneo, tanto en extensión como en profundidad, y el propio hecho de que sea creador de escasez es uno de los motivos de la imposibilidad de la homogenización. Los individuos no son igualmente alcanzados por ese fenómeno, cuya difusión encuentra obstáculos en la diversidad de personas y lugares. Realmente, la globalización agrava la heterogeneidad, al darle un carácter todavía más estructural.

Una de las consecuencias de tal evolución es la nueva significación de la cultura popular, capaz hoy de rivalizar con la cultura de masas. Otra es la producción de las condiciones necesarias de las propias masas, lo que apuntaría hacia el surgimiento de un nuevo período

histórico, que llamamos período demográfico o popular (M. Santos, *Espacio y sociedad*, 1979).

Cultura de masas, cultura popular

Un ejemplo es la cultura. Un esquema burdo, a partir de una clasificación arbitraria, mostraría, en todas partes, la presencia y la influencia de una cultura de masas que busca homogeneizar e imponerse sobre la cultura popular; pero, también y paralelamente, las reacciones de esta cultura popular. Un primer movimiento es resultado del empeño vertical unificador, homogenizado, conducido por un mercado ciego, indiferente a las herencias y a las realidades actuales de los lugares y de las sociedades. Sin duda, el mercado va imponiendo, con mayor o menor fuerza, aquí y allí, elementos más o menos sólidos de la cultura de masas, indispensable, como ella, al reino del mercado y a la expansión paralela de las formas de globalización económica, financiera, técnica y cultural. Esa conquista, relativamente eficaz según los lugares y las sociedades, jamás es completa, pues encuentra resistencia de la cultura preexistente. Se constituyen así formas mixtas sincréticas, entre las cuales, ofrecida como espectáculo, una cultura popular domesticada que asocia un fondo genuino a formas exóticas que incluyen nuevas técnicas.

Pero también hay —y felizmente— la posibilidad, cada vez más frecuente, de una revancha de la cultura popular sobre la cultura de masas cuando, por ejemplo, aquella se difunde mediante el uso de los instrumentos que en el origen son propios de la cultura de masas. En ese caso, la cultura popular ejerce su calidad de discurso de los “de abajo” poniendo en relieve lo cotidiano de los pobres, de las minorías, de los excluidos por medio de la exaltación de la vida diaria. Si aquí los instrumentos de la cultura de masas son reutilizados, el contenido no es, todavía, “global” ni la primera incitación es el llamado mercado global, ya que su base se encuentra en el territorio y en la cultura local y heredada. Tales expresiones de la cultura popular son más fuertes y capaces de difusión como reveladoras de aquello que

podríamos llamar regionalismos universalistas, formas de expresión que asocian la espontaneidad propia de la ingenuidad popular a la búsqueda de un discurso universal que acaba por ser alimento de la política.

En el fondo, el asunto de la escasez aparece otra vez como central. Los “de abajo” no disponen de medios (materiales y otros) para participar plenamente de la cultura moderna de masas. Pero su cultura, por basarse en el territorio, en el trabajo y en lo cotidiano, gana la fuerza necesaria para deformar, allí mismo, el impacto de la cultura de masas. Gente unida crea cultura y, paralelamente, una economía territorial, una cultura territorial, un discurso territorial, una política territorial. Esa cultura vecina valoriza, al mismo tiempo, la experiencia de la escasez y la de la convivencia y la solidaridad. De ese modo, generada desde adentro, esa cultura endógena se impone como alimento de la política de los pobres, que se da independientemente y encima de partidos y organizaciones. Dicha cultura se realiza según niveles más bajos de técnica, de capital y de organización, de ahí sus formas típicas de creación. Esto sería, aparentemente, una flaqueza, pero en realidad es una fuerza, ya que de ese modo se realiza una integración orgánica con el territorio de los pobres y su contenido humano. De ahí la expresividad de sus símbolos, manifestados en el habla, en la música y en la riqueza de las formas de comunicación y de la solidaridad entre las personas. Todo eso evoluciona de modo inseparable, lo que asegura la permanencia del movimiento.

La cultura de masas produce ciertamente símbolos. Pero estos, directa o indirectamente al servicio del poder y del mercado, son siempre fijos. Frente al movimiento social, y con el objetivo de no parecer envejecidos, son sustituidos por otra simbología también fija: lo que viene de encima está siempre muriendo y puede, con anticipación, ser visto como cadáver desde su nacimiento. Es esa la simbología ideológica de la cultura de masas.

Ya los símbolos “de abajo”, productos de la cultura popular, son portadores de la verdad de la existencia y reveladores del propio movimiento de la sociedad.

Las condiciones empíricas de la mutación

Es a partir de premisas como esas que se puede pensar en una reaparición de las masas. Para eso deben contribuir, a partir de las migraciones políticas o económicas, la ampliación de la vocación actual para la mezcla intercontinental e internacional de pueblos, razas, religiones, gustos, así como la tendencia creciente a la aglomeración de la población en algunos lugares, esa urbanización concentrada ya revelada en los últimos veinte años.

De la combinación de esas dos tendencias se puede suponer que el proceso iniciado hace medio siglo llevará a una verdadera colonización del norte, a la *informalización* de parte de su economía y de sus relaciones sociales y a la generalización de cierto esquema dual presente en los países subdesarrollados del sur y ahora aún más evidente.

Tal sociedad y tal economía urbana dual (pero no dualista) conducirán a dos formas sobrepuestas de acumulación, dos formas de división del trabajo y dos lógicas urbanas distintas y asociadas, teniendo como base de operación un mismo lugar. El fenómeno ya entrevisto de una división del trabajo por encima y de otra por abajo tenderá a reforzarse. La primera se atiene al uso obediente de las técnicas de la racionalidad hegemónica y la segunda se fundamenta en el redescubrimiento cotidiano de las combinaciones que permiten la vida, y que, según los lugares, opera en diferentes grados de calidad y cantidad.

De la división del trabajo por encima se crea una solidaridad generada desde afuera y dependiente de vectores verticales y de relaciones pragmáticas frecuentemente remotas. La racionalidad es mantenida a costa de normas férreas, exclusivas, implacables, radicales. Sin obediencia ciega no hay eficacia. En la división del trabajo por abajo lo que se produce es una solidaridad creada desde adentro y dependiente de vectores horizontales cimentados en el territorio y en la cultura local. Aquí son las relaciones de proximidad que se destacan, este es el dominio de la flexibilidad tropical con la

adaptabilidad extrema de los actores, una adaptabilidad endógena. A cada movimiento nuevo hay un nuevo equilibrio a favor de la sociedad local, regulado por ella.

La división del trabajo por encima es un campo de mayor velocidad. En ella, la rigidez de las normas económicas (privadas y públicas) impide la política. Por abajo hay mayor dinamismo intrínseco, mayor movimiento espontáneo, más encuentros gratuitos, mayor complejidad, más riqueza (la riqueza y el movimiento de los hombres lentos), más combinaciones. Se produce una nueva centralidad de lo social según la fórmula sugerida por Ana Clara Torres Ribeiro, lo que constituye, también, una nueva base para la afirmación del reino de la política.

La precedencia del hombre y el período popular

Otra globalización supone un cambio radical de las condiciones actuales, de modo que la centralidad de todas las acciones esté localizada en el hombre. Sin duda, ese deseado cambio solo ocurrirá al final del proceso, durante el cual ajustes sucesivos se impondrán.

En las presentes circunstancias, conforme ya vimos, la centralidad es ocupada por el dinero en sus formas más agresivas, un dinero en estado puro sustentado por una información ideológica, con la cual se encuentra en simbiosis. De ahí la brutal distorsión del sentido de la vida en todas sus dimensiones, incluyendo el trabajo y el descanso, que alcanza la valoración íntima de cada persona y la propia constitución del espacio geográfico. Con la prevalencia del dinero en estado puro como primer motor y último de las acciones, el hombre acaba por ser considerado un elemento residual. De esa forma, el territorio, el Estado-nación y la solidaridad social también se tornan residuales.

La primacía del hombre supone que él estará colocado en el centro de las preocupaciones del mundo como un dato filosófico y como una inspiración para las acciones. De esa forma, estarán asegurados el imperio de la compasión en las relaciones interpersonales y el

estímulo a la solidaridad social a ser ejercida entre individuos, entre el individuo y la sociedad y viceversa y entre la sociedad y el Estado para reducir las fracturas sociales, imponer una nueva ética, y, de esta forma, sentar bases sólidas para una nueva sociedad, una nueva economía, un nuevo espacio geográfico. El punto de partida para pensar alternativas sería, entonces, la práctica de la vida y la existencia de todos.

El nuevo paisaje social resultaría del abandono y de la superación del modelo actual y su sustitución por otro capaz de garantizar para el mayor número de personas la satisfacción de las necesidades esenciales para una vida digna, y de relegar a una posición secundaria necesidades fabricadas, impuestas por medio de la publicidad y del consumo conspicuo. Así, el interés social suplantaría la actual precedencia del interés económico y llevaría tanto a una nueva agenda de inversiones como a una nueva jerarquía en los gastos públicos, empresariales y privados. Tal esquema conduciría, paralelamente, al establecimiento de nuevas relaciones internas en cada país y a nuevas relaciones internacionales. En un mundo en que fuese abolida la regla de la competitividad como modelo esencial de relación la voluntad de ser potencia no sería más un norte para el comportamiento de los Estados, y la idea de mercado interno sería una preocupación central.

Ahora lo que se privilegia son las relaciones puntuales entre grandes actores, aunque falte sentido a lo que ellos hacen. Así, la búsqueda de un futuro diferente tiene que pasar por el abandono de las lógicas infernales que, dentro de esa racionalidad viciada, se fundamentan y presiden las actuales prácticas económicas y políticas hegemónicas.

La actual subordinación al modo económico único ha llevado a que se dé prioridad a las exportaciones e importaciones, una de las formas con las cuales se materializa el llamado mercado global. Eso también ha traído para todos los países una baja en la calidad de vida para la mayoría de la población y la ampliación del número de pobres en todos los continentes, pues, con la globalización actual, se

dejó de lado políticas sociales que amparaban en el pasado reciente a los menos favorecidos, bajo el argumento de que los recursos sociales y los dineros públicos deben primero ser utilizados para facilitar la incorporación de los países en la onda *globalitaria*. Pero si la preocupación central es el hombre, dicho modelo no tendrá más razón de ser.

La centralidad de la periferia

La idea irreversible de la globalización actual es aparentemente reforzada cada vez que constatamos la interrelación que existe entre cada país y lo que llamamos “mundo”, así como la interdependencia, hoy indiscutible, entre la historia general y las historias particulares. Verdaderamente, eso tiene que ver con la idea, también establecida, de que la historia siempre se haría a partir de los países centrales, esto es, de Europa y de los Estados Unidos, a los cuales, de modo general, el presente estado de cosas interesa.

Límites a la cooperación

Cuando observamos de cerca aspectos más estructurales de la situación actual, verificamos que el centro del sistema busca imponer una globalización de arriba hacia abajo a los demás países, en cuanto reina una disputa entre Europa, Japón y Estados Unidos. Estos países luchan para guardar y ampliar su parte del mercado global y afirmar la hegemonía económica, política y militar sobre las naciones que les son más directamente tributarias, sin abandonar la idea de ampliar su propia área de influencia. Entonces, cualquier fracción de mercado, no importa donde esté, se vuelve fundamental para la competitividad exitosa de las empresas. Estas ponen en acción sus fuerzas e incitan a los gobiernos respectivos a apoyarlas. El límite de la cooperación dentro de la trilogía Estados Unidos, Europa, Japón

es esa misma competencia, de modo que cada uno de esos países no pierda terreno frente al otro.

Entretanto, ya que en esas naciones la idea de ciudadanía aún es fuerte, es imposible descuidar el interés de las poblaciones o suprimir enteramente derechos adquiridos mediante luchas seculares. Lo que permanece como recuerdo del Estado de bienestar basta para contrariar las pretensiones de completa autonomía de las empresas transnacionales y contribuye al surgimiento, dentro de cada nación, de nuevas contradicciones. Como las empresas tienden a ejercer su voluntad de poder en el plano global, la lucha entre ellas se agrava y arrastran a los países en esa competencia. Se trata, en verdad, de una guerra protagonizada tanto por los Estados como por las respectivas empresas globales, de la cual participan como socios más frágiles los países subdesarrollados.

Ahora mismo, la experiencia de los mercados comunes regionales muestra a los países llamados “emergentes” que la cooperación de la trilogía, en conjunto o separadamente, es más representativa del interés propio de las grandes potencias que de una voluntad de efectiva colaboración. En esa guerra, los organismos internacionales, capitaneados por el Fondo Monetario, por el Banco Mundial, por el BID, etc., ejercen un papel determinante en su calidad de intérpretes de los intereses comunes a Estados Unidos, Europa y Japón. Dichas realidades llevan a dudar de la voluntad de cada uno y del conjunto de esos actores hegemónicos de construir un verdadero universo y permite pensar que en las condiciones actuales esa doble competencia perdurará.

El desafío al Sur

Los países subdesarrollados, socios cada vez más frágiles en ese juego tan desigual, más pronto o más tarde comprenderán que en esa situación la cooperación les aumenta la dependencia. De ahí, la inutilidad de los esfuerzos de asociación dependiente hacia los países centrales en el cuadro de la globalización actual. Ese mundo

globalizado produce una racionalidad determinante, pero que va, poco a poco, dejando de ser dominante. Es una racionalidad que comanda los grandes negocios cada vez más amplios y más concentrados en pocas manos. Esos grandes negocios son de interés directo de un número cada vez menor de personas y empresas. Como la mayor parte de la humanidad directa o indirectamente les interesa, poco a poco esa realidad es develada por las personas y por los países más pobres.

Hay en todo eso, una gran contradicción. Abandonamos las teorías de subdesarrollo, el tercermundismo, que eran nuestra bandera en las décadas de los cincuenta y sesenta. Todavía, gracias a la globalización, está resurgiendo algo muy fuerte: la historia de la mayoría de la humanidad conduce a la conciencia de la supervivencia de esa *tercermundialización* (que, de alguna forma, incluye también una parte de población de los países ricos) (Samuel Pinheiro Guimarães, *Quinientos años de periferia*, 1999).

Es cierto que la toma de conciencia de esa situación estructural de inferioridad no llegará al mismo tiempo a todos los países subdesarrollados y, mucho menos, será en ellos sincrónica la voluntad de cambiar frente a ese tipo de relaciones. Mientras tanto, se puede admitir que, más temprano o más tarde, las condiciones internas de cada país, provocadas en buena parte por sus relaciones externas, llevarán a una revisión de los pactos que actualmente conforman la globalización. Habrá entonces una voluntad de distanciamiento y posteriormente de desencanche, conforme sugiere Samir Amin, con lo que se rompe la unidad de obediencia hoy predominante. Unidos bajo el peso de una deuda externa que no pueden pagar, los países subdesarrollados asisten a la creación incesante de carencias y de pobres, y comienzan a reconocer su actual situación de ingobernabilidad, forzados a transferir al sector económico recursos que deberían ser destinados al área social.

En verdad, son muy numerosas las manifestaciones de inconformidad con las consecuencias de la nueva dependencia y del nuevo imperialismo (Reinaldo Gonçalves, *Globalización y desnacionalización*,

1999). Se hacen evidentes los límites de aceptación de tal situación. Por diferentes razones y medios diversos, las manifestaciones de irredentismo ya son claramente evidentes en países como Irán, Irak y Afganistán, pero también Malasia o Pakistán, sin contar con las formas particulares de inclusión de India y de China en la globalización actual, que nada tiene de simples obediencias y conformidades como la propaganda occidental quiere hacer creer. Países como China e India, con un tercio de la población mundial y una presencia internacional cada vez más activa, o como Rusia, difícilmente aceptarán jugar el papel pasivo de nación-mercado para los bloques económicamente hegemónicos. Una reacción en cadena podrá dar oportunidad al renacimiento de algo como el antiguo *élan* tercermundista tal como el presidente Nyerere de Tanzania había sugerido en su libro *El desafío al Sur*.

Además de esa tendencia verosímil, se consideran las formas de desorden de la vida social que ya se multiplican en numerosos países y que tienden a aumentar. Brasil es emblemático como ejemplo, pues no se sabe hasta cuándo será posible mantener el modelo económico global y, al mismo tiempo, calmar a las poblaciones crecientemente insatisfechas.

Las potencias centrales (Estados Unidos, Europa, Japón), a pesar de las divergencias por la competencia en cuanto al mercado global, tienen intereses comunes que las incitarán a adaptar sus reglas de convivencia a la pretensión de mantener la hegemonía. Como todavía la globalización actual es un período de crisis permanente, la renovación del papel hegemónico de la trilogía llevará a mayores sacrificios para el resto de la comunidad de las naciones, lo que motivará en éstas la búsqueda de otras soluciones.

La combinación hegemónica de que resultan las formas económicas modernas afecta de modo diverso a los diferentes países, las diversas culturas, las distintas áreas dentro de un mismo país. La diversidad sociogeográfica actual lo ejemplifica. Su realidad revela un movimiento globalizador selectivo, con la mayor parte de la población del planeta menos directamente implicada —y en ciertos casos

poco implicada— por la globalización económica vigente. En Asia, África y en la misma América Latina la vida local se manifiesta al mismo tiempo como una respuesta y una reacción a esa globalización. Como esas poblaciones mayoritarias no pueden consumir el Occidente globalizado en sus formas puras (financiera, económica y cultural), las respectivas áreas acaban por ser los lugares donde la globalización es relativa o rechazada.

Una cosa parece cierta: los cambios que serán introducidos para alcanzar otra globalización no vendrán del centro del sistema como en otras fases de ruptura en la marcha del capitalismo. Las modificaciones serán de los países subdesarrollados.

Es previsible que el sistema sobre el cual se trabaja la globalización actual se levante como un obstáculo y haga difícil la manifestación de la voluntad de desenganche. Pero no impedirá que cada país elabore, a partir de características propias, modelos alternativos, ni tampoco prohibirá que asociaciones de tipo horizontal se den entre países vecinos igualmente *hegemonizados*, atribuyendo una nueva facción a los bloques regionales y sobrepasando la etapa de las relaciones meramente comerciales para alcanzar un aprendizaje más elevado de cooperación. Entonces, una globalización constituida de abajo hacia arriba, en la que la búsqueda de clasificación entre potencias deje de ser una meta, permitirá que preocupaciones de orden social, cultural y moral puedan prevalecer.

La nación activa, la nación pasiva

La globalización actual y las formas brutales que adoptó para imponer cambios llevan a la urgente necesidad de corregir el qué hacer con las cosas, las ideas y las palabras. Cualquiera que sea el debate hoy, reclama la forma explícita, clara y coherente de sus términos, sin lo cual puede fácilmente caerse en el vacío o en la ambigüedad. Es el caso del debate nacional, que exige nuevas definiciones y un vocabulario renovado. Como siempre, el país debe ser visto como una

situación estructural en movimiento, en la cual cada elemento está íntimamente relacionado con los demás.

¿Ocaso del proyecto nacional?

Ahora, sin embargo, en el mundo de la globalización el reconocimiento de esa estructura es difícil, del mismo modo que la visualización de un proyecto nacional puede tornarse oscura. Tal vez por eso los proyectos de las grandes empresas, impuestos por la tiranía de las finanzas y pregonados por los medios de comunicación, acaban, de una u otra forma, guiando la evolución de los países de acuerdo o no con las instancias públicas frecuentemente dóciles y serviles y dejando de lado el diseño de una geopolítica propia a cada nación que tenga en cuenta sus características e intereses.

Así, las nociones de destino nacional y de proyecto nacional ceden frecuentemente frente al escenario de las preocupaciones menores, pragmáticas, inmediatas, inclusive porque por las razones ya expuestas los partidos políticos nacionales raramente presentan plataformas jalonadas por objetivos políticos y sociales claros que expresen visiones de conjunto (César Benjamín y otros, *La opción brasileña*, 1998). La idea de historia, sentido, destino es empequeñecida en nombre de la obtención de metas estadísticas, cuya única preocupación es el conformismo frente a las determinaciones del proceso actual de globalización. De ahí la producción sin contrapartida de desequilibrios y distorsiones estructurales, que acarrea más fragmentación y desigualdad, tanto más grave cuanto más abiertos y obedientes se muestren los países.

Alienación de la nación activa

Tomemos el caso de Brasil. Es más que una simple metáfora pensar que una de las formas de abordar el asunto sería considerar, dentro de la nación, la existencia, en la realidad, de dos naciones: una nación pasiva y una nación activa. Del hecho de ser las contabilidades

nacionales globalizadas —*y globalizantes!*— la gran ironía es que se pasa a considerar como nación activa aquella que obedece ciegamente al designio *globalitario*, por cuanto el resto acaba por constituir, desde ese punto de vista, la nación pasiva. Al hacer valer tales postulados, la nación activa sería la de aquellos que aceptan, predicán y conducen una modernización que da preeminencia a los ajustes que interesan al dinero, por cuanto la nación pasiva estaría formada por todo lo demás.

¿Serán adecuadas esas expresiones? ¿O aquello que se está llamando nación activa sería, en realidad, la nación pasiva, por cuanto la nación llamada pasiva sería, de hecho, la nación activa?

La llamada nación activa, esto es, aquella que comparece eficazmente en la contabilidad nacional y en la contabilidad internacional, tiene su modelo conducido por las burguesías internacionales y por las burguesías nacionales asociadas. Es verdad, también, que su discurso globalizado, para tener eficacia local necesita de un dialecto doméstico y por eso estimula un pensamiento nacional asociado producido por mentes cautivas, subvencionadas o no. La nación llamada activa alimenta su acción con la prevalencia de un sistema ideológico que define las ideas de prosperidad y de riqueza y, paralelamente, la producción de la conformidad. La “nación activa” aparece como fluida, veloz, externamente articulada, internamente desarticuladora, entrópica. ¿Será dinámica? Como esa idea está muy difundida, cabe recordar que velocidad no es dinamismo. Ese movimiento no es propio, aunque le sea atribuido; es tomado prestado de un motor externo; no es genuino, no tiene finalidad, está desprovisto de teleología. Se trata de una agitación ciega, un proyecto equivocado, un dinamismo del diablo.

Concientización y riqueza de la nación pasiva

La nación llamada pasiva está constituida por la mayor parte de la población y de la economía, aquella que solo participa de modo residual del mercado global o cuyas actividades consiguen sobrevivir a

su margen, sin todavía entrar cabalmente en la contabilidad pública o en las estadísticas oficiales. El pensamiento que define y comprende sus actores es el del intelectual público empeñado en la defensa de los intereses de la mayoría.

Las actividades de esa nación pasiva son frecuentemente marcadas por la contradicción entre la exigencia práctica de la conformidad, esto es, la necesidad de participar directa o indirectamente de la racionalidad dominante, y la insatisfacción e inconformismo de los actores ante resultados siempre limitados. De ahí el encuentro cotidiano de una situación de inferioridad, tornada permanente, lo que refuerza en sus participantes la noción de escasez y convoca a una reinterpretación de la propia situación individual ante el lugar, el país y el mundo.

La “nación pasiva” es estadísticamente lenta, pegada a las rugosidades de su medio geográfico, localmente enraizada y orgánica. Es también la nación que mantiene relaciones de simbiosis con el entorno inmediato, relaciones cotidianas que crean, espontáneamente y contra la corriente, una cultura propia, endógena, resistente, que también constituye un apoyo, una base sólida para la producción de una política. Esa nación pasiva *vive*, allí donde vive y evoluciona, en cuanto la otra solo circula, utilizando los lugares más como un recurso a su servicio, pero sin otro compromiso.

En un primer momento, desarticulada por la “nación activa”, la “nación pasiva” no puede alcanzar un proyecto conjunto. Además, el imperio de los intereses inmediatos que se manifiestan en el ejercicio pragmático de la vida contribuye, sin duda, a tal desarticulación. Pero, en un segundo momento, la toma de conciencia traída por su enraizamiento en el medio y, sobre todo, por su experiencia de la escasez, posibilita la producción de un proyecto cuya viabilidad proviene del hecho de que la nación llamada pasiva está conformada por la mayor parte de la población, después de ser dotada de un dinamismo propio, auténtico, fundado en su propia existencia. De ahí su veracidad y riqueza.

Podemos, de ese modo, admitir que aquello que mediante el juego de espejos de la globalización todavía se llama nación activa es, en verdad, la nación pasiva, en cuanto lo que, por los mismos parámetros, es considerado la nación pasiva constituye, ya en el presente, pero, sobre todo, en la óptica del futuro, la verdadera nación activa. Su aparición será más viable, rápida y eficaz si se reconocen y revelan las confluencias de los modos de existencia y de trabajo de los respectivos actores y la profunda unidad de su destino.

Aquí el papel de los intelectuales será, tal vez, mucho más del que promueve un simple combate a las formas de ser de la “nación activa” —tarea importante, pero insuficiente, en las actuales circunstancias—, por lo que debe empeñarse en mostrar, analíticamente, dentro del todo nacional, la vida sistémica de la nación pasiva y sus manifestaciones de resistencia a una conquista indiscriminada y totalitaria del espacio social por la llamada nación activa. Tal visión renovada de la realidad contradictoria de cada fracción del territorio debe ser ofrecida a la reflexión de la sociedad en general, tanto a la organizada en asociaciones, sindicatos, iglesias, partidos como a la desorganizada, que encontrará en esa nueva interpretación los elementos necesarios para la postulación y el ejercicio de otra política más condicionada a la búsqueda del interés social.

La globalización actual no es irreversible

La globalización actual es mucho menos un producto de las ideas actualmente posibles, y, mucho más, el resultado de una ideología restrictiva establecida. Ya vimos que todas las realizaciones actuales, oriundas de acciones hegemónicas, tienen como base construcciones intelectuales fabricadas antes de la fabricación de las cosas y de las decisiones de actuar. La intelectualización de la vida social, recientemente alcanzada, viene acompañada de una fuerte ideologización.

La disolución de las ideologías

Ahora, estamos asistiendo en todas partes a una tendencia a la disolución de esas ideologías, en la confrontación con la experiencia vivida de los pueblos y de los individuos. El propio credo financiero, visto a través de los lentes del sistema económico al que dio origen, o examinado aisladamente en cada país, aparece como menos aceptable, y, a partir de su confrontación, otros elementos de la ideología del pensamiento único pierden fuerza.

Además de las múltiples formas con que, en el período histórico actual, el discurso de la globalización sirve de apoyo a las acciones hegemónicas de los estados de las empresas y de las instituciones internacionales, el papel de la ideología en la producción de las cosas y el papel ideológico de los objetos que nos rodean contribuyen a agravar esa sensación de que ahora no hay otro *futuro* sino aquel que nos llegará como un *presente ampliado* y no como otra cosa. De ahí la pesada onda de conformismo e inacción que caracteriza nuestro tiempo, que contamina a los jóvenes y hasta a una densa capa de intelectuales.

Está muy difundida la idea según la cual el proceso y la forma actuales de la globalización serían irreversibles. Eso también tiene que ver con la fuerza con la cual el fenómeno se revela e instala en todos los lugares y en todas las esferas de la vida, que lleva a pensar que no hay alternativas para el presente estado de cosas.

Entre tanto, esa visión repetitiva del mundo confunde lo que ya fue realizado con las perspectivas de su realización. Para exorcizar ese riesgo, debemos considerar que el mundo está formado no solo por lo que ya existe (aquí, allí, en todas partes), sino por lo que puede efectivamente existir (aquí, allí, en todas partes). El mundo de hoy debe ser visto como lo que en verdad nos proporciona, esto es, un conjunto presente de posibilidades reales, concretas, todas factibles bajo determinadas condiciones.

El mundo definido por la literatura oficial del pensamiento único es, solamente, el conjunto de formas particulares de realización

de solo cierto número de esas posibilidades. Entre tanto, un mundo verdadero se definirá a partir de la lista completa de posibilidades presentes en cierta fecha, que incluyen no solo lo que ya existe sobre la faz de la Tierra, sino también lo que aún no existe, pero que es empíricamente factible. Tales posibilidades, aún no realizadas, están presentes como tendencia o promesa de realización. Por eso, situaciones como la que ahora enfrentamos parecen definitivas, pero no son verdades eternas.

La pertinencia de la utopía

Solo a partir de esa constatación, fundada en la historia real de nuestro tiempo, se hace posible retomar, de manera concreta, la idea de utopía y de proyecto. Este será el resultado de la conjunción de dos tipos de valores. De un lado, están los fundamentales, esenciales, fundadores del hombre, válidos en cualquier tiempo y lugar, como la libertad, la dignidad, la felicidad; de otro lado, surgen los valores contingentes, debidos a la historia del presente, esto es, a la historia actual. La densidad y la factibilidad histórica del proyecto dependen de la manera como emprendamos su combinación.

Por eso, es lícito decir que el futuro son muchos futuros, y que estos resultarán de arreglos diferentes, según nuestro grado de conciencia, entre el reino de las posibilidades y el de la voluntad. Así, las iniciativas serán articuladas y los obstáculos superados, lo que permitirá contrariar la fuerza de las estructuras dominantes, sean ellas presentes o heredadas. La identificación de las etapas y los ajustes que se deberán emprender durante el camino dependerá de la necesaria claridad del proyecto.

Como ya mencionamos, algunos datos del presente nos abren, desde ya, la perspectiva de un futuro diferente; entre otros, la tendencia a la mezcla generalizada de pueblos; la vocación para una urbanización concentrada; el peso de la ideología en las construcciones históricas actuales; el empobrecimiento relativo y absoluto de las poblaciones y la pérdida de calidad de vida de las clases medias;

el grado de relativa “docilidad” de las técnicas contemporáneas; la “politización generalizada” permitida por el exceso de normas (María Laura Silveira, *Un país, una región. Fin de siglo y modernidades en Argentina*, 1999); y la realización posible del hombre con la gran mutación que despunta.

Recordemos también que uno de los elementos, al mismo tiempo ideológico y empíricamente existencial, de la presente forma de globalización es la centralización del consumo, con la cual mucho tiene que ver la vida de todos los días y sus repercusiones sobre la producción, la presente forma de existencia y las perspectivas de las personas. Pero las actuales relaciones inestables del trabajo, la expansión del desempleo y el bajo salario promedio constituyen un contraste en relación con la multiplicación de los objetos y servicios, cuya accesibilidad se hace, de ese modo, improbable, al mismo tiempo que hasta los consumos tradicionales acaban siendo difíciles o imposibles para una parcela importante de la población. Es como si el hechizo se volteara contra el hechicero.

Esa recreación de la necesidad, dentro de un mundo de cosas y servicios abundantes, alcanza cada vez más las clases medias, cuya definición se renueva a medida que, como también ya vimos, pasan a conocer la experiencia de la escasez. Ese es un dato relevante para comprender el cambio en la visibilidad de la historia que se está procesando. De este modo, a las visiones ofrecidas por la propaganda ostensiva o por la ideología contenida en los objetos y en los discursos se oponen las visiones propiciadas por la existencia. Por medio de ese conjunto de movimientos se reconoce una saturación de los símbolos preconstruidos y que los límites de la tolerancia a las ideologías son sobrepasados, lo que permite la ampliación del campo de la conciencia.

En las condiciones actuales, esa evolución puede parecer imposible, en vista de que las soluciones hasta ahora propuestas aún son prisioneras de aquella visión según la cual el único dinamismo posible es el de la gran economía, con base en los reclamos del sistema financiero. Por ejemplo, los esfuerzos para restablecer el empleo se

dirigen, sobre todo, cuando no exclusivamente, al circuito superior de la economía. Pero ese no es el único camino y otros remedios pueden ser buscados, según la orientación político-ideológica de los responsables, teniendo en cuenta una división del trabajo venido “de abajo”, fenómeno típico de los países subdesarrollados (M. Santos, *El espacio dividido*, 1978), pero que ahora también se verifica en el mundo llamado desarrollado.

De otro lado, en la medida en que las técnicas cada vez más se dan como normas y la vida se desenvuelve en el interior de un océano de técnicas, acabamos por vivir una politización generalizada. La rapidez de los procesos conduce a una rapidez en los cambios y, por consiguiente, profundiza la necesidad de producción de nuevos entes organizadores. Eso se da en los diversos niveles de la vida social. Nada de relevante es hecho sin normas. En este comienzo del siglo XX todo es político. Gracias a las técnicas utilizadas en el período contemporáneo y al papel centralizador de los agentes hegemónicos, que son planetarios, se vuelven omnipresentes los procesos distorsionados que exigen reordenamiento. Por eso, la política aparece como un dato indispensable y omnipresente, que abarca prácticamente la totalidad de las acciones.

Presenciamos el imperio de las normas, pero también el conflicto entre ellas, incluyendo el papel cada vez más dominante de las normas privadas en la producción de la esfera pública. No es raro que las reglas establecidas por las empresas afecten más que las reglas creadas por el Estado. Todo eso alcanza y desorienta a los individuos y produce una atmósfera de inseguridad y hasta de miedo, pero llevando a los que no sucumben enteramente a su imperio a la búsqueda de la conciencia en cuanto al destino del planeta y, luego, del hombre.

Otros posibles usos para las técnicas actuales

Los sistemas técnicos de que se valen los actuales actores hegemónicos están siendo utilizados para reducir el objetivo de la vida humana sobre el planeta. Entretanto, jamás hubo en la historia sistemas

tan propicios a facilitar la vida y a proporcionar la felicidad de los hombres. La materialidad que el mundo de la globalización está recreando permite un uso radicalmente diferente de aquel que era el de la base material de la industrialización y del imperialismo.

La técnica de las máquinas exigía grandes inversiones, aspecto en el que seguía la masificación y la concentración de los capitales y del propio sistema técnico. De ahí la inflexibilidad física y moral de las operaciones, que llevan a un uso limitado, dirigido, de la inteligencia y de la creatividad. Ya la computadora, símbolo de las técnicas de la información, reclama capitales fijos relativamente pequeños, por cuanto hoy día su uso demanda más inteligencia. La inversión necesaria puede ser fragmentada y se posibilita su adaptación a los más diversos medios. Hasta se puede hablar de la aparición de un artesano de nuevo tipo, servido por veloces instrumentos de producción y de distribución.

Se diría, entonces, que la computadora reduce —tendencialmente— el efecto de la pretendida ley según la cual la innovación técnica conduce paralelamente a una concentración económica. Los nuevos instrumentos, por su propia naturaleza, abren posibilidades para su diseminación en el cuerpo social, superando las divisiones socio económicas preexistentes.

Bajo condiciones políticas favorables, la materialidad, simbolizada por la computadora, es capaz no sólo de asegurar la liberación de la invención como hacerla efectiva. En las sociedades complejas y socioeconómicamente desiguales la no necesidad de adoptar universalmente computadoras de última generación alejará también el riesgo de que distorsiones y desequilibrios sean agravados. Es la idea de que la distancia cultural, subyacente a la teoría y a la práctica del imperialismo, alcanza también su límite. Las técnicas contemporáneas son más fáciles de inventar, imitar o reproducir que los modos de hacer que las precedieron.

Las familias de técnicas aparecidas a fines del siglo XX —combinando informática y electrónica, sobre todo— ofrecen la posibilidad de superación del imperativo de la tecnología hegemónica y,

paralelamente, admiten la proliferación de nuevos arreglos, al retomar la creatividad. Eso, además, ya se está dando en las áreas de la sociedad en que la división del trabajo se produce de abajo hacia arriba. Aquí la producción de lo nuevo y el uso y la difusión de lo nuevo dejan de ser monopolizados por un capital cada vez más concentrado, para pertenecer al dominio del mayor número, lo que posibilita al final el surgimiento de un verdadero mundo de la inteligencia. De ese modo, la técnica puede volver a ser el resultado del encuentro del ingenio humano con un pedazo determinado de la naturaleza —cada vez más modificada—, que permite que esa relación sea fundada en las virtualidades del entorno geográfico y social, de modo que se asegure la restauración del hombre en su esencia.

Geografía y aceleración de la historia

La propia geografía parece contribuir a que la historia se acelere. En la ciudad —sobre todo en la gran ciudad— los efectos de vecindad parecen imponer una posibilidad mayor de identificación de las situaciones, gracias también a la mejoría de la información disponible y a la profundización de las posibilidades de comunicación. De esa manera, se hace posible la identificación, en la vida material y en el orden intelectual, del desamparo a que las poblaciones son relegadas, lo que lleva, paralelamente, a un mayor reconocimiento de la condición de escasez y a la nueva posibilidad de ampliación de conciencia.

A partir de esos efectos de vecindad, el individuo fortalecido puede, en un momento, superar su búsqueda del consumo y entregarse a la búsqueda de la ciudadanía. La primera supone una visión limitada y dirigida, en tanto la segunda incluye la elaboración de visiones amplias y sistémicas. En el primer caso, lo que se persigue es la reconstrucción de las condiciones materiales y jurídicas que permiten fortalecer el bienestar individual (o familiar) sin mostrar preocupación por el fortalecimiento de la individualidad, en cuanto la

búsqueda de la ciudadanía apuntará a la reforma de las prácticas y de las instituciones políticas.

Frente a esa nueva realidad, las aglomeraciones de población serán valorizadas como el lugar de la densidad humana y, por eso, el lugar de una cohabitación dinámica. Será también ahí donde, visto con la misma óptica, se observarán el renacer y el peso de la cultura popular. Por otro lado, la precariedad y la pobreza, esto es, la imposibilidad por carencia de recursos de participar plenamente de las ofertas materiales de la modernidad, podrán inspirar soluciones que conduzcan al deseado y hoy posible renacimiento de la técnica, esto es, al uso consciente e imaginativo, en cada lugar, de todo tipo de oferta tecnológica y de toda modalidad de trabajo. A eso contribuirá el hecho histórico concreto que es, al contrario del período histórico anterior, el grado de “docilidad” de las técnicas contemporáneas, que se presentan más propicias a la liberación del esfuerzo, al ejercicio de la invención y a la floración y multiplicación de las demandas sociales e individuales.

Si la realización de la historia a partir de los vectores “de arriba” es aún dominante, la realización de una historia a partir de los vectores “de abajo” se hace posible. Y para eso contribuirán en todos los países la mezcla de pueblos, razas, culturas, religiones, gustos, etc. La aglomeración de las personas en espacios reducidos, con el fenómeno de urbanización concentrada, típico del último cuarto del siglo XX, y las propias mutaciones en las relaciones de trabajo, junto al desempleo creciente y a la depresión de los salarios, muestran aspectos que podrán ser positivos en el futuro próximo, cuando las metamorfosis del trabajo informal serán vividas también como expansión del trabajo libre, lo que asegura a sus portadores nuevas posibilidades de interpretación del mundo, del lugar y de la respectiva posición de cada uno en ese mismo mundo y en ese mismo lugar.

Igualmente, las condiciones actuales permiten entrever una reconversión de los medios de comunicación bajo la presión de las situaciones locales (producción, consumo, cultura). Los medios de comunicación trabajan con lo que transforman en objeto de mercado,

esto es, las personas. Como en ningún lugar las comunidades están formadas por personas homogéneas, los medios de comunicación deben tener eso en cuenta. En ese caso, dejará de representar el sentido común impuesto por el pensamiento único. Desde que los procesos económicos, sociales y políticos producidos de abajo hacia arriba puedan desarrollarse eficazmente, una formación veraz podrá darse dentro de la mayoría de la población y al servicio de una comunicación imaginativa y emocionada, para atribuirse así un papel diametralmente opuesto al que hoy le es conferido en el sistema de medios de comunicación.

Un nuevo mundo posible

A partir de esas metamorfosis, se puede pensar en la producción local de una comprensión progresiva del mundo y del lugar, con la producción autóctona de imágenes, discursos, filosofías, junto a la elaboración de un nuevo *ethos* y de nuevas ideologías y nuevas creencias políticas, amparadas en la resurrección de la idea y de la práctica de la solidaridad.

El mundo de hoy también autoriza una percepción de la historia por medio de la contemplación de la universalidad empírica constituida con la aparición de las nuevas técnicas *planetizadas* y las posibilidades abiertas a su uso. La dialéctica entre esa universalidad empírica y las particularidades animará la superación de las acciones invertidas, hasta ahora comandadas por la ideología dominante, y la posibilidad de sobrepasar el reino de la necesidad, abriendo lugar para la utopía y la esperanza. En las condiciones históricas del presente, esa nueva manera de ver la globalización permitirá distinguir en la totalidad aquello que ya es dado y existe como hecho consumado, y aquello que es posible, todavía no realizado, vistos uno y otro de forma unitaria. Recordemos la lección de A. Schmidt (*The concept of nature in Marx*, 1971) cuando decía que “la realidad es, después de eso, todo aquello en lo que aún no nos tornamos, o sea, todo aquello que a nosotros mismos nos proyecta como seres humanos,

por intermedio de los mitos, de las elecciones, de las decisiones y de las luchas”.

La crisis por la que pasa hoy el sistema en diferentes países y continentes exhibe no solo la perversidad, sino también la sinceridad de la respectiva construcción. Eso, conforme vimos, ya está llevando al descrédito de los discursos dominantes, aunque otro discurso, de crítica y de proposición, aún no haya sido elaborado de modo sistémico.

El proceso de toma de conciencia —ya vimos— no es homogéneo en cuanto a los lugares o a las clases sociales o a las situaciones profesionales o a los individuos. La velocidad con que cada persona se apropia de la verdad contenida en la historia es diferente en cuanto a la profundidad y coherencia de esa apropiación. El descubrimiento individual es ya un considerable paso al frente, aunque pueda parecer a su portador un camino penoso, a la medida de las resistencias circundantes a ese nuevo modo de pensar. El siguiente paso es la obtención de una visión sistémica, esto es, la posibilidad de ver las situaciones y las causas actuantes como conjuntos y de localizarlos como un todo, mostrando su interdependencia. A partir de ahí, la discusión silenciosa consigo mismo y el debate más o menos público con los demás ganan una nueva claridad y densidad, y permiten ver las relaciones de causa y efecto como una corriente continua, en que cada situación se incluye en una red dinámica, estructurada, a la escala del mundo y a la escala de los lugares.

A partir de esa visión sistémica se encuentran, penetran y completan las nociones del mundo y de lugar, lo cual permite entender cómo cada lugar, pero también cada cosa, cada persona, cada relación depende del mundo.

Tales raciocinios autorizan una visión crítica de la historia en la cual vivimos, lo que incluye una apreciación filosófica de nuestra propia situación frente a la comunidad, a la nación, al planeta, junto con una nueva apreciación de nuestro propio papel como persona. Es de ese modo que, a partir de la noción de lo que es ser un consumidor, podremos alcanzar la idea de hombre integral y de ciudadano. Esa revalorización radical del individuo contribuirá a la renovación

cualitativa de la especie humana, y servirá de apoyo a una nueva civilización.

La reconstrucción vertical del mundo, tal como la actual globalización perversa la está realizando, pretende imponer a todos los países normas comunes de existencia y, si es posible, al mismo tiempo y rápidamente. Pero esto no es definitivo. La evolución que estamos entreviendo tendrá su aceleración en momentos diferentes y en países diferentes, y se dará por la maduración de la crisis.

Ese mundo nuevo anunciado no será una construcción de arriba hacia abajo, como la que estamos hoy presenciando y deplorando, sino una edificación cuya trayectoria se va a dar de abajo hacia arriba.

Las condiciones antes enumeradas deberán permitir la implantación de un nuevo modelo económico, social y político que, a partir de una nueva distribución de los bienes y servicios, conduzca a la realización de una vida colectiva solidaria y, pasando de la escala del lugar a la escala del planeta, asegure una reforma del mundo por medio de otra manera de realizar la globalización.

La historia apenas comienza

Al contrario de lo que tanto se dice, la historia no ha acabado; apenas comienza. Antes lo que había era una historia de lugares, regiones, países. Las historias podían ser, máximo, continentales, en función de los imperios que se establecieron a una escala más amplia. Lo que hasta entonces se llamaba historia universal era la visión pretenciosa de un país o continente sobre los otros, considerados bárbaros o irrelevantes. Se llegaba a decir de tal o cual pueblo que no tenía historia...

La humanidad como un bloque revolucionario

Lo universal estaba formado por fracciones del planeta, separadas o escasamente relacionadas. Solo ahora la humanidad puede identificarse como un todo y reconocer su unidad haciendo su entrada en el escenario histórico como un bloque. Es una entrada revolucionaria gracias a la interdependencia de las economías, de los gobiernos, de los lugares. El movimiento del mundo revela una sola pulsación, aun cuando las condiciones sean diversas según continentes, países, lugares, valorizados por su forma de participación en la producción de esa nueva historia.

Vivimos en un mundo complejo, marcado en el orden material por la multiplicación incesante del número de objetos y en el orden inmaterial por la infinidad de relaciones que a los objetos nos unen. En los últimos cincuenta años se crearon más cosas que en los cincuenta mil precedentes. Nuestro mundo es complejo y confuso al mismo tiempo, gracias a la fuerza con la cual la ideología penetra objetos y acciones. Por eso mismo, la era de la globalización, más de lo que cualquier otra antes de ella, exige una interpretación sistémica cuidadosa, de modo que cada cosa, natural o artificial, sea redefinida en relación con el todo planetario. Esa totalidad mundo se manifiesta por la unidad de las técnicas y de las acciones.

La gran suerte de los que desean pensar en nuestra época es la existencia de una técnica globalizada, directa o indirectamente presente en todos los lugares, y de una política planetariamente ejercida, que une y orienta los objetos técnicos. Las dos autorizan una lectura, al mismo tiempo general y específica, filosófica y práctica, de cada punto de la Tierra.

En esta maraña de técnicas dentro de la cual estamos viviendo, el hombre poco a poco descubre sus nuevas fuerzas. Ya que el medio ambiente es cada vez menos natural, el uso del entorno inmediato puede ser menos aleatorio. Las cosas valen por su constitución, esto es, por lo que pueden ofrecer. Los gestos valen por la adecuación a las cosas a que se dirigen. Se amplían y se diversifican las elecciones,

desde que se puedan combinar adecuadamente técnica y política. Aumentan la previsión y la eficacia de las acciones.

Un dato importante de nuestra época es la coincidencia entre la producción de esa historia universal y la relativa liberación del hombre con relación a la naturaleza. La denominación de era de la inteligencia podrá tener fundamento en este hecho concreto: hoy los materiales determinantes para las realizaciones relevantes son cada vez más objetos materiales manufacturados y no materias primas naturales. Pensamos osadamente las soluciones más fantasiosas y enseguida buscamos los instrumentos adecuados para su realización. En la era de la ecología triunfante, es el hombre quien fabrica la naturaleza o le atribuye valor y sentido por medio de sus acciones ya realizadas, en curso o meramente imaginadas. Por eso, todo lo que existe constituye una perspectiva de valor. Todos los lugares hacen parte de la historia. Las pretensiones y la codicia habitan y valorizan territorios desiertos.

La nueva conciencia de ser mundo

Gracias a los progresos fulminantes de la información, el mundo queda más cerca de cada uno, no importa donde se encuentre. El otro, esto es, el resto de la humanidad, parece estar próximo. Se crea para todos la certeza y luego la conciencia de ser mundo y de estar en el mundo, aunque no alcancemos la plenitud material o intelectual. El propio mundo se instala en los lugares, sobre todo en los de las grandes ciudades, por la presencia sólida de una humanidad mezclada, venida de todos los cuadrantes y trayendo consigo interpretaciones variadas y múltiples, que al mismo tiempo se chocan y colaboran en la producción renovada del entendimiento y de la crítica de la existencia. Así, lo cotidiano de cada uno se enriquece por la propia experiencia y por la del vecino, tanto por las realizaciones actuales como por las perspectivas de futuro. Las dialécticas de la vida en los lugares, ahora enriquecidas, son paralelas al caldo de cultura necesario para la proposición y el ejercicio de una nueva política.

Se funda, de hecho, un nuevo mundo. Para ser aún más precisos, lo que finalmente se crea es *el mundo* como realidad histórica unitaria, aunque sea extremadamente diversificado. Es datado con una fecha sustantivamente única gracias a los trazos comunes de su constitución técnica y a la existencia de un único motor para las acciones hegemónicas, representado por el lucro a escala global. Es eso, además, lo que junto a la información generalizada asegurará a cada lugar la comunión universal con otros.

Osamos, de ese modo, pensar que la historia del hombre sobre la Tierra dispone al final de condiciones objetivas, materiales e intelectuales para superar el endiosamiento del dinero y de los objetos técnicos y enfrenar el comienzo de una nueva trayectoria. Aquí no se trata de establecer fechas ni de fijar momentos marcados en la hoja de un calendario. Como el reloj, la hoja y el calendario son convencionales, repetitivos e históricamente vacíos. Lo que cuenta es el tiempo de las posibilidades efectivamente creadas, lo que en su época cada generación encuentra disponible, eso que llamamos *tiempo empírico*, cuyos cambios son marcados por la irrupción de nuevos objetos, de nuevas acciones y relaciones, y de nuevas ideas.

La gran mutación contemporánea

Ante lo que es el mundo actual, como disponibilidad y como posibilidad, creemos que las condiciones materiales ya están dadas para que se imponga la deseada gran mutación, pero su destino va a depender de cómo sean aprovechadas por la política las disponibilidades y posibilidades. En su forma material, únicamente corpórea, las técnicas tal vez sean irreversibles porque adhieren al territorio y a lo cotidiano. Desde un punto de vista existencial pueden obtener otro uso y otro significado. La globalización actual no es irreversible.

Ahora que estamos descubriendo el sentido de nuestra presencia en el planeta, se puede decir que una historia universal verdaderamente humana está, finalmente, comenzando. La misma materialidad, actualmente utilizada para construir un mundo confuso y

perverso, puede venir a ser una condición de la construcción de un mundo más humano. Basta que se complementen las dos grandes mutaciones ahora en gestación: la mutación tecnológica y la mutación filosófica de la especie humana.

La gran mutación tecnológica se da con el surgimiento de las técnicas de la información, las cuales —al contrario de las técnicas de las máquinas— son constitutivamente divisibles, flexibles y dóciles, adaptables a todos los medios y culturas, aunque su uso perverso actual se subordine a los intereses de los grandes capitales. Pero cuando su utilización se democratice, esas técnicas dóciles estarán al servicio del hombre.

Mucho hablamos hoy de los progresos y de las promesas de la ingeniería genética, que conducirían a una mutación del hombre biológico, algo que aún es del dominio de la historia de la ciencia y de la técnica. En tanto, poco se habla de las condiciones, también hoy presentes, que pueden asegurar una mutación filosófica del hombre, capaz de atribuir un nuevo sentido a la existencia de cada persona y, también, del planeta.

Sobre el autor



Geógrafo, abogado, periodista y profesor universitario nacido en Bahía, Brasil, en 1926. Estudió Derecho en la Universidad de Bahía y en 1958 se doctoró en Geografía en la Universidad de Estrasburgo. Fue periodista y redactor del diario *A Tarde* (1954-1964), director de la Prensa Oficial de Bahía (1959-1961) y presidente de la Fundación Comisión de Planificación Económica del Estado de Bahía (1962-1964). Fue profesor de Geografía Humana en la Universidad Católica de Salvador (1956-1960) y en la Universidad Federal de Bahía (1960-1964). Preso político durante los primeros meses del golpe militar de 1964, luego vivió su exilio en Francia, donde se desempeñó como profesor invitado en las universidades de Toulouse, Bordeaux y Paris-Sorbonne. De 1971 a 1977, trabajó en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), en Boston, y en las universidades de Toronto, Caracas, Dar-es-Salam y Columbia. A su regreso a Brasil en 1977, se desempeñó como profesor en la Universidad Federal de Río de Janeiro (1979-1983) y en la Universidad de San Pablo (1983-2001), donde fue designado profesor emérito en 1997. Recibió el Premio Internacional de Geografía Vautrin Lud (Francia, 1994) y el Doctorado Honoris Causa en varias universidades brasileñas y extranjeras. A lo largo de su trayectoria, publicó numerosos libros y artículos. En Bahía en los años 1950, además de sus notas periodísticas diarias, se destacan los libros *Zona do cacau. Introdução ao estudo geográfico* (1957) y *O centro*

da cidade do Salvador (1959). En Francia publicó muchos trabajos, de los cuales tuvieron especial repercusión *Le métier du géographe en pays sous-développés* (1971), *Les villes du Tiers Monde* (1971) y *L'espace partagé: les deux circuits de l'économie des pays sous-développés* (1975), traducidos posteriormente al portugués e inglés. Al retornar a Brasil, fue uno de los principales protagonistas de la construcción de la geografía crítica latinoamericana. Entre sus libros, pueden mencionarse *Por uma geografia nova* (1978), *Economia espacial* (1978), *Espaço e sociedade* (1979), *Pensando o espaço do homem* (1982), *Espaço e método* (1985), *O espaço do cidadão* (1987), *Metamorfoses do espaço habitado* (1988), *A urbanização brasileira* (1993), *Por uma economia política da cidade* (1994), *A natureza do espaço* (1996) y *Por uma outra globalização* (2000). A lo largo de toda su vida se destacó como intelectual público y expresó sus ideas críticas sobre el mundo contemporáneo en diversos foros de debate.

Por otra globalización

Del pensamiento único a la conciencia universal

En este libro, Milton Santos desarrolla la formulación más actual y combativa de su teoría geográfica de la sociedad, despliega una lectura crítica de la globalización e identifica los factores centrales que caracterizan al capitalismo contemporáneo: el dinero y la información en su carácter perverso, al servicio de actores hegemónicos. Pero, al mismo tiempo, observa la existencia de condiciones de realización de una nueva historia a partir de la vida de los pobres, de la periferia, de un movimiento de abajo hacia arriba. La densidad desarrollada en su línea de argumentación no impide que el autor consiga comunicarse con un lenguaje abierto, fluido, dirigido a diferentes públicos y ámbitos. Este libro brinda elementos teóricos y analíticos para comprender los territorios en movimiento, así como para discutir los problemas y desafíos de nuestro tiempo. Después de transcurridos veinte años de su primera edición, la actualidad del debate que *Por otra globalización* propone permanece como una contribución elaborada desde el Sur para interpretar e interpelar al mundo.

Del prólogo de Mónica Arroyo y María Laura Silveira.

